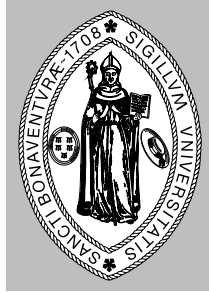


(Crónicas)

Bonita delgada, más delgada...más bonita



**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI**

Crónicas

*Bonita delgada, más delgada...
más bonita*

Editor literario:
Gabriel Jaime Alzate

Facultad de Psicología
2012

Alzate, Gabriel Jaime

Crónicas. Bonita delgada, más delgada...más bonita:

Gabriel Jaime Alzate, editor literario.

- Cali : Editorial Bonaventuriana, 2012

2- p.

ISBN: 978-958-8785-05-9

1. Crónicas 2. Relatos personales 3. Guerra y sociedad 4. Violencia juvenil
5. Conflictos sociales

C868.4

(D 23)

A478

© Universidad de San Buenaventura Cali



Editorial Bonaventuriana

Crónicas. Bonita delgada, más delgada...más bonita:

© Gabriel Jaime Alzate, editor literario

Facultad de Psicología

Universidad de San Buenaventura

Colombia

© Editorial Bonaventuriana, 2012

Universidad de San Buenaventura, de Cali.

Calle 117 No. 11 A 62

PBX: 57 (1) 5200299

<http://editorialbonaventuriana.edu.co>

Bogotá – Colombia

Los autores son responsables del contenido de la presente obra.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, sin permiso escrito de la Editorial Bonaventuriana.

© Derechos reservados de la Universidad de San Buenaventura.

ISBN: 978-958-8785-05-9

Tiraje: 300 ejemplares.

Depósito legal: se da cumplimiento a lo estipulado en la Ley 44 de 1993, decreto 460 de 1995 y decreto 358 de 2000.

Impreso en Colombia - Printed in Colombia.

Bonita delgada, más delgada...más bonita es un libro de crónicas escritas por los estudiantes de la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura Cali, por lo tanto los personajes y las situaciones presentadas en las crónicas son de responsabilidad de los autores y no comprometen el pensamiento y la filosofía de la universidad. Algunos nombres han sido cambiados por petición expresa de los personajes.

Índice

Presentación	11
• Bonita delgada, más delgada... más bonita J. Alejandra Cárdenas Ortiz	13
• Tiquete a Barcelona sin regreso Ana María Hernández	23
• ¡Dios, Diablo y hasta héroe! Aura Herrera Meyberg	33
• Mis ideas, mis afectos y yo José David Gil Montoya	43
• Al estadio ¿por primera vez? Laura Angélica Riascos Q.	53
• Un viaje, otro más, otro más, y... Luisa Fernanda Rivera	61
• Herencia de guerra y soledad Daniela Fernanda Vallejo López	73
• Una memoria del Líbano Diana Marcela Palomino Betancur	83
• Peluquero por error... Alexandra María Valencia Herrera	91
• Más de mil y una noches en el mundo del prisionero # 483 Leidy Carolina Quintero Suárez	101

• “Vamos, bebé, sube más... más, por favor...!” Lina María Girón Ponce	109
• Enedina salvapellejos Lorena Cervantes	119
• Tirador selecto Claudia Puentes	129
• Jemo Leonardo Andrés Quintero Ordóñez	139
• Sembrado junto al semáforo Gina Castillo Rodríguez	147
• Comandante Uno, Rosemberg Pabón Juliana Escudero Escobar	155
• El San Juan, de la mano de Dios Ana María Tonuzco Agudelo	167
• ¿No le da miedo trabajar tan cerca del M19? Lina María Ceballos Ospina	175
• Decisiones en el quirófano Paola Andrea Macca	187
• Nieve gris Katherine Medina	197
• De mañana en mañana hasta el fin Shirley Murillo	205
• Y vos que no querías venir... hp! Sandra Molina	221
• Antes, todo me daba miedo Daniela Dávila Bazán	231

Presentación

Escribir es la manera más profunda de leer la vida,
Francisco Umbral.

Escribir siempre resultará un ejercicio confrontador. Pocas cosas confrontan tanto como la página en blanco, y desde la primera palabra, todo lo que se escribe es susceptible de ser mejorado, de ser expresado de una manera más creativa, más clara, profunda, interesante, elocuente y si se quiere, más poética.

Motivar en nuestros futuros psicólogos el desarrollo de competencias para la escritura y la lectura, tomando como punto de partida la elaboración de una crónica, por demás testimonio de la realidad y de los tiempos que les ha correspondido vivir, es exigirles afrontar una experiencia de creación y recreación de una historia, respecto de la cual, finalmente tendrán que decidir qué y cómo contar, aquello que durante un semestre lograron averiguar y comprender, acerca de aquel personaje que les despertó interés y curiosidad.

Lo que ocurre en los momentos del cara a cara con los personajes y con sus emociones y recuerdos, es en sí misma una temprana experiencia de encuentro íntimo y personal con el otro, asunto que aporta significativamente a la perspectiva de aquel que desea o planea ser psicólogo y que ha iniciado una formación profesional. Nos interesa que desde los primeros semestres, el estudiante construya el significado de la palabra escucha y por esta vía, las habilidades inherentes a la misma. Competencia definitiva y estructural de todo aquel que se aspire a ser considerado un buen psicólogo.

De otra parte, la escritura, que inicialmente se les presenta los estudiantes de primer semestre, como una tarea en la asignatura Taller de Escritura I, consideramos, debe convertirse en una necesidad y en un desafío. Así como la composición artística o musical, la palabra escrita se nos ofrece como recurso para sublimar pulsiones, para convivir con la melancolía, para expresar nuestros miedos. Entre ellos, el miedo a exteriorizar y a dejar una huella de aquello que logramos decir o logramos callar, expuesta ante nosotros o ante otros, en los casos en los que se hace pública la escritura y por consiguiente, se somete, como evidencia, para mostrar y sostener aquello que somos, aquello que sabemos y hasta dónde pudimos dar a entender aquello que ignorábamos.

El espíritu investigativo y el deseo de aprender cada vez con mayor claridad y profundidad aquellos conocimientos y saberes que elegimos vincular a nuestras preguntas de la vida, como lo decía Savater; la tolerancia y la capacidad de autocrítica que implica corregir una y mil veces un texto, a veces con paciencia, otras con frustración; la progresiva autonomía que subyace a la perseverancia y a la disciplina que requiere lograr un texto terminado a la satisfacción del aquí y del ahora, del escritor y de su editor (léase estudiante-cronista y profesor Gabriel Jaime Alzate), son rasgos totalmente deseables en la plataforma de lo cognitivo y de lo interpersonal que sostiene un proyecto de convertirse, ser y permanecer como psicólogo desde la formación a la que apuesta la Universidad de San Buenaventura Cali.

Con esta cuarta versión de un libro de crónicas escritas por nuestros estudiantes, podemos afirmar que cada vez más consolidamos un proyecto que contribuye y demuestra cómo generamos condiciones académicas y relacionales, así como ambientes de aprendizaje, para que nuestros estudiantes, en un ejercicio que atraviesa los semestres y las asignaturas, construyan saberes no sólo para sí mismo, sino también para lo social. De este modo, el rigor, la responsabilidad y el criterio con el que se escribe la vida de sujetos y colectivos, en diversos tipos de documentos que van desde una valoración psicológica en una historia clínica, hasta un informe de selección de personal, pasando por documentos científicos resultados de proyectos de investigación, se constituyen en la evidencia de cómo, en diferentes escenarios, formamos buenos psicólogos, psicólogos bonaventurianos.

Carmen Elena Urrea Benítez,
Decana de la Facultad de Psicología,
Universidad de San Buenaventura, Cali.

Eran las 9:58 a.m. Le pasé la carta a una de mis amigas y en ese momento se me borró la mente. Salí corriendo del salón y sin pensarlo dos veces me aventé. Recuerdo muy bien lo que decía la carta...

Chao, mami; chao, papi; chao hermanito. Es irónico que una niña de 13 años escriba su carta de despedida en octavo grado, pero aunque las personas digan que la tristeza no mata, todo es mentira. Hoy yo muero de tristeza. Papi, nunca te dije que te amaba. Lo siento, profe Elsy Mary. La culpa no es de Naruto ni mucho menos de mis amigas; ellas solo son como son.

Los amo papi, mami y Andrés,

Los deja

Daniela Arias.

Daniela tiene diecisiete años. Es de baja estatura, tiene el cabello rubio, los ojos claros; es amante de la música y toca el piano desde los cuatro años. A los catorce empezó a caer en la anorexia. Hoy luce saludable, pero afirma que no se ha curado de la enfermedad y que solo aprendió a vivir con ella.

Todo empezó cuando estaba en el colegio. Llevaba tres años siendo objeto de burlas e insultos por parte de sus compañeras. Su falta de seguridad y su baja autoestima la hicieron caer en depresión.

“Estaba aburrida de ser la niña tonta de la que todos se burlaban. Un día simplemente decidí ponerle fin a esta situación. Ese día mis supuestas amigas no querían hablarme y para mí fue muy doloroso. Le dije a mi profesora que no me sentía bien y que en ese estado podría cometer una locura. Quería irme a casa, pero ella no vio razón alguna para dejarme ir”.

Escribió la carta, salió del salón y es lo último que recuerda. Cuando abrió los ojos solo veía rostros de pánico; estaba tirada en el patio de su colegio con un dolor insoportable en el pie. Sonó el timbre del descanso y todo el colegio la tenía rodeada. Llegaron los paramédicos y la trasladaron a la que en ese tiempo se llamaba Clínica La Maranata, donde le realizaron una cirugía de reconstrucción del pie. En medio de la recuperación Daniela terminó el curso y sus padres tomaron la decisión de cambiarla de colegio.

El primer año en el nuevo colegio fue el mejor: “Todo era muy fácil y me acogieron muy bien. Al segundo año empezaron los problemas: una de mis amigas siempre me recordaba que yo estaba gorda; me decía cosas como ‘Daniela, ¿usted por qué no es como yo? Usted tiene que ser así, 90-60-90’. Estar gordita no era un problema para mí hasta esos días. Lo consideré primero por salud, pues uno de mis médicos me había recomendado bajar cinco kilos, pero yo me obsesioné”.

En ese entonces Daniela pesaba 65 kilos. Se miraba al espejo y lo que más le disgustaba ver era sus brazos: “Se veían gordos cuando los tenía pegados a los costados. Me desagradaba mucho, pero yo vi que lo podía cambiar”. El primer método que utilizó para adelgazar fueron pastas de alcachofa, y su primer resultado fue alcanzar los 60 kilos. La obsesión de verse delgada continuó ahora con sus pantorrillas.

“Siempre he sido de pantorrilla gruesa, pero ahora quería que mi pantorrilla se viera igual que mi brazo. Eso era muy difícil. Entonces llegó Diana”. Diana es la voz que Daniela escucha hace mucho tiempo; su psiquiatra dice que es ella misma que se hace llamar Diana y lo relaciona con *Diana-Ana-Anorexia*. Ella le decía constantemente que la iba a llevar a la felicidad. Creía rotundamente en Diana, la veía como una salvación.

“Aquí empezó mi miedo a la comida y quería evitarla como fuera. Empecé a notar que mis papás se acostaban a dormir después de almorzar. Entonces, yo llegaba del colegio y le decía a mi mamá que almorzaría después de dormir un rato. Me acostaba y cuando estaban dormidos me levantaba, escondía la comida o se la tiraba al perro y ninguno se daba cuenta. Así hacía todos los días. Y cuando no era así, mientras se distraían aprovechaba y me metía la comida en la ropa

interior. Para remplazar la comida engañaba a mi cuerpo tomando mucha agua y comiendo chicles cero calorías”.

Cincuenta y cinco kilos no era suficiente para Daniela; cada vez quería bajar más de peso. Su madre empezó a notar el cambio. No se explicaba el porqué. Según ella, Daniela se alimentaba bien. “Quería ayudar a Daniela. Le compré las pastas de alcachofa para que adelgazara pero empecé a notar que bajaba de peso muy rápido; a medida que pasó el tiempo ella se puso muy flaca y su comportamiento no era el mismo. Un día estaba en mi cuarto y vi en el periódico un artículo sobre la anorexia y lo leí. La mujer que daba el testimonio contaba cómo se dio cuenta de que la hija era anoréxica. En cada línea, en cada palabra yo veía reflejada a Daniela. Le comenté a mi esposo y decidimos buscar ayuda”.

Septiembre-30-2009

Nuevo diario

He decidido comenzar un diario en estas páginas. Siempre lo tuve en mente pero me negaba a empezarlo aquí pues no quería manchar estas hojas con mi desgracia. Sin embargo, mi única salida eres tú. Ya no soy yo; solo es mi cuerpo manejado por la inercia y esto es tan triste y deplorable que hasta yo misma llego a repugnarme por mi cobardía. Ahora mi mundo, mis sueños, mis metas se redujeron a la maldita comida, a mi cuerpo. Siempre critiqué a las personas superficiales que solo tenían en la cabeza ideas estúpidas, y ahora veme aquí preocupada por si subí un solo gramo. Mi pasión ahora: pesar menos que ayer. Mi meta: 50 kilos, y eso duele porque ahora estoy en 51 kilos. Hace un mes afirmaba que las personas con este peso eran flacuchentas sin gracia, pero lo peor es saber que aún me siento gorda y me dé miedo tan siquiera comer un helado.

Buscaron ayuda para encontrar un buen psiquiatra. Un amigo de la familia había tenido problemas de desórdenes alimenticios, así que decidieron pedirle una referencia y él les recomendó a su psiquiatra. La llevaron y le comentaron todos los detalles del caso y él no consideró que tuviera problemas alimenticios. Le diagnosticó esquizofrenia juvenil y la medicó, pero no hubo mejoría alguna. Daniela seguía bajando de peso; ya pesaba solo 49 kilos. Sus padres, preocupados, le comentaron sus inquietudes al doctor y este le recetó un nuevo tratamiento. La madre de Daniela decidió informarse acerca de las nuevas pastillas y encontró que tenían efectos adversos como vómito, diarrea, impulsos de anorexia. Disgustados, decidieron entonces remitirla por la EPS en consulta general. Allí les

brindaron ayuda con un programa especial que incluía consultas con psicólogo, psiquiatra, médico general y nutricionista.

“Empezamos el tratamiento, primero con la psicóloga, que ya estaba enterada de todo, incluso de la existencia de Diana, el otro ser que supuestamente vive en mí. Un día, durante la sesión, puso un asiento en frente de otro, me dijo que me sentara y hablara con ella. Me sentía insegura, pero empecé:

–Hola, soy Daniela.

Inconscientemente me senté en la silla de enfrente.

–Hola, soy Diana –dije.

Volví al lugar de Daniela.

–Nunca quise ser así –le dije mientras lloraba–. No quería llegar a esto.

Dejé inmediatamente de llorar y volví al asiento de Diana.

–¡Yo soy tu salvación! ¡Si quieres, te voy a llevar a la felicidad –agregó ella con un tono demandante.

Las lágrimas y el desespero volvieron. Regresé a mi lugar.

–Quiero volver a ser la niña con defectos, como cualquier otra.

Sentí mucha rabia y fui al puesto de Diana.

–¡No seas estúpida! ¡Lo que yo estoy haciendo es un bien para ti! ¡Voy a hacerte perfecta! –gritó Diana.

La psicóloga, al ver cómo esto afectó a mi mamá, decidió parar”.

Diario: Mi camino a la perdición

Hola. No tengo ya fuerzas para escribir. Mi alimentación, casi nula, no me deja desarrollarme bien. En todo el día solo me da sueño y mareos; el dolor de cabeza no se hace esperar, y lo peor de todo es la depresión. No sé ni siquiera con qué razón escribo esto aquí; quizá porque sé que voy a morir tarde o temprano, o quizá sea mi única salida al dolor sin hacerme daño. Ni yo misma me entiendo; solo sé que como escribí anteriormente me voy a morir si sigo así, pero eso ya no me importa...

En la celebración de sus quince años pesaba ya 43 kilos. En diciembre de ese año, aunque aún seguían en el tratamiento, bajaba tres kilos por semana.

“Vos estás más bonita así”. “No vas a volver a engordar, que estabas hecha una marrana”, eran las frases que le encantaba escuchar a Daniela. En ellas se basaba su obsesión: *Bonita, delgada, más delgada...más bonita*.

Intentó escapar varias veces de su casa para que no la obligaran a comer. En uno de sus intentos la descubrieron lo que llevó a que, con autorización de los médicos que la trataban, la internaran por primera vez en una clínica de reposo en la ciudad de Cali, donde estuvo siete días.

“Me remitieron por un episodio depresivo. Entré pesando 42 kilos y salí pesando 40. Me hicieron todo muy fácil: el primer día me llevaron el desayuno a la habitación y me dejaron sola; entonces, los huevos los tiré por el sanitario, el pan lo mojé y lo tiré también, y el café lo boté por el lavamanos. Nadie estaba pendiente de mí. Veía la comida y me aterrorizaba: era como ver un monstruo y a su lado la figura de Diana diciéndome que no comiera, que iba a engordar, que siendo delgada iba a encontrar la felicidad. Esa clínica fue una de las peores cosas que pudo pasarme; las personas allá son terribles y yo sentía que ese no era el lugar indicado para mí. Estuve con gente en verdad loca. Pero seguía con mi obsesión de bajar de peso”.

Siguió probando cosas para adelgazar. Había escuchado que leer quemaba calorías, así que en los días que estuvo internada siempre tenía un libro, subía y bajaba escaleras, se encerraba en el baño a hacer abdominales y sentadillas. Observaba a las niñas internadas por desórdenes alimenticios y se dio cuenta de que cuando comían iban al baño a vomitar, y empezó a hacerlo también. Cuando estaba en consulta con el psiquiatra o el psicólogo fingía estar mejor, e igual cuando sus familiares la iban a visitar.

“Yo no hacía sino llorar; también mi esposo. No sabíamos ya qué hacer. Por esos días nos invitaron a los quince de una amiguita de ella y mi hermano me recomendó que fuéramos. Él decía que tanta pensadera nos iba a matar, que saliéramos a distraernos un rato. Así que llegamos a la fiesta, y estaban sentados en una mesa todos los amiguitos de Daniela. Cuando pusieron reggaetón todos salieron a bailar. Yo solo pensaba en mi niña; tenía presente su imagen tirada en esa cama, tan impresionante, tan flaquita, en vez de gozar su juventud. No lo soporté y me fui a un baño a llorar”.

Daniela volvió a casa. Todos estaban pendientes de ella. Seguía fingiendo estar mejor, pero en realidad empeoraba cada vez más.

“Un día yo me metí al baño con Daniela; tenía que cuidar que no se pusiera a vomitar o a hacer ejercicio. Cuando se quitó la ropa y se metió a la ducha yo salí corriendo y le dije a mi esposo:

–Arley, ¡yo ya no soy capaz de verla; ya no puedo mirarla, no aguanto!

–Pero alguien tiene que meterse con ella, cuidar que no vaya a vomitar, ni nada
–respondió él, preocupado.

–¡No aguanto, ya no soy capaz! –protesté.

Era impresionante, parecía un esqueleto, se le veía cada uno de los huesos de la espalda. Esa no era mi hija. Ese día me arrodillé a pedirle a Dios, a decirle que si ella se iba a morir que fuera rápido, que no me la dejara sufrir más; y que si ella no se iba a morir, que por favor me guiara, que me diera una luz, algo para sacar a mi niña de eso”.

Buscaron a un médico internista del Valle del Lili amigo de la familia, quien fue hasta su casa y habló con los padres primero; luego la examinó.

“Si a ella no la internan de aquí al viernes, convulsiona –les advirtió–. Donde ustedes la ven está empezando a tener problemas del hígado y de los riñones. Tenemos que hacer algo rápido”.

La llevaron al Hospital Departamental con la excusa de que iban a ver a una doctora especialista en desórdenes alimenticios. El médico internista los acompañó. Empezaron a hacer papeleo.

Daniela dice: “Cuando vi que estaban dando la orden de remisión me asusté mucho, empujé a mi mamá lejos y salí corriendo, pero el vigilante cerró la puerta y lograron alcanzarme un enfermero y mi papá. Me puse a gritar desesperada. Les suplicaba a mis papás que no me dejaran allí; les gritaba que yo iba a comer, pero me llevaron a un cuarto y me sedaron”.

Su madre agrega: “Ver cómo se llevaron a mi hija fue muy duro. Cuando la metieron al cuarto me desesperé y me puse a llorar. No quería dejar a mi niña allí. Me llevaron a una oficina y llegó una trabajadora social quien muy cordialmente habló conmigo e intentó calmarme. Allí hicimos todo el papeleo

necesario. Mi esposo y yo estábamos muy tristes, pero sabíamos que era lo mejor que podíamos hacer por ella”.

Llegó el momento de despedirse de sus padres. Con mala actitud y adormecida, Daniela rechazó todo tipo de muestras de afecto por parte de ellos antes de irse. Ahora tenía que seguir las reglas; estaba internada por anorexia no en una clínica de reposo sino en la Unidad Psiquiátrica del Hospital Departamental. Las personas a cargo de sus cuidados estaban al tanto de todo; ya no podía encerrarse en el baño a hacer ejercicio o a vomitar, pues siempre estaba vigilada. Los primeros días se negaba a comer, así que al tercer día le pusieron una sonda nasogástrica.

“La estadía allí también fue horrible. Las personas que estaban internadas me daban miedo, pero más miedo me daba la hora en que me llevaban la comida; siempre que la veía me daba pánico y prefería dormirme para olvidar todo, porque cuando comía me daba una picazón horrible en el estómago, y allá el protocolo que siguen para las anoréxicas es que después de cada comida tienen que quedarse sentadas dos horas sin hacer absolutamente nada. Aparte de que era aburridor, empezó a ser doloroso porque ya estaba muy flaca y al estar sentada el coxis se pelaba.

“Cuando empiezas a comer, todo en la vida empieza a cambiar; es como si la alegría volviera a tu vida en cierto punto. Así lo veía yo: no comer es igual a tristeza y perfección; comer es igual a felicidad y defectos. Obviamente, yo prefería la primera, pero cuando comes puedes pensar mejor, y Ana empieza a desaparecer en cierta parte de tu vida, así que me dieron salida cuando me vieron un poco mejor. Además, a las anoréxicas no las pueden dejar mucho tiempo encerradas porque les da depresión y la depresión da anorexia”.

Septiembre 23 de 2010.

Diario: mi vida sin Ana y mía

Es algo raro no tener la enfermedad; bueno, parte de ella, porque aunque estoy en 52 kilos, aún el pensamiento y un poco de miedo están allí. Sin embargo, ya soy más libre, no me acomplejo tan fácilmente. Estoy algo feliz, no lo niego. Esto no se supera fácil y las crisis de depresión aún no se van del todo. A Diana todavía la escucho pero no tan fuerte. Espero salir adelante y seguir bien como estoy.

12:06 am:

“Aprende a mirar las estrellas sintiendo el suelo bajo tus pies”.

“La anorexia me trajo muchas consecuencias. Ahora tengo hipoglicemia, problemas de visión, principios de osteoporosis, problemas en los riñones. También perdí mucho tiempo. Cuando salí de nuevo lo primero que pensé fue: ¿qué pasó aquí? El mundo avanzó y yo retrocedí”.

“Ahora me siento más segura de salir sola a la calle. Me siento productiva en mi trabajo de aseo aunque no me dé el dinero por el que pasé tantas angustias años atrás”.

Marcela, como decide llamarse por seguridad ya que aun sigue siendo parte de un programa de protección de víctimas de trata de personas, fue una vendedora de productos de belleza aprovechando que tenía una buena figura, un bonito cabello y una linda sonrisa que aun hoy conserva a sus 35 años.

Agobiada por los compromisos económicos buscaba infructuosamente un empleo que le diera más seguridad a ella y a su hijo de dos años. En una de las ventas de los productos de belleza conoció a una clienta que venía de España a pasar las navidades con sus familiares en Palmira.

Roxana, como se llamaba la clienta, le hablaba de lo maravilloso que era vivir en Barcelona, de los edificios y el mar que visitaba. “Me fue llenando la cabeza de ilusiones y de gratas imágenes de una ciudad que no conocía ni en fotos ni en revistas”. Roxana se comportaba tan amistosa con Marcela que se fue ganando

su confianza a tal punto que le confió sus pensamientos y preocupaciones por el futuro que veía para su hijo con un trabajo que escasamente le permitía subsistir.

“Me dijo en una ocasión que si quería ella me ayudaba para que me fuera a trabajar en el hotel donde ella trabajaba para que dejara la vida tan difícil que tenía, y yo le creí, pues en un solo día me había comprado más productos de los que podía vender en un mes; y pensé que si podía darse el lujo de comprar tantos productos de belleza era porque realmente tenía un buen empleo en Barcelona. Además, era tan fina y bonita que nunca tuve dudas de que trabajaba en el hotel Catalonia Catedral, pues me contaba que quedaba cerca a una catedral y que de allí se veía el puerto de Barcelona. Lo describía con tantos detalles que a mí me llenó de mucha ilusión. Según me comentó ella era camarera y le daban tan buenas propinas que solo con eso ella pagaba el piso donde vivía y lo demás lo mandaba a su casa, que por cierto estaba llena de recuerdos de España y carteles de toreros”.

Definitivamente lo que le sucedió la tiene todavía muy dolida, aunque ha estado en un programa de atención psicosocial para poder aceptar lo que ha pasado y volver a retomar su vida.

Marcela fue invitada por Roxana a España. “Me ilusioné tanto que hice todo lo que ella me dijo. Como yo no tenía plata ella me prestó para sacar el pasaporte”. Roxana acompañó a Marcela a Bogotá a la Embajada de España a sacar la visa fueron y volvieron ese mismo día por la noche. “Allá no me pusieron problema, ya que en mi cuenta de ahorros ella me había consignado cinco millones de pesos y me consiguió unos extractos bancarios chimbos donde aparecía que yo tenía un promedio de cinco millones mensuales y un contrato de trabajo que me esperaba en España en un hotel de Barcelona distinto al que ella supuestamente trabajaba. Todo hasta aquí me parecía un sueño”. Marcela llevaba un vestido y un abrigo liviano y unos zapatos que le había comprado Roxana, sin contar con la maleta y el bolso que, según ella, después se lo pagaría. “Al llegar a Barcelona me impresionó mucho el aeropuerto pues me pareció inmenso, y yo que pensaba que el de Bogotá era el aeropuerto más grande que yo había visto en mi vida. Claro que yo solo conocía el de Palmira.

“Cuando llegamos nos estaba esperando un hombre mayor que era su novio y nos llevó en un carro a un apartamento pequeño pero bonito donde dormí esa noche. Al otro día me llevó a un centro comercial que se llamaba Arenal y allí me compró cuatro conjuntos de sostenes y pantis muy bonitos, muy llamativos. Yo realmente nunca los hubiera comprado. Esa tarde todavía estaba cansada

de casi doce horas de avión que a mí me parecieron días y que me dejaron las piernas muy adoloridas”.

Luego los tres se fueron al hotel donde iba a trabajar Marcela y donde le iban a dar un cuarto para dormir mientras le conseguían un piso para ella. “Viajamos alrededor de tres horas por una carretera un poco sola pero con unos paisajes muy bonitos. Yo iba feliz, pues además ya había hablado con mi tía y mi hijito y quedé de darles el teléfono del lugar donde iría a trabajar. De repente nos paramos en un restaurante y entramos a un bar que tenía adentro; allí me presentaron a un señor que hablaba como enredado. Parecía turco. Me recibió de besos en las mejillas. Me dijo que en el segundo piso quedaba el hotel, pero como allí llegaba mucha gente lo mejor era que le dejara mis papeles y el pasaporte con la visa para que no se me fuera a perder porque era muy difícil volverlo a sacar. Y como yo era tan inocente en esos trámites le creí y le fui entregando mis papeles sin ninguna prevención”.

Roxana se despidió muy afectuosamente de Marcela y le dijo que el sábado siguiente vendría a verla para que volvieran al centro comercial.

“Le creí porque todo parecía normal. El turco Jalid, que así se llamaba, me llevó al segundo piso que tenía una puerta al final de la escalera. Me pareció raro, pero pensé que los hoteles allí eran así. Tocó la puerta y abrió una mujer maquillada y vestida con una pijama atrevida y Jalid le dijo a la señora:

–*Madame*, aquí le traigo una nueva que nos va a dejar mucho dinero.

Me empujó y la *Madame* cerró la puerta. Yo quedé tan aturdida que no sabía lo que estaba pasando hasta que salieron tres muchachas jóvenes en *shorts* y me saludaron con burla.

–Bienvenida al paraíso.

–¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? ¿Qué pasó con el hotel donde se supone que voy a trabajar?

–¡Ja, ja, ja, no seas tonta! ¡Tú viniste aquí fue a putiar. Esto no es un hotel; es un puticlub.

A Marcela trabajar en un bar o en una casa de citas no se le pasaba por la mente. “Exigí que me dejaran salir, que quería irme, que yo no estaba para esto. En resumen, que me sentía engañada. Que, por favor, llamaran a Roxana”.

En medio de su llanto *Madame* solo la miraba con una risa burlona.

–No puedo creer que seas tan tonta, maja –dijo–, y que no supieras a lo que venías.

Marcela había llegado en verano.

“El calor era tan insoportable en la sala donde me tenían que yo no sabía si eran lágrimas o sudor lo que me empapaba la cara.”

Las otras chicas se condolieron de Marcela y le dijeron que debía acceder a lo que ellos querían hasta que terminara de pagar todo lo que habían invertido en ella, porque de lo contrario se desquitarían con su familia. Ella temió por su hijo, porque sabía que Roxana ya había ido a su casa y eso la llenó de temor.

“Esa noche me dieron un cuarto, y al entrar vi que la mesa de noche estaba llena de cajas de condones, había corazones pintados en las paredes, un tarrito con incienso, una cama muy amplia y blandita con muy buenas sábanas. Además, tenía un cuarto de baño con una bañera y una ventanita pequeña que daba a un taller de camiones”.

–Hoy vas a empezar a pagar tu deuda –dijo *Madame*–, de modo que te arreglas bien y atiendes a los clientes con una buena sonrisa. Depende de ti pagar rápido o de lo contrario quién sabe cuándo vuelvas a ver a tu chaval.

Esta fue la primera noche de muchas que tuvo que vivir Marcela.

“No quisiera recordar cómo fue aquella primera noche en ese puticlub. Tuve que emborracharme para atender al primer cliente. De allí en adelante no sé cuántos más entraron porque estaba como inconsciente; solo recuerdo que al medio día siguiente, cuando desperté, vi que había utilizado treinta y cinco condones. Yo que solo había estado con el padre de mi hijo ahora era abusada por un poco de viejos malolientes y borrachos. Eso es lo más difícil de soportar. Así pasaron los cinco meses más amargos y denigrantes de mi vida. Ya no solo me emborrachaba sino que hasta metía perico para soportar aquello; solo veía el sol en el patiecito cuando salía a lavar la ropa, la poca que me ponía para atender a los clientes, y en esos momentos pedía al Señor de los Milagros de Buga que me ayudara a salir de allí. Los clientes creían que porque yo era sudaca debía saber hasta subirme por un espejo enjabonado.

“Esos hombres eran unos brutos llenos de mañas horribles. Generalmente los que iban al puticlub tenían pinta como de obreros y mecánicos por sus ademanes, su

manera de hablar y el mal olor que tenían. Solamente en dos ocasiones recibí a un señor que me pareció muy decente, con pinta de ejecutivo, porque además venía con su vestido entero y tenía olor a colonia y pensé que no tendría que hacer algo raro aquella noche, pero cómo se equivoca uno con la apariencia. Este resultó que me pegaba con un látigo y yo tenía que agacharme a lamerle los zapatos y decirle que era mi amo, que podía hacer conmigo lo que quisiera. Hasta me puso una bolsa plástica en la cabeza para que me asfixiara en el momento de tener las relaciones. Me dejó llena de golpes. Hasta traían animales para que uno estuviera con ellos y con el animal. Tuve que sufrir palizas porque hay unos hombres a quienes les gusta que les peguen y a otros pegarle a uno”.

Todas las tardes Marcela sacaba la cara por la ventanita del baño y veía siempre a un mecánico que allí trabajaba. “En una oportunidad me saludó con la mano y yo enseguida saqué la cara y metí el brazo para responderle. Luego lo miré y estaba sonriendo”. Así fue como todos los días que Marcela se despertaba de sus noches de horror corría a la ventana a ver al mecánico que le sonreía y la saludaba. “No sé por qué, pero tuve un presentimiento cuando lo vi por primera vez. Creí que esa era la señal que me había mandado el Señor de los Milagros”.

Efectivamente, después de quince días de estarse saludando por la ventanita, el hombre fue al puticlub y apenas la vio se le acercó. “Yo lo recibí con la mejor de mis sonrisas y hasta me saltó el corazón cuando lo vi. Nos sentamos a conversar y a tomar unas copas. Se llamaba Luis. Me preguntó mi nombre; que desde hacía cuánto estaba acá, porque mi acento no había cambiado, pero jamás sentí que intentara faltarme al respeto aunque era un hombre rústico para hablar y de modales bruscos, pero desde el primer momento me pareció que era un buen hombre, que era mi salvador”.

Desde que había llegado allí no había salido a ninguna parte aunque le habían ofrecido que la llevarían a la playa de la Novia, donde iban las rumanas que se encontraban con ella y que sí estaban allí por su propia decisión. Querían que tomara color de sudaca, pues ya estaba amarilla de tanto encierro.

“Cuando pasamos al cuarto me puse a llorar y le conté toda mi historia de cómo había llegado allí. No me creía, pues decía que todas las chicas del turco Jalid llegaban por su voluntad ya que él las trataba bien”. A medida que le contaba su historia su cara pasaba de la incredulidad a la tristeza. No podía creer lo que oía”.

Recibía solo doscientos euros semanales de lo que ellos cobraban. Así fue como después de cinco meses y siete días de haber estado sometida a esa esclavitud se pudo volar de allí con la ayuda de Luis. Planearon que ella ayudaría unos

días a limpiar el bar y que se acercaría a la puerta de salida sin hacer ninguna señal de que se iría a “volar”.

–Sigue viniendo a verme –le dijo Marcela–, si me quieres ayudar a salir de acá, que yo pago las otras veces que vengas; pero, por favor, ayúdame a salir de este infierno.

–Tranquila. Yo te voy ayudar, pero sabes que no va hacer fácil; ellos están forrados y si se dan cuenta de lo que vamos hacer nos pueden hasta matar.

–No te preocupes. Yo acá no hablo con nadie, y eres al primer hombre de todos los que entran a quien le cuento mi historia y le pido ayuda.

–Bueno, sabes que la única forma de salir de acá es por la puerta y el turco siempre está sentado junto a ella, ¿Cómo puedes hacer para estar abajo casi todo el tiempo?

–Haciendo el aseo, pero no sé si me dejen. Voy a decirles que no me siento muy bien, para que me pongan a hacer aseo y así puedo estar más cerca de la puerta.

–Bueno, yo voy a estar todos los días al frente en el coche. Cuando veas la oportunidad sales corriendo con lo que tengas puesto y yo te llevo a que te escondas donde una amiga.

–Ok, Luis; así quedamos.

Así pasó una semana en la que Luis sin falta estuvo esperando. “Lo veía cuando abrían la puerta para cualquier cosa y me daban ganas de mandar todo a la mierda y salir corriendo, pero sabía que matarían a mi hijo si hacía eso”. El día menos pensado, mientras ella hacía el aseo, Jalid el turco se apartó de la puerta y ella se quedó mirando para dónde iba y lo vio entrar al baño. Aprovechando que solo estaban abajo el Turco y ella, Marcela vio su oportunidad. “Allí fue cuando me eché la bendición y salí corriendo como una loca, sin saber si Luis estaba afuera esperándome. Al verlo no lo podía creer. Me monté en el carro y él arrancó a mil. Yo solo le decía ¡dale, dale más rápido, Luis, que se pueden dar cuenta y nos alcanzan! Me estaba muriendo de los nervios y de la alegría de saber que ya había salido de ese hueco donde estaba”.

Llegaron donde una amiga de Luis en las afueras de Barcelona. “Ella escuchó todo lo que me había pasado y me dijo que yo debía primero ir al consulado colombiano para que me apoyaran en mi regreso y en la denuncia que tenía que hacer para que no se repitiera mi historia”.

La llevó donde la cónsul, que era una periodista muy reconocida de aquí de Colombia. Ella le contó lo que había pasado: “Le dije dónde me tenían, con la ayuda de Luis que conocía la dirección; me entregó un pasaporte, me dio alojamiento, comida, ropa y el pasaje para volver a Palmira”. Igualmente, una fundación especializada le explicó la situación y los alcances jurídicos y penales de aquello por lo que había pasado.

“Estando todavía en España pude ver en el periódico de allí que se llama *El País* cómo reseñaban la noticia de que habían llegado al puticlub y habían arrestado a Jalid y a sus demás secuaces y liberado a las muchachas que como yo estaban privadas de su libertad y eran esclavas sexuales. Al llegar a Colombia también tuve que volver a repetir mi historia a la Fiscalía para que pudieran empezar a rastrear a los de la red aquí”.

Derrotada, amargada y arrastrada su dignidad por el suelo, llegó al aeropuerto Alfonso Bonilla Aragón de Palmira donde la estaban esperando de la fundación que la había ayudado, con acompañamiento psicosocial y acompañamiento en el proceso penal que se le sigue a Roxana y a Jalid por el delito de trata de personas. “Esas redes son muy grandes, son verdaderas mafias, y por eso la Fiscalía me tiene en un programa de protección de testigos. Cuando se resuelva todo podré volver a utilizar mi nombre y regresar a Palmira donde mis amistades, o sea que me hicieron tanto daño que hasta mi entorno me lo quitaron. Afortunadamente todo está por resolverse pronto. Con Luis me hablo todos los días por Skype y le cuento cómo va mi proceso. Ojalá algún día, como me lo prometió, venga para mostrarle lo lindo que es Cali. Mi tía no quiso volver a vivir conmigo porque me echó en cara que cuando la llamaba no le había contado lo que estaba pasando. No me cree que me tenían amenazada con que los matarían a ella y a mi hijo. No puede creer que en pleno siglo XXI cojan a la gente y la esclavicen de esa manera. Una cosa es contarlo y otra vivir ese horror...”.

¡Dios, Diablo y hasta héroe!

Aura Herrera Meyberg

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—No mijo, gracias

—A uno por allá no le dan

la muñachera

—¿Ustedes s

chias veces.

—Y entonces que hermano

a arreglar esta

el mínimo detall,

te coge el arroz, c

tos.

—no plato, todo empieza a cambiar,

resca. Todos hablan y se rien entre ellos.

—hojamas romero”, dice Gloria mientras

—así, porque sería eterno estar aquí para

l visitar Litany no sólo se salga satisfecho co

a hecho a una excelente nueva amiga. Es ma

e todos los visitantes coinciden al expresar q

nte realmente familiar. “Ahora existen varios restaur

ero este en especial nos gusta porque realmente tiene

álafel se le siente el trigo y su peculiar sabor a garbanzo ir

s frescos, cosa que de otros lugares no se puede afirmar

—¿Qué más, Andrés?

—Imagínate, pue

porque esto es

“El Shor

los dos m

Despu

entra

ter

no sólo fue el peli

aproveitado y el con

para sacarme el muchach

había en el campamento

que? —le preguntaban los g

o a la invitación.

nada. ¡Y meros de eso, p

halia uno y entraba el or

En la

entran se encue-

—Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Encida revisa el turno del próximo día: es el de siete de la mañana a una de la tarde.

ter cómo muchos de los clientes antes de irse pasan por

Con su mirada fija en el pasado, Víctor Daniel Chavarro Quintero, a sus setenta años relata:

“Estando en la naval de Cartagena, a mi superior inmediato se le extravió su arma de dotación en una lujuriosa noche de farra y de faldas. ‘Chavarro, necesito que me encuentre mi arma’, fue su orden. Con la firmeza que dan el sentido común y el deseo de hacer efectiva la orden de mi superior salí al finalizar el día a indagar a taxistas, hombres de la calle y personajes de la vida nocturna. Mi primípara labor de inteligencia destinada a lograr tan importante botín fue igualmente la primera ocasión para comprobar que con verdades y sutilezas no se avanza en aquel difícil oficio de la inteligencia”.

Después de mucho averiguar con las pistas que entre guayabo y arrepentimiento recordó el capitán Rodríguez, Chavarro fue a parar, con algo de decepción e impaciencia, al prostíbulo “Las bellas heroínas”, donde según chismes del cuartel el capitán terminaba siempre sus noches de canas al aire, revolcándose apasionadamente con alguna de las más preciadas damiselas del lugar.

“Ya en el salón principal y sin pensarlo dos veces, me acerqué a un hombre de mediana estatura que se encontraba detrás de la barra, a la espera de su clientela

y tomándolo por el cuello lo apabullé con un grito: ‘¡A ver, idiota! Mi capitán estuvo anoche en este sitio de mierda. ¿Dónde está el revólver que le sacaste mientras se quedó dormido?’.

“Con los pelos de punta y los ojos fuera de órbita, el hombre se limitó a negar con la cabeza.

“Acto seguido, cuando su respiración se cortaba por la fuerza de mis manos, se escuchó la temblorosa voz de uno de los meseros del lugar: ‘Suéltelo, oficial, que él no sabe de qué le habla. Yo encontré un revólver debajo de una de las camas del segundo piso y lo guardé mientras aparecía su dueño’”.

En ese momento Chavarro se percató de que su cuerpo sudaba de la cabeza hasta los pies. Con gran pericia revisó el arma que temblorosamente le fue entregada, y atinando únicamente a hacer una señal militar, salió afanosamente del recinto. En la base naval, después de dar parte de victoria a su capitán Rodríguez, nuevamente es retado por este a hacer uso de toda su inventiva, pues la pérdida del arma había llegado a oídos del comandante de la unidad y era preciso un informe escrito de parte sin novedad que dejara limpia la carrera del capitán Rodríguez y posibilitara el silencio cómplice del comandante.

La redacción del informe nuevamente exigió dejar a un lado la verdad de lo ocurrido:

“El capitán Rodríguez al terminar su horario de servicio deja su arma de dotación guardada en la caja fuerte de una importante empresa naval de la ciudad. Asiste a un homenaje que se tributa a uno de los prohombres de la Heroica. Brinda emotivamente con todos los asistentes y al sentirse mal, solicita un lugar para reposar en el que, sin explicación alguna, queda fundido hasta el otro día”.

La labor de Chavarro consistió en localizar a alguno de los altos funcionarios de la empresa naval, quienes el sábado no laboraban, para tener acceso a la caja fuerte en la que diligentemente habían guardado el arma oficial. La labor resultó un poco más demorada de lo calculado, pero finalmente el capitán Rodríguez contaría con su arma de dotación para las actividades del domingo.

Tanto el capitán Rodríguez como el comandante de la base se quedaron boquiabiertos ante tal capacidad inventiva, y entrando más en confianza con él, escucharon con asombro todo su relato acerca de los mecanismos utilizados para llegar al logro de la misión.

“Chavarro, usted es un hombre de inteligencia y ese es su verdadero lugar”, le dijo el capitán Rodríguez, mientras que el comandante de la base le reiteró: “Colombia necesita de su capacidad y de su inteligencia en la lucha contra el crimen”.

Desde hace siete años, luego de una ardua querrela jurídica, Chavarro Quintero deambula por el norte de Cali como tantos otros pensionados cuyo reto, una vez desayunados, es ocupar el tiempo de la mejor manera, entre vueltas y mandados; entre tintos y recuerdos, en el parque de las “palomas caídas”, como llaman las mujeres que madrugan a hacer ejercicio al parque del barrio La Flora.

“Mis padres se separaron cuando apenas tenía tres años de edad, y por esas cosas del destino quedé a cargo de mi padre y mi abuela paterna, una combinación de rigurosidad e inflexible autoridad. Aprendí a obedecer desde muy pequeño y aún mantengo vida la voz de mi padre cuando caminando por las frías calles bogotanas me recordaba: ‘¡Lo que no se mueve, se pinta; lo que se mueve se saluda!’. Para ellos castigar no era asunto de rejos, ni jornadas de trabajo forzado en las lides de la casa. Para ellos castigar era hacerme quedar en ridículo, cosa que influyó de manera decisiva en mi personalidad y contribuyó a forjar más tarde mi perfil de sabueso, de hombre de la inteligencia”.

Cuando ingresó a la naval sintió que era apenas un cambio de superiores. Que las normas que rigen la carrera militar le eran familiares, que la voz de su abuela difería tan solo en el tono de la chillona de la del superior Siachoque, y que, a diferencia del régimen de su padre y las normas de ética por él impuestas, en el cuartel “el jefe tiene razón, especialmente cuando se equivoca”.

“¡Izquier, dos, tres, cuatro,... izquier, dos, tres, cuatro... compañía arrr!”. Así transcurrían los largos días en el regimiento. Desde las cuatro de la mañana. Entre el sonido de las dianas y las tempraneras duchas, gritos, filas. “Porque el entrenamiento militar tiene que ser tan duro que la guerra parezca un descanso”, afirmaban con plena certeza los superiores. Y pobre aquel que diera papaya, especialmente si tenía personal al mando.

“Cuando llevaba más de un año en la naval, adaptándome cada vez de mejor, viví la primera gran prueba de lo que representa la razón del jefe. Entrada la noche, una vez todos en el dormitorio, me tocó el turno de vigía, pues mientras una compañía duerme, por lo menos un marino es encargado de vigilar, y por ningún motivo puede abandonar el lugar de guardia. De igual manera, pasadas las doce de la noche no le era permitido a nadie transitar sin autorización o mando por las instalaciones de la base.

“El cabo Siachoque, detestado por todos por su pedantería, despotismo y abuso de autoridad, acostumbraba por las noches, una vez la compañía dormía, salir en puntillas hacia un rumbo por todos desconocido. ¡Siga, mi cabo!, fue lo único que atiné a decirle al verlo salir. Pero mi curiosidad me llevó a abandonar el puesto y seguirlo con la distancia suficiente para no ser notado. Cuál sería mi sorpresa cuando lo veo ingresar como si fuera costumbre al cuarto frío de la cocina de la base y acto seguido, iniciar un festín de carnes frías con pan, solo presentes en el menú de los oficiales. ‘¡Ve este hijo de puta lo que se viene a hacer y no invita!’, pensé”.

A la madrugada siguiente, cuando el personal de la cocina ingresa al cuarto frío para comenzar la preparación del desayuno, se encuentra con el cabo Siachoque prácticamente muerto, hipotérmico, y luego, cuando estábamos en formación, en medio de un silencio cómplice, toda la compañía, incluso yo, vimos pasar en la camilla al detestable cabo impregnado de adobos propios de un bistec y con el color cetrino de la carne de cerdo en canal luego de semanas colgada en bóveda fría. “No sentí pesar..., tampoco asco...; quizás sí complacencia viendo tan grotesco espectáculo que a su paso dejaba no solo la estela de una imagen lívida sino también el olor a muerte cercana.

“No se puede preavisar de un error a quien por un error nos hace preavisar. Siachoque pagaba con su vida las incontables cagadas que nos había hecho en su corta vida de cabo y superior de la unidad”.

Solo Dios conoce las imágenes que en esos momentos pasaron por la mente de los allí enfilados. Solo la solidaridad de cuerpo presente en un pelotón de reclutas hace posible que el silencio y la complicidad de las mentes maquiavélicas impere en una situación que de otra forma sería de angustia y temor a que alguien abriera la boca. Cualquiera podría ser el culpable, pero solo uno había seguido sigilosamente al cabo y descubierto así su secreto de saqueo y gula.

Pero según el relato del propio Chavarro, para sorpresa y temor de uno o de todos, corrió la noticia de que el cabo Siachoque estaba a salvo, que habían logrado devolverle el calor y el color a su cuerpo y que muy pronto estaría de nuevo al frente. ¿Cuántos sentían por el cabo la misma aversión que sentía Chavarro? ¿Cuántos se habían dado cuenta de que era Chavarro el que estaba de guardia y que era el posible culpable? En estos casos los rostros de los reclutas suelen permanecer impávidos, se adiestran para volverlos seres fríos, nada los delata, ningún movimiento, ningún gesto; están allí presentes, quizás más helados que el propio cabo con hipotermia. Eso es parte de la formación militar.

Nadie sabía la verdad de lo que había pasado. Los mismos encargados de la cocina habían podido cerrar el cuarto frío sin saber que el cabo merodeaba como rata y saqueaba silenciosamente los inventarios. Un rondero de la base había podido encontrar abierta la puerta, proceder a cerrarla y a ponerle el pasador como es su obligación, pero según parece nadie vio nada y nada se sabía a ciencia cierta de lo que había sucedido. Solo la conciencia de cada uno era poseedora de la verdad.

“El fantasma Siachoque señalándome como el más probable ejecutor de la fatal operación y su mirada inquisidora hurgando en el fondo de mis pensamientos para llegar a la verdad comenzaron a hacer mella. Incluso en las siguientes noches en vela llegué a cuestionarme si verdaderamente era mi vocación”.

Eran tensos días para el recluta Chavarro, llenos de incertidumbres, de dudas y de todo tipo de altibajos en su estado anímico. Una mañana, cuando apenas se iniciaba la formación, escuchó por el altavoz del patio central un fuerte llamado: “¡Chavarro, preséntese en el comando!”.

La cara de Chavarro comienza a tornarse blanca, casi transparente; parecía la de un condenado a la horca. “En mi cabeza se repetían cuadro a cuadro las imágenes de aquella noche en el cuarto frío: dos sonrientes cabezas de cerdo sobre una mesa ensangrentada, tres piernas enteras de res pendiendo de sendos ganchos, hígados, tripas, ajos, cebollas verdes frescas y, por supuesto, los trozos de jamón y otros embutidos tan apetecidos por el cabo Siachoque.

“Caminé lentamente los interminables ciento doce pasos que me separaban de la comandancia de la base. Mis piernas temblaban recordando, atemorizado, lo hecho: había sido yo quien aquella noche cerró por fuera el cuarto frío y había puesto el pasador a sabiendas de que dejaba allí encerrado y a merced del frío al cabo Siachoque que tanto nos jodió, ¿Cuál sería mi castigo...? Señor, juro que yo no he visto nada, ni se nada y nadie ha visto nada ni sabe nada, me repetía una y otra vez, y con esa convicción continué dando los últimos pasos”.

De pronto, frente a la puerta, en el rostro de Chavarro se dibuja una leve sonrisa, pues recuerda a su padre y a su abuela, su firmeza de carácter, su templanza, su verdad por encima de todos y de todo, su sangre, su propia sangre. Reacomoda su cuerpo y su andar, respira, se llena de valor y sigue adelante. Se oyen sus pasos fuertes que luego se detienen seguros ante su superior.

—¡A sus órdenes, mi coronel!

Acto seguido, el comandante de la base interroga con firmeza:

–Recluta Chavarro, ¿sabe usted algo del cabo Siachoque?

–¡Nada, mi coronel!

–¿Se comenta algo acerca del infortunio de Siachoque por su glotonería?

–¡En absoluto, mi coronel!

–Pues déjeme informarle, Chavarro, que lo sucedido al cabo, aunque no pasó de ser un gran susto, sí tiene que ver, y mucho, con usted.

El cabo Chavarro se había hecho merecedor de un viaje de estudios a los Estados Unidos, pero por recomendaciones del médico no es procedente que viaje.

Chavarro no atinaba a decir nada, no lograba entender el mensaje de su superior, pero era inocente mientras no se le demostrara lo contrario.

–¡Mande, mi coronel!

–Es preferible que se calle y me escuche, porque usted no se espera lo que le voy a decir –replicó el coronel.

–Con el capitán Rodríguez hemos estudiado la situación presentada con el cabo Siachoque y estamos de acuerdo en que ante el dictamen del médico, lo más recomendable es que sea usted quien asista al curso, así que alístese para su viaje a Estados Unidos en menos de una semana.

–Gracias, mi coronel, como usted mande.

Para Chavarro, durante cinco años, Estados Unidos fue sinónimo de aprendizaje, de entrenamiento, de fortalecimiento en las lides de la justicia y la seguridad, pero sobre todo de olvido, ya que su principal propósito era no recordar jamás aquellas situaciones negativas de su pasado reciente. A su regreso a Colombia en el año 86 inicia su trabajo como agente de seguridad especial del DAS, en Bogotá.

“Allí el ambiente que se respiraba era bastante hostil. ‘Caras vemos, corazones no sabemos’, como decía mi abuela, y la verdad que tenía toda la razón. Nadie sabía de la vida de nadie, nadie era amigo de nadie, nadie confiaba en nadie, todos éramos vigilantes y a la vez vigilados; nuestra labor de observadores era detalladamente observada por otros. Colombia se movía en las aguas turbias

del narcoterrorismo, todos sin excepción siempre teníamos muchos ojos puestos encima, y yo sin darme cuenta puse mis ojos en alguien, en la única mirada cálida y amable que encontré a mi alrededor. Era Mariela, la asistente, y me brindaba una delicioso tinto caliente recién hecho”.

¡Quién lo hubiera creído! Chavarro era un hombre sensible, y aunque callado quizás más por su trabajo que por su verdadero temperamento, trataba bien a la gente y parece ser que eso también contribuyó a que Mariela pusiera sus ojos en él y fuera una persona de alguna manera expresiva, en un ambiente donde solo se respiraba silencio.

“Una mañana ese profundo silencio se vio abruptamente interrumpido. Fue el 6 de diciembre de 1989, a las 7:30 exactamente, cuando un crujido se escuchó como si saliera del fondo de la tierra. Desde lo más profundo sentí que ahí era el final de todo. Cuando la gente común y silvestre me pregunta acerca de la bomba, solo respondo; *¿Cómo así que cómo fue?* Pues ¡PUM! *¿Cómo más?* Lo que no saben es que quedó marcado en el fondo de mi cerebro como un tatuaje... Mi reacción fue inmediata: me lancé sobre Mariela, mi querida Mariela, y con todas mis fuerzas la tiré del pelo arrastrándola conmigo por unos metros para resguardarnos. Y así, aturdidos, confusos por el gran estruendo, nos salvamos de morir en aquel atentado de la famosa bomba del DAS. *¿Cómo la salvé a ella?* Pues en uno de mis tantos entrenamientos aprendí cómo se puede salvar a una persona, que en esos casos el cuerpo se revienta por dentro debido al impacto de la onda explosiva si uno no provoca en él un fuerte dolor que lo haga gritar, y eso hice yo con Mariela. Evité que muriera. Hoy, después de 22 años, es Mariela quien me acompaña y hace que mis días sean gratos, amables, sin recuerdos de esos viejos tiempos en los que mi vida era la de alguien que no era yo.

“Hasta ese día me llegó el complejo de Rambo. Entendí que todo podía terminar en menos de segundos, que esa fortaleza que me caracterizaba no era más que un disfraz. Pablo Escobar y sus 500 kilogramos de dinamita me lo demostraron, o quizá habrá sido una de las ingeniosas formas en las que Dios se cagaba en mí o en mi orgullo. Por eso es que lo amo”.

“Todavía me siguen, mis contactos por internet siguen viéndose afectados...”

“Siempre es difícil esta vida, pocas personas saben acerca del pasado, ya a varios compañeros míos les ha ido mal, la mayoría están muertos, incluso algunos de los que estuvieron junto a mí”, dice Clemencia, y añade “pero es que en este país pensar diferente es un problema porque si uno no está de acuerdo con lo que nos intentan vender los medios de comunicación pues lo matan”. Tiene 56 años, hoy en día trabaja como conciliadora en el programa de Familias en Acción. Su pasado está plasmado en los anales de la historia colombiana. Ella perteneció al hoy extinto Movimiento 19 de Abril, más conocido como M-19.

Clemencia vive en el oriente de Cali, en una casa ubicada en el Distrito de Aguablanca. Se desempeña como conciliadora y asesora de Familias en Acción y como educadora especial en un colegio del sector. Es de mediana estatura, voz clara y segura.

“Muchos condenan mi pasado, me han dicho resentida, terrorista, y de todo lo imaginable, pero lo que sucede es que la gente no sabe bien cómo funcionan las cosas, toda subversión tiene su fundamento, y el nuestro no era diferente, solo queríamos un país mejor, con igualdad, democracia y justicia; pero las cosas fueron malinterpretadas.

Las dificultades que se me han presentado han sido más que todo por lo que decidí hacer con mi vida, porque uno no todos los días se mete a una guerrilla:

de hecho, cuando parte de mi familia se dio cuenta de lo que yo estaba haciendo casi me dan la espalda; mi madre por lo menos no: ella me apoyaba en muchas cosas. No me parecía justo, yo quería tener un mejor país. Por lo menos decidí hacer algo para intentar cambiar la realidad que padecemos, pero escuchar y ver esos señalamientos fue desmotivante”. Aun así, no desistió, continuó luchando por lo que quería, aquello a lo que la aferraba su amor.

“Siempre fui de izquierda, toda la vida, y el papá de ella también, siempre tuvimos la ideología, en cambio la muchacha era más elitista, a ella no le importaba la lucha social, nosotros siempre le insistíamos, y con el tiempo fue cambiando, hasta que le dio por meterse al M-19”, cuenta doña Alicia, madre de Clemencia, y añade; “en mi casa recibía gente, los dejaba quedarse, hasta que un día descubrí unas armas en una pieza que había atrás de la casa, yo les pedí que las sacaran porque ya tenía dos hijas pequeñas, tenía que protegerlas”.

Continúa relatando Clemencia: “Lo más difícil en mi vida ha sido haber pasado cuatro años en la cárcel, por un consejo verbal de guerra, y el nacimiento de mi hijo estando en la cárcel por dicho proceso. Aún así la cárcel me formó en algunas cosas”. Fue objeto de un atentado en 1997 cuando se desplazaba por la carretera que de Bogotá lleva a Villavicencio, un grupo de hombres en motocicletas intentaron acabar con su vida disparándole al carro en el que se movilizaba; de ahí salió con dos heridas, afortunadamente para ella, los demás tiros se desviaron. “Eso fue como un milagro de Dios, hoy en día, quince años después, aún no me explico cómo pudo pasar, lo cierto es que así sucedió”.

Cuando tenía dos años de edad su padre murió, entonces ella y su hermana quedaron al cuidado de su madre, quien, con mucho esfuerzo y dedicación logró sacarlas adelante. “A una muy buena crianza, se suma un hombre maravilloso que estando yo muy niña, a la edad de nueve años, se enamora de mi mamá y organizan un hogar. Este ser maravilloso es un médico que me brinda todo su amor, asistencia y junto con mi mamá me inculcan los principios de crianza que afortunadamente tengo”. Actualmente convive con su hijo, quien según ella es su mejor obra, y su pareja, que no es el padre de su hijo, pero se llevan muy bien.

En épocas de su juventud decidió viajar a Europa, ser mochilera y permaneció largos años en España y Suiza. “Gracias a Dios nací en el país más alegre del mundo, Colombia, en Cali pasé casi toda mi niñez, pero la rebeldía propia de mi época me convencieron de que era momento de irme a conquistar el mundo”.

A la edad de dieciséis años empieza entonces a relacionarse con Jaime Bateman Cayón, Iván Marino Ospina y Helmer Marín, y aún sin saber quiénes eran en

realidad, ya eran parte de su vida cotidiana. “En varias ocasiones salí de viaje con el papá de mi hijo y llegamos a la casa de Iván Marino Ospina en Armenia o en la costa donde Doña Clementina Cayón”.

Cuando conoció al padre de su hijo, ideólogo del M-19, dice haberse enamorado de su inteligencia y de su sentido de solidaridad. “En ese momento yo no sabía quién era él. Yo no tenía conciencia social. Vivía en un mundo donde la danza era todo el medio que me rodeaba”. Ella no sentía ni entendía lo que era la desigualdad social, por eso hoy en día puede decir que fue en el camino que aprendió y fue ese amor lo que la puso *ad portas* de un conocimiento ideológico “pero más que una ideología, puedo decir que un sentir social, una reflexión propia acerca de lo que estaba pasando”. “Cuando yo vivía con el papá de mi hijo llegaba a la casa mucha gente; en ese entonces yo vivía por La Campiña, y entraba y salía mucha gente. Entonces voy tejiendo con ellos esa parte de los afectos; para mí son muy importantes los afectos, eso era lo que me sostenía. Cuando a mí me detuvieron no me sostenía ni la ideología política, ni el contexto de la lucha armada, me sostenía ese tejido de amistad”.

En cierta ocasión, tiempo atrás, tuvo con su grupo de danzas una presentación en el Centro Cultural Colombo-Americano, de ese evento salió a las 4:00 a.m., cuando llegó a su casa encontró a un hombre bastante alto acostado en su cama y arropado de pies a cabeza

- ¿Quién es usted? –preguntó Clemencia.
- Pablo –respondió el tipo.
- Y ¿cómo entró?
- El Gordo me dio las llaves, me dijo que usted llegaba tarde, que me acostara que aquí iba a estar seguro, tranquila, acuéstese y yo me voy al sofá, más tarde vamos a desayunar, yo soy de los buenos.
- Bueno, si el Gordo lo dejó entrar usted será de los nuestros.
- Claro.

Cuando fueron a desayunar entre las conversaciones resultó ser que Pablo era el pseudónimo de Jaime Bateman Cayón, el comandante máximo del M-19. Clemencia apenas lo había visto un par de veces y por eso no lo recordaba muy bien; de hecho, para ese entonces ya estaba casada con el padre de su hijo, pero

este fue el primer encuentro en el que pudieron conversar largo rato y ponerse al tanto el uno del otro sobre lo que había estado sucediendo con el grupo.

En esa época las prostitutas eran grandes aliadas del grupo, en algunas ocasiones incluso les guardaban armas. “Un día me tenía que esconder de una gente que nos buscaba y me llevaron a un burdel. No sabía qué era ese lugar y cuando me explicaron me impresioné un poco, pero me recibió una muchacha muy amable, rubia y alta y me dijo que estuviera tranquila, que con ellas iba a estar a salvo”.

A medida que la organización iba creciendo la situación se hacía más complicada, los esfuerzos estaban centrados en la militancia y la vida clandestina demandaba mayores esfuerzos y muchas más precauciones. “Un día estando yo en casa de los padres del Gordo, mi esposo, llegó Iván Marino Ospina en un Renault, venía a toda velocidad, el Gordo intentó meterme en el carro a la fuerza y la mamá me cogió por un brazo para no dejarme ir.

– Déjenla, le puede pasar algo, ella no tiene mucha experiencia.

“Aún así me metieron y de repente se armó una balacera, salimos a toda y me hicieron pasar al asiento de adelante con el carro en movimiento”. Después de salir de ese apuro era necesario irse del barrio, ya habían ido una vez a casa de sus suegros a preguntar por su esposo. “Ya nos tenían pistiados”. Duraron varias horas dando vueltas para asegurarse que nadie los seguía, luego tenían que entrar al apartamento de La Campiña para saber si había alguien y si ya los habían ubicado; en ese caso armaron una estrategia para ingresar. “Primero entraba yo, si no salía era porque me habían cogido, si no me demoraba era porque todo estaba limpio. Iván Marino y el Gordo me esperaban en la esquina con el carro prendido”. El orden de ingreso al apartamento se dio por jerarquía, primero iba Clemencia, que era militante, mientras el padre de su hijo que era jefe de finanzas del M-19 e Iván Marino, de la plana mayor del grupo, esperaban afuera. “En tal caso era mejor que cogieran a uno, tal vez de menos importancia que era yo, a que cogieran a tres al tiempo”. Añade que sintió miedo al entrar y un gran alivio al corroborar incluso debajo de las camas que no hubiera nadie en la vivienda.

Se trasladaron a Bucaramanga porque la situación en Cali se complicó y la organización les dijo que se cambiaran de lugar por cuestiones de seguridad. “En ese entonces me parecía una ciudad con muchos parques pero sin luz, era como bonita”, comenta. La estadía en su nueva ciudad fue difícil, porque para esa fecha ya su hijo venía en camino; además, eso le implicaba estar lejos de su mamá. Lo más grave según ella era que por cuestiones de manejar la clandes-

tinidad no podía llamarla seguido ni hablar sobre su ubicación, mucho menos viajar, pues era posible que los teléfonos estuviesen intervenidos. Algún tiempo después conoce a un compañero llamado Lucho Otero, integrante de “la plana mayor del M-19” y experto en explosivos. “Se había capacitado en países donde la tecnología en este sentido nos llevaba la delantera y la lucha armada tenía gran experiencia”. Además era economista, uno de tantos profesionales. Clemencia asegura que la gente de la plana mayor era muy inteligente y que además, muchos tenían muy buena posición socio-económica. “Había abogados, ingenieros; era gente muy intelectual y de un nivel cultural bastante alto, finalmente eran luchadores del pueblo. Para ser eso es necesario saber mucho”.

Conocer a Rosemberg Pabón fue, según ella, una total alegría “Porque Rosemberg era el líder, la cabeza del grupo, es como cuando alguien conoce a su jefe, se sabe que lo que uno hace lo está ordenando esa persona”. Fue estando en el hospedaje de Bucaramanga cuando un día tocó Iván Marino Ospina a la puerta; iba sonriente, pues le estaba presentando a Clemencia al líder absoluto de la organización. “Entró y charlamos mucho tiempo; le comenté sobre mi embarazo, sobre el viaje; hablamos de todo un poco. Conocerlo cambió mi vida”. Tras este encuentro comenzaría una gran amistad y una relación laboral más estrecha, al punto que tenían contacto directo en ocasiones y sería más fácil seguir con actividades estando cerca los dos. Sería él mismo quien tiempo después le ayudara en la cárcel.

Mientras su embarazo avanzaba las cosas se hacían más complejas. Una ocasión, mientras se desplazaba de Bucaramanga a Villavicencio junto con tres compañeros, cayeron en manos del Ejército colombiano en un retén, para ese entonces ya tenía cuatro meses de gestación, y ahora por primera vez Clemencia estaba detenida. “Me llevaron a una prisión dentro del batallón, ahí pasé la noche, tenía frío, al otro día me hicieron algo llamado consejo verbal de guerra; ahí me condenaron a prisión; fue muy injusto, fue una decisión tomada por oficiales del Ejército, no por un juez”. Fue recluida en una cárcel de Bogotá, en ese lugar sufrió torturas y tratos anticonstitucionales, según ella se le violaron muchos derechos fundamentales. “Un día me pusieron choques eléctricos en los pezones, eso es algo muy doloroso. La idea era que yo hablara, pero no dije nada”. Un par de días después fue a la oficina del director de la prisión, Bernardo Polanco, ahí pudo hablar con él tranquilamente, él intentó persuadirla para que tuviera buen comportamiento.

– Clemencia, no te vayas a escapar de aquí por favor, no nos des problemas –dijo el señor Polanco.

– Usted no me pida eso, créame que yo voy a intentar volarme de aquí, mejor concéntrese en no dejarme, pero no me pida que no intente escaparme porque si lo voy a hacer –contestó.

Cinco meses después nació su hijo, estando aún en prisión. “Era el momento de irme, sino me iban a quitar el niño”. En cuanto pudo, escapó con su bebé. El plan era convencer a uno de los guardias para que le dejara la puerta de la celda abierta. “Le caí bien y me hice tomar confianza; sus ideales eran más o menos parecidos”. A eso de las dos y media de la madrugada salió de la celda, a esa hora era poca la vigilancia en el lugar y el mismo guardia le había dejado abierta la parte de atrás de un camión que al otro día se iba para Boyacá. Entonces subió al camión y esperó dentro hasta el amanecer. “Cuando arrancó había bastante sol, se movió unos cinco minutos, le abrieron la puerta para inspeccionarlo y apenas movieron la carpa de la parte de atrás, me bajé y me dirigí a la puerta que ya estaba abierta, corrí doscientos metros o más, descalza”. Efectivamente, y como lo habían conversado antes, el director Bernardo ordenó que le impidieran salir, pues la veía corriendo desde una ventana, pero no debían dispararle; ella corría con un trozo de tela blanco en la mano mientras gritaba: “Viva la libertad, viva la democracia, M-19 no se rinde”. Todos los esfuerzos de los guardias fueron inútiles. Finalmente salió cargando a su hijo de pocos días de nacido, cuenta que nunca en su vida había corrido tanto. “Creo que al guardia no lo pillaron y me dio mucha tristeza que una criaturita que apenas llegaba al mundo ya empezara a correr los peligros que acarrea la lucha armada”.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos se fue para el prostíbulo donde se había refugiado unas cuantas veces, ahí las prostitutas le dijeron que dejara al niño, porque si no, se lo iban a robar, así que dejó a Santiago al cuidado de una mujer que trabajaba en el lugar, y desde ahí se pudo contactar con Rosemberg Pabón. Lo poco que le alcanzó a decir fue: “Nos vemos donde siempre”. Se refería a una plazoleta del sur de la ciudad, era poco transitada, así que ahí se vieron. “Rosemberg me llevó con él, nos fuimos en un carro viejo que no llamara la atención, estaba indocumentada y un retén sería fatal”.

Semanas después pudo volver por su hijo, estaba bien atendido, Clemencia les agradeció y se fue. Alrededor de tres semanas después de haber salido del incidente habló con Iván Ospina y Jaime Bateman, les dijo que se iba a retirar. “Ya ha pasado mucho tiempo, he ayudado en todo lo que he podido, estuve dispuesta a muchos riesgos por esta causa que apoyaré toda la vida, pero como dijo mi mamá un día, ahora tengo un hijo y tengo que cuidarlo”. Fueron las palabras

con las que se despidió del grupo y de la causa que había empezado a seguir años antes. Los superiores se lo tomaron bien, le agradecieron su compromiso.

Regresó al otro día a Cali, desde entonces su vida cambió radicalmente: se fue a vivir al sector de Aguablanca, donde permanece hasta hoy. Empezó su proyecto como educadora especializada, su profesión desde hacía mucho. Un par de meses más tarde ingresó a asesorar y orientar a desplazados en el programa de protección a los mismos.

“Mi vida fue antes y después del M-19, lástima que las cosas no se sigan dando. Hoy en día no hay guerrilla, no hay subversión, hoy en día estamos en medio de terrorismo y narcotráfico, los verdaderos ideales guerrilleros los teníamos nosotros”. Afirma y añade, “No me arrepiento de nada de lo que hice, hago y haré, fue una buena causa, yo sigo estando en la organización pero con el corazón”

“Siempre es difícil esta vida, pocas personas saben acerca del pasado, ya a varios compañeros míos les ha ido mal, la mayoría están muertos, incluso algunos de los que estuvieron junto a mí”, dice Clemencia, y añade: “pero es que en este país pensar diferente es un problema porque si uno no está de acuerdo con lo que nos intentan vender los medios de comunicación pues lo matan, ¿Feliz?, siempre lo he sido, sí que lo soy”.

Al estadio ¿por primera vez?

Laura Angélica Riascos Q.

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó—
 —Me toca madruguar; pero ese turno
 En la mañana del día
 entrar se encierran
 —Hi!

—¿Qué le toca mañana, mamá! —le preguntó
 —Me toca madruguar; pero ese turno
 En la mañana del día
 entrar se encierran
 —Hi!

—¿Qué le toca mañana, mamá! —le preguntó
 —Me toca madruguar; pero ese turno
 En la mañana del día
 entrar se encierran
 —Hi!

—¿Qué le toca mañana, mamá! —le preguntó
 —Me toca madruguar; pero ese turno
 En la mañana del día
 entrar se encierran
 —Hi!

—¿Qué le toca mañana, mamá! —le preguntó
 —Me toca madruguar; pero ese turno
 En la mañana del día
 entrar se encierran
 —Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó
 —Me toca madruguar; pero ese turno
 En la mañana del día
 entrar se encierran
 —Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó
 —Me toca madruguar; pero ese turno
 En la mañana del día
 entrar se encierran
 —Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó
 —Me toca madruguar; pero ese turno
 En la mañana del día
 entrar se encierran
 —Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó
 —Me toca madruguar; pero ese turno
 En la mañana del día
 entrar se encierran
 —Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó
 —Me toca madruguar; pero ese turno
 En la mañana del día
 entrar se encierran
 —Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó
 —Me toca madruguar; pero ese turno
 En la mañana del día
 entrar se encierran
 —Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó
 —Me toca madruguar; pero ese turno
 En la mañana del día
 entrar se encierran
 —Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó
 —Me toca madruguar; pero ese turno
 En la mañana del día
 entrar se encierran
 —Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó
 —Me toca madruguar; pero ese turno
 En la mañana del día
 entrar se encierran
 —Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó
 —Me toca madruguar; pero ese turno
 En la mañana del día
 entrar se encierran
 —Hi!

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Eneida revisa el turno del próximo día: es el de siete de la mañana a una de la tarde

er cómo muchos de los clientes antes de irse pasan por

Sábado 3 de septiembre de 2011. Dentro de pocas horas se enfrentarían América y Nacional. El sol estaba en todo su resplandor. Afuera, en la calle, en el barrio Ulpiano Lloreda, cantidades de rojos y blancos cantaban a coro el himno del Barón. Adentro, en una pequeña casa pintada totalmente de color verde, Jorge Andrés escuchaba una y otra vez el estribillo que a todo pulmón gritan los aficionados. A Andrés se le iluminan los ojos, se torna inquieto y comienza a tararear el estribillo y a recordar el día en que pisó por primera vez el estadio. De repente su mirada se pierde y comienza a decir: “Tenía trece años cuando decidí ir a ver qué pasaba en el estadio. El encuentro era entre caleños y americanos. Yo estaba ansioso y emocionado. Al llegar allá me encontré con unos amigos que me invitaron a sentarme con ellos, y a partir de ese momento entendí qué era gritar y apoyar al equipo. Me sentía grande e importante...”. Su mirada retorna y con una sonrisa añade: “...era un culicagado, no me sabía ni las canciones, sólo gritaba y gritaba porque entre tanto alboroto nadie iba a entender lo que decía”.

Jorge Andrés es un joven de veintiseis años que desde muy chico ha sido, como dice él, la oveja negra de la casa: “Yo siempre fui muy rebelde; todos los años me echaban por *drogo* de cada colegio al que ingresaba. La verdad, nunca me gustó el estudio. Las únicas materias que me gustaban eran matemáticas e inglés,

pero cuando estaba en octavo un profesor quiso dárselas de aletoso conmigo y, pues, yo no me podía quedar callado, así que por hijueputa le pegué, y esa fue la última vez que pisé un colegio”.

Jorge es el menor de tres hermanos y el único que queda en la casa. A la edad de once años vivía en el barrio El Calvario y ya manejaba armas blancas y fumaba; a los trece se mudó al barrio Siloé y a los quince llegó al barrio Ulpiano Lloreda. Allí comenzó su pasión por la marihuana y la barra. “Cuando tenía dieciseis años probé por curiosidad la marihuana y me quedé”, y añade mirando el piccito de marihuana que tiene sembrado en una matera de la casa “¡Es que eso se siente una chimba!”.

Cuenta que en una ocasión en el estadio, luego de un partido, “los caleños gonorreos se vinieron contra nosotros y, pues tocó meterse a dar pata también. Había tanta gente en la pelea que yo no sabía a quién le daba. Luego sólo recuerdo que desperté en el hospital con mi cucha al lado y mis amigos afuera. Todos daban gracias a Dios porque había despertado”.

“Estuvo dos días en coma por una contusión en el cerebro causada, según el médico, por un golpe contundente”, dice su madre y mirándolo fijamente añade: “Sabrá Dios con qué le habrán pegado”.

“No sé exactamente qué hora era, sólo sé que estaba oscuro. Todo me daba vueltas pero no paraba de correr. No sabía hacia dónde iba. Sólo recuerdo que me seguían y después de largo rato caí al suelo:

—¿Y entonces qué, Andresito? ¿Va a seguir corriendo?

—Parce, ¿usted quién es?

—Ay, mijo, ¿no se acuerda de mí?

—No, yo no sé de qué me habla.

—Entonces, tenga pa’ que se acuerde.

“Ese desgraciado me chuzó el estómago. ¡Tenía tanta rabia!, pero del dolor no podía hacer nada; sólo rogarle a Dios que me ayudara”.

El cuerpo de Jorge Andrés aún guarda el recuerdo de ese hecho, pues aún se observan las cicatrices que le dejaron los cuchillos y en su rostro se nota el mal rato que tuvo que pasar y que al parecer aún lo molesta.

Luego de recordar este suceso, con una sonrisa en la cara que se desfigura gradualmente dice: “No tengo ni idea de quién era ese pendejo, pero mínimo es verde y blanco. Es que uno tiene que estar *pilas* porque sino, *pailas*; pero ese hijueputa supo cómo hacerla, me cogió bien fumado y borracho, aunque gracias a Dios estaba así o sino hubiera sufrido más”, y después de una carcajada fuerte dice: “¿Si ve, má? Y usted queriendo que deje la *vareta* y el trago...”

Andrés aún no sabe por qué lo atacaron, pero está seguro de que fue un barrista. “Quizás me vio y le gusté... aunque en mis tiempos de loco yo hacía lo mismo, así que mínimo le tocó una parte a él y, pues, me reconoció. Es que uno por la barra hace lo que sea”. Y hacer lo que sea por la barra es justamente a lo que Jorge Andrés se dedicó por mucho tiempo. Cuenta que cuando el equipo jugaba fuera de Cali él no dudaba en seguirlos. “A los que no teníamos la liga nos tocaba irnos a dedo, robar para poder calmar el hambre y pa’ poder comprar *vareta*; yo me sentía feliz, porque eso era lo que yo amaba hacer, vivir por la barra”.

En Colombia, las barras bravas comenzaron a surgir a partir de la década de los noventa por una rivalidad entre los clubes de Cali, Bogotá y Medellín. Fenómeno que poco a poco se fue extendiendo por todo el país y el fútbol pasó de ser un evento pasivo a activo y además agresivo. Todos los barristas como Jorge Andrés saben el significado de esto y lo llevan a la práctica en cada encuentro deportivo al que asisten.

En medio del poco pasto que queda en la cancha del barrio Ulpiano Lloreda, con los ojos rojizos y achinados, la mirada perdida, el humo saliendo de su boca, una risa inexplicable y con unos cuantos *porros* a la espera, Andrés goza de, como lo llama él, su “*ratico feliz*”. Sin importarle la lluvia y el fuerte viento que tratan de avisar el mal tiempo que está por llegar, Andrés continúa agotando a cenizas cada uno de los *porros* que tiene a sus pies. “Cada vez que me fumo uno, lo disfruto como si fuera el último. Se siente como si estuvieras borracho pero mucho mejor porque no da guayabo. Cuando recién comencé a fumar, acabando el primero ya empezaba a ver cosas. Una vez creí que me iban a robar pero era mi cucha que me estaba cogiendo para que me entrara. Cuando terminás de fumar te sentís como tonto pero también te pillás las vainas de una, y además parece que te activara”. Y en medio de carcajadas añade: “Es una ventaja porque escuchás y oís antes que todo el mundo”.

En la vida de Andrés han pasado distintas personas que han hecho de él lo que es ahora, una de ellas es un personaje que él denomina como su *parcera*, su hermana. Es una chica bastante conocida entre los muchachos de la barra y

al parecer muy importante para ellos. “Esa niña era una berraca, una amiga de verdad. Ella te podía ver tirado como un desechable y te abrazaba sin importarle nada. Además era una barrista de corazón; se iba hasta la puta mierda con tal de seguir a la barra”, dice Andrés. Es evidente el dolor que siente al recordarla, que se cruza con la ira que sienten hacia los caleños. “En uno de los tantos viajes que hicimos con la barra cogimos rumbo a Bogotá y como siempre, la parcera no faltó. Una noche estábamos fumados y llegaron los malditos caleños todos aletosos, así que tuvimos que responderles, pero a ella no le gustaba meterse a dar pata, y a decir verdad nosotros estábamos de acuerdo, así que prefirió alejarse y esas gonorreas aprovecharon la papaya y le dieron de baja”, afirma la Liebre, uno de los integrantes de la barra. Andrés baja la mirada, cierra los ojos, inhala humo como si fuera su último aliento y lo bota lentamente. “Por esa niña decidí salirme, no le encontré explicación seguir alentando al equipo si el miembro más importante de la barra ya no estaba”, añade alzando la mirada y encendiendo otro *porro*.

“La decisión de salirme de la barra no fue nada fácil. Es que eso es algo que llevás en la sangre y es muy difícil dejarlo atrás. Además, no es sólo la barra, son mis parceros, y ellos no querían dejarme ir, así que tuve que dármelas de loco para poder esconderme; por eso decidí irme por un tiempo y la única idea que se me vino a la mente fue meterme al camuflaje”. La decisión de enlistarse en el Ejército fue la salida perfecta para Andrés, pues quería dejar atrás su época de barrista, las drogas y demás.

Su madre nunca supo que se iría hasta el momento que lo vio entrar al batallón. “Me dijo que lo acompañara a comprar unas cosas. Me acuerdo que paró un taxi y le murmuró algo al chofer. Le insistí que me dijera para donde íbamos, pero me dijo que no, pero yo ya me sospechaba algo y conociendo a Andrés no era raro que saliera con alguna locura, pero nunca me imaginé que lo estaba acompañando a su despedida. Cuando el taxi paró en el Batallón Pichincha, me di cuenta de que se iría. Lo único que pude hacer fue ponerme a llorar. En ese momento me abrazó y sólo recuerdo que me dijo: ‘Cucha no llore más, usted sabe que es lo mejor; más bien deme la bendición para que ninguna bala me entre’. Andrés siempre fue un descarado; hasta en ese momento estaba cagado de la risa y yo vuelta mierda de tanto llorar, hasta parecía estúpida, así que dándomelas de fuerte le dije que se fuera y que si necesitaba algo me llamara”.

Estar en el Ejército fue una experiencia nueva para Andrés, pues tenía que acostumbrarse, como dice él, a los malos tratos y abusos por parte de sus superiores. Pero dejando de lado eso, la vida en el Ejército no era muy distinta a su

vida cotidiana. “Estuvimos como un mes en el batallón y luego nos llevaron al monte, y allí se supo quién eran quién. Esos manes eran unos locos: mata que veían, mata que se fumaban; hongo que veían, hongo que se comían y, pues, con la tentación ahí tan cerca quién no se envicia. Fue en el Ejército que probé por primera vez el hongo, ese que se come con panela y te pone a ver colores. Se siente una chimba, pero no me envié con eso; es que daba embarrada con la cucha que me viera saliendo peor de lo que entré y, pues, esa no era la idea, pero tuve que verlas lindas pa’ no seguir comiéndome esa vaina”.

Irónicamente, lo que Andrés creía iba a ser lo mejor para él, terminó siendo una nueva experiencia que no necesariamente mejoraría su vida, pues en sus propias palabras, “así fuera en la iglesia, allá hubiera encontrado la droga; es como si me persiguiera y sería cagada de mi parte que yo no la aceptara. Estar en el Ejército fue lo mejor. Aunque mis superiores eran unos hijueputas, el tiempo que pasé allá fue una chimba y obvio si estaba con mi mejor amiguita”, dice Andrés refiriéndose a la marihuana como su mejor compañera en el monte. “Es que uno allá no era amigo de nadie y tampoco de eso se trataba, a los otros manes tocaba hablarles porque así es la vida”. Pero no sólo la marihuana se convirtió en su mejor aliada. “La mata me activaba y todo pero me di cuenta que con ayuda del complejo B también podía hacerlo, pero se sentía mejor si los combinaba, así que les robaba a los matasanos que iban con nosotros y me las aplicaba a escondidas”.

El complejo B es comúnmente recetado a niños, ancianos y atletas que están en la necesidad de aumentar el nivel de energía o vitalidad para realizar una determinada actividad, pero debe hacerse con supervisión médica pues éste tiene algunos efectos secundarios como úlcera, deshidratación, depresión, etc. Pero era obvio que nada de esto pasaba por la mente de Andrés; él sólo quería sentirse activo y como él lo reconoce, la marihuana ya no le hacía el mismo efecto, así que acompañado y ayudado por la marihuana y las inyecciones de complejo B Andrés terminó con los dos años de servicio militar.

“Al salir del batallón, yo tenía claro que lo que había pasado en el monte se quedaba allá. Yo sólo quería llegar a mi casa, ver a mis cuchos y a mis parceros y seguir con mi vida pero mejorada, fuera de la barra y el vicio”. Lo que Andrés no sospechaba era que cumplir con lo que tenía previsto iba a ser más difícil de lo que el creía, pues por más que quisiera evitarlo, la barra era parte de él. “No se trata sólo de ser hinchado del América o de cualquier equipo, sino que también es un estilo de vida que vos asumís haciéndolo propio porque te gusta y te hace feliz; los parceros se convierten en hermanos, padres y madres, en una familia

completa porque cuidan de vos y te hacen sentir bien; además, te sentís como parte de algo y te identificas con eso”.

Pero algo que Andrés nunca alcanzó a dimensionar en medio de lo que pasaba el sábado 3 de septiembre de 2011, en medio del ruido que hacían los americanos fuera de su pequeña casa pintada totalmente de color verde, es que lo que parecía ser un recuerdo de su vida pasada, iba a terminar convirtiéndose en realidad.

–Y entonces, parcerero, ¿se pega o no? Hágle que usted nos tiene abandonados, vaya póngase la camiseta y vámonos...

–No, parcerero, usted sabe que yo ya no le copio a esto.

–¡Ay, no sea tan mierda! Vamos a darnos un roce y verá que cambia de opinión... Hágle pues, no se haga el rogado...

–Espéreme, yo lo pienso.

–¿Y qué va a pensar? ¿Viene o no? Decídase rápido que ya nos vamos.

Luego de recordar momentos precisos de su primera vez en el estadio y tres años después de haber prometido no volver a seguir siendo miembro de la barra, Jorge Andrés entra rápidamente a su casa, cambia su camiseta negra por una roja, mira a su madre, levanta la barbilla y ella, respondiéndole la mirada, sólo le dice: “Cuidadito llegas acá botando sangre”. Y así Andrés se despide de su madre y también de su promesa mientras se aleja en medio de sus parceros, su vida, su barra.

Un viaje, otro más, otro más, y...

Luisa Fernanda Rivera

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—Hi!

Ma... octubre de 2011

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Encida revisa el turno del próximo día: es el de siete de la mañana a una de la tarde.

...no plato, todo empieza a cambiar, resaca. Todos hablan y se rien entre ellos. hojamos romero", dice Glorina mientras es así, porque sería eterno estar aquí para

l visitar Litany no sólo se salga satisfecho co a hecho a una excelente nueva amiga. Es ma e todos los visitantes coinciden al expresar q... res... ute realmente familiar. "Ahora existen varios restaura... ero este en especial nos gusta porque realmente tiene... álafel se le siente el trigo y su peculiar sabor a garbanzo ir... s frescos, cosa que de otros lugares no se puede afirmar... tos lugares del mundo, y puedo decir que este restauran... bor libanes", dicen un cliente y su acompañante, y agre... referido para almorzar o cenar cada fin de semana"

ter cómo muchos de los clientes antes de irse pasan por

“No recuerdo bien en qué momento empecé a pensar en la idea de hacer este viaje; solo sé que tenía muchas ganas de conocer nuevas cosas, ganar dinero y demostrar que podía ser alguien en la vida, además de que estaba aburrido porque en mi pueblo Quimbaya, Quindío, no tenía muchas oportunidades de salir adelante, y también de que estaba en un país que no me ofrecía nada”, dice John mientras mira hacia arriba tratando de recordar qué pasaba por su mente cuando pensó emprender ese viaje que parecía “pintar muy bueno” sin vislumbrar que se convertiría en su peor pesadilla.

“Yo quería irme. Allá ya estaba mi hermana. Yo tenía ya un hijo y trabajaba en la finca, lo cual no me dejaba muchos ingresos. Quería salir de ahí como fuera por plata; la *situa* estaba muy dura.

“Este enredo de mi vida que me hace pensar cada día que tal vez no estaría aquí empieza porque soy uno de los muchos colombianos que quiere experimentar *el sueño americano*, cuando debería ser *la pesadilla americana*. La idea era quedarme tres añitos, pero todo se alargó. Hice tres viajes: dos de ida y uno de venida. El peor fue el segundo”.

Es así como John Jairo, un hombre de treinta y ocho años, extrovertido, con quien es fácil entablar una conversación; casado, con tres hijos, dos con una

mujer diferente a la actual, con quien tiene el tercero, empieza a contar la historia de su viaje a los Estados Unidos a través de lo que él llama “El Hueco”, en búsqueda de mejores oportunidades para él y su familia. “Me fui de huida de un país que no me ofrecía nada”.

En el año 1991 John Jairo emprende su primer viaje a Estados Unidos de manera ilegal. Cruzó la frontera fácilmente. Cuenta que en esa época todo era más fácil, las autoridades no estaban tan pendientes de los que pasaban ilegalmente. Se quedó ocho años en Nueva York y en este tiempo hizo muchas cosas y aprendió otras, pero no le fue tan bien como creyó: estaba muy joven, se equivocó y no se preocupó por tener rápido los papeles, así que quiso volver a Colombia.

Llegó a Colombia de nuevo en 1999. Durante ese año volvió a su trabajo en la finca y en el 2000 sintió de nuevo la necesidad de regresarse, además de que un amigo muy cercano, Jalea, le comentó que también se quería ir; pero John Jairo ya no tenía dinero. Un día se encontraba sembrando tomates y recibió una llamada de EE. UU. de un amigo, el cual le planteó la idea de volver a viajar y le explicó que ya le tenía el contacto para pasar por El Salvador. El contacto era Jaime, un amigo común salvadoreño que vivía en Estados Unidos. “Cuando recibí esa llamada ya estaba todo listo, ya habían hablado con el contacto y con mi hermana para que me prestara la plata para pagar, porque eran dos mil quinientos dólares por cabeza, mucho dinero en ese tiempo”.

La conexión en Colombia desde EE. UU. era Jaime, que les explicó todo lo que tenían que hacer y a dónde llegar. “Él nos dijo: ‘ustedes viajan a El Salvador desde Cali y llegan a la casa de mi mamá; en el aeropuerto los va a estar esperando un hombre al que le dicen Bolaños’”.

El día que Jalea y él viajaron era un 1º de julio. Salieron de Quimbaya para Cali y de allí a El Salvador, en el aeropuerto debería estar Bolaños esperándolos. “Pero Bolaños no estaba ahí, y no teníamos quién nos recibiera. El *man* de inmigración fue muy mala gente y no nos dejó pasar; dijo que no teníamos los fondos suficientes para la estadía y como no nos había ido a recoger nadie, nos tenía que devolver a Colombia. Desafortunadamente a los colombianos no nos quieren mucho en otros países por la *cosita* que nos tienen. Mientras nos deportaban fuimos a tomar algo en un café-bar del aeropuerto y al barman le contamos lo que había pasado, y nos dijo: ‘El de inmigración que está hoy es muy mala gente, es muy racista con los colombianos, no los quiere para nada’. Y nos dio la clave: el hombre estaba los días pares, día de por medio, porque él era el jefe de inmigración.

“Nos devolvieron a Colombia. Teníamos que buscar como fuera la forma de volver. Llamamos a Jaime y él nos hizo el favor de buscar una familia que nos recogiera y nos llevara donde la mamá de él”. Cuando estaba todo listo, viajaron un 14 de julio de nuevo a El Salvador haciendo el mismo recorrido que al principio, pero esta vez se aseguraron de que fuera un día que no estuviera el mismo jefe de inmigración. “Ahí ya todo fue más fácil. Estaba otro *man*. Ese sí era buena gente. Ni siquiera nos preguntó si nos había ido a buscar alguien; de una nos puso en el pasaporte estaba por treinta días”.

En esos treinta días se quedaron en la casa de la mamá de Jaime en un pueblo llamado San Rafael de Obrajuelo, donde hablaron por teléfono con el contacto. “Bolaños se disculpó por no haber ido al aeropuerto. Nos dijo que había tenido problemas, mejor dicho, se *torció*; pero, bueno, a la final ya estábamos ahí y acordamos una cita para vernos. Él vino hasta la casa donde estábamos. Ese *man* era un militar retirado, con una cara de *torcido* que no podía con ella. El hombre nos explicó la *vuelta* de los papeles: ‘Ustedes van a tener pasaportes de ciudadanía salvadoreña con residencia de USA. Estos nombres son reales; yo lo único que voy a hacer es tomarles unas fotos, las cambio en el pasaporte y quedan listos’. Lo que teníamos que hacer era esperar a que estuvieran preparados.

“Mientras esperábamos los papeles teníamos que aprender a hablar salvadoreño para poder viajar. Este proceso duró más o menos diez días. Teníamos ya papeles listos para salir el 25 de julio de El Salvador a Los Ángeles, California, vuelo directo. Bolaños nos explicó todo. Yo en el pasaporte me llamaba Néstor William Martínez Chica, y a mi amigo Jalea no me acuerdo qué nombre le pusieron”.

El 25 de julio cogieron sus maletas y se dirigieron al aeropuerto. “En el camino Bolaños nos explicó que íbamos en el mismo vuelo pero que teníamos que entrar al aeropuerto e irnos como si no nos conociéramos, obviamente para no levantar sospechas. Cuando llegamos hicimos la fila para entregar papeles en ventanillas diferentes. Mientras yo hacía mi fila veía a unos treinta metros a Jalea. Cuando me tocó el turno le entregué mis papeles a la niña de la aerolínea; ella miró mi pasaporte y lo llevó a una oficina, y me puse muy nervioso pues no podía imaginarme nada bueno, y preciso: cuando ella volvió me dijo: ‘Tenemos un problema con el sistema, le toca esperar más o menos diez minutos, si quiere puede pasar a la cafetería, que cuando todo esté listo nosotros lo buscamos’. Apenas me dijo eso miré a la ventanilla donde debía de estar Jalea, pero no lo ví. Casi me da algo. Respiré profundo y disimulé mis nervios. Agarré un portafolio que llevaba y caminé hacia la cafetería y cuando llegué, Jalea estaba allí, sentado en una mesa con dos policías. Me miró de reojo, asustado y se me

aceleró el corazón; todo me temblaba. Entré a la cafetería para disimular y me compré un café mientras pensaba que tenía que tomarme algo más fuerte para pasar los nervios que me iban a matar. Salí de ahí a buscarme un *guarilaque*".

John Jairo salió de la cafetería muy nervioso. No podía quedarse quieto y no sabía qué hacer. Dice que mientras caminaba comenzó a leer letreros que decían: *Usar documentos falsos e identidad falsa tiene una pena de 5 a 7 años de prisión*. "En ese momento sentía que algo caliente me subía y me bajaba por todo el cuerpo. Me llegaba hasta el *roto del culo*. Llegaron muchos pensamientos a mi cabeza. Tal vez a Jalea ya lo habían cogido. Miraba la puerta de salida del aeropuerto y pensaba en volarme, pero sentía que no podía dejar todo tirado después de tanto esfuerzo, así que busqué un lugar donde hubiera mucha gente y tal vez perderme en ella si llegaba a pasar algo. Cuando estaba ahí, a lo lejos vi a Bolaños él me miró y se puso la mano en la boca como silencio".

Mientras disimulaba e intentaba perderse en la multitud, lo encontró la señorita de la aerolínea. "No sé cómo me encontró entre ese poco de gente. Me asusté mucho. Ella me entregó los papeles como asustada y al mismo tiempo con cara de que me quería ayudar, y me dijo: 'Tenga sus papeles y vaya a la sala de espera que el avión sale en diez minutos'. Me fui rápido y mientras caminaba se me venían Jalea y muchos pensamientos a la cabeza, pero me dije: si ya lo cogieron, lo siento mucho pero yo me voy".

Cuando John Jairo caminaba hacia la sala sentía que alguien lo perseguía, pero él no se atrevía a mirar para no levantar sospechas. Cada vez sentía más cerca la presencia de esa persona; tanto que podía hasta sentirle la respiración. "Traté de calmarme. Cuando llegué a la sala presenté mis papeles y me dijeron que en cinco minutos abordaríamos, pero yo no podía quedarme quieto de los nervios tan *hijueputas*. Estaba desesperado. Mientras pasaba el tiempo entré al baño de la sala y saqué el *animal* para orinar. Al lado derecho se paró un policía también a orinar. Disimulé y pensé que seguro él era el que me estaba persiguiendo. Cuando terminé me fui al lavamanos y saqué mi cepillo de dientes para matar tiempo y que el policía saliera rápido. Pasó un tiempo y cuando salí, afuera estaban el policía que entró y otro esperándome". Los saludó y los policías le dijeron muy respetuosamente que, por favor, le entregara sus papeles. Le hicieron varias preguntas que respondió bien, tratando de no hablar como colombiano. Les dijo que vivía con su esposa colombiana en Los Ángeles, California, hacía veinticinco años.

“Me dijeron: ‘¿Nos podría acompañar, por favor?’. Llegamos a una sala pequeña. Cuando entré vi a Jalea; él me miró, pero nos hicimos los desconocidos. Éramos los únicos. Llegó un policía de corbata y nos preguntó: ‘¿Ustedes dos se conocen?’. Yo le dije no para nada y le di la mano y me presenté. El policía nos *frentió* de una: ‘Ustedes son colombianos, tienen acento’. Yo arrugué la frente y le dije que no y que a mí se me había pegado un poco el acento porque como ya había dicho, mi esposa era colombiana”.

Después del interrogatorio los separaron en oficinas diferentes. Un cabo le recordó todo lo que había leído en los carteles, “Me dijo: ‘¿Dígame quién le vendió esos papeles, y nosotros le bajamos la pena’. Me sentí frío, y aunque seguía tratando de *tirar* frescura, por dentro estaba pensando que ya estaba preso quién sabe por cuánto tiempo. El *man* me comenzó a atacar; hacía muchas preguntas, todo era muy rápido, hasta que ya no aguanté más, *tiré la toalla* y le dije: ‘Sí, somos colombianos, pero no somos delincuentes, lo único que queremos hacer es pasar al otro lado. Hicimos esto por nuestras familias que se están muriendo de hambre. Les voy a decir todo lo que necesiten. Les voy a dar los datos del que nos dio esos papeles pero no nos metan a la cárcel’. Cuando salí ahí estaba Jalea y me dijo: ‘No, *parce*, ya nos *jodieron* aquí’. Él también ya había soltado la *sopa*. Nos abrazamos, *lagrimeamos* un poquito y le dije al oído: ‘No, *mano*, *pa’ las que sea*, juntos hasta el final. ¿Sabe qué? Miremos si logramos *torcer* a estos *manes*’. Nos esposaron y nos dijeron lo que siempre dicen: ‘Tienen derecho a permanecer en silencio, todo lo que digan puede ser usado en su contra. Los llevaremos a las *bartolinas* por ahora mientras se define su situación’. *Bartolinas* les dicen a las celdas de una estación. Nos llevaron a unas muy cerca del aeropuerto”.

Mientras caminaban hacia las celdas esposados junto a tres policías pensaron en ofrecerles plata para que los soltaran. “Yo pensé que ese era el momento para *torcerlos* y le dije a uno: ‘Vea, hermano, el mayor delito que cometimos fue tener papeles falsos que no sabemos de dónde salieron. Lo único que nosotros queremos es llegar rápido. Ayúdenos’. Y el *man* de una me respondió: ‘Si tienen tres mil dólares los ayudamos. Somos tres: mil por cada uno. No los subimos; los devolvemos a Colombia pero no los metemos a la cárcel. Tienen que tener la plata ya’. Si mucho entre los dos teníamos mil dólares y no nos alcanzó”.

El día que los trasladaron a la cárcel los policías les aconsejaron que no dijeran la verdad del porqué estaban ahí, ya que había gente muy peligrosa y si veían que ellos no eran delincuentes les podían hacer algo. “Nos dijeron: ‘Digan que mataron a alguien’. Cuando llegamos eso era un pueblo chiquito lejos de donde estábamos y un edificio viejo y feo. Los guardias del penal que nos llevaban

tenían una cara de malos que no podían con ella. Teníamos el ojo aguado. Nos tomaron huellas, fotos. Cuando nos *empelotaron* nos tocaron las *guevas*. Al fondo se veían en las rejas un poco de *manes* como micos mirando. Cuando nos dieron el número de las celdas a mí me tocó la cuatro y a Jalea la uno. Nos separaron. ¡Qué miedo tan *hijueputa*! Cuando íbamos caminando, antes de entrar había un *man* sentado y nos dijo: ‘Ustedes son los colombianos, ¿cierto? Los estaba esperando, los vi en televisión. Yo soy Trujillo y me dicen Careloco, narco de Cartago, Valle. Tranquilos, que aquí no les va a pasar nada. Yo los voy a cuidar. Si les tocaron celdas separadas ya voy a hablar para que los dejen en mi celda’. Pensé dentro de mí: este *man* es el que nos va a *culiar* y a robar. Yo no sé qué nexos tenía con los guardias, pero de verdad cuando él habló nos dejaron en la celda de él. Agarró nuestras maletas, se las echó al hombro y nos dijo que lo siguiéramos. Mientras caminábamos, todos silbaban y gritaban: ‘¡Uyy, le llegó compañía al Careloco!’. En la celda eran varias literas. Él tenía guardada una colchoneta que colocó debajo de la litera y ahí dormimos Jalea y yo”.

La vida de los dos en el tiempo que estuvieron en la cárcel se redujo a no hacer nada. Y a los dos meses los soltaron “Pero nos tenían que deportar. Lo bueno de todo fue que mandaron dos policías de los que ya nos habíamos hecho amigos para que nos llevaran al aeropuerto. Ellos nos dijeron: ‘Tienen dos opciones: esperar una lista para deportarlos o comprar los pasajes para Colombia’. El problema fue que no nos alcanzó la plata y se me ocurrió decirles que nos dejaran ir, que lo que queríamos era cruzar. Ellos sin dudarlos nos dijeron: ‘Hágale pues, solo les ponemos una condición: nosotros tenemos visa, pensamos viajar y queremos tener un lugar dónde llegar’. Sin dudarlos les dijimos que claro, que los recibiríamos. Nos sacaron del aeropuerto a un parque cercano y nos dejaron ir”.

Se fueron y buscaron la dirección de un amigo que vivía en un pueblo llamado San Miguel, para que les diera estadía mientras conseguían una conexión para cruzar por tierra. “Estuvimos allí cuatro días y conseguimos un señor de apellido Flores, que nos planteó el negocio: costaba seis mil dólares por cabeza. Supuestamente duraría de dos a tres semanas desde ahí hasta Houston, en ese momento todo iba bien porque nos aclaró que solo tocaba caminar doce horas y el resto era en carro y bus, cerramos el negocio con dos mil dólares y a los cuatro días nos recogió a las tres de la mañana para empezar el viaje”.

Salieron en una *minivan* que los llevó a abordar un bus. Eran siete personas, pero ellos dos los únicos colombianos; el resto eran salvadoreños que se fueron tranquilos sentados en el bus, mientras que a ellos los metieron debajo, donde había un cajón. “Teníamos que pasar *encaletados* todo El Salvador. Nos entraba

aire pero recibíamos todo el polvo”. Viajaron dentro de ese cajón seis horas más o menos. Este viaje duró tres días para pasar a Guatemala.

“Cruzamos todo Guatemala en bus, y cuando había retenes nos escondían en el baño. Hasta que llegamos a la frontera con México. Era un río grandísimo y a lado y lado pura selva; solo se veían micos y pájaros raros. Había unas casitas, poquitas, pero todos nos quedamos al aire libre cuatro días. Ahí se reunió mucha gente, más o menos sesenta personas. Empezamos a salir en grupos de diecisiete a las dos de la mañana en canoa. Ese viaje duraría doce horas. El río se veía tranquilito, pero el problema es que yo no sabía nadar y estaba *cagado* para ese viaje, y solo les dieron salvavidas a las mujeres. Había lugares donde era montaña y si nos caíamos ahí no había forma de salvarse así supiera nadar; pero cuando el río se hacía muy angosto se formaban como olas y remolinos y esa canoa empezaba a saltar. Cuando llegamos al lugar más peligroso, que llamaban la Cola del Diablo, donde se formaba un remolino muy grande, la canoa saltaba alto y llegaba muy abajo, esa fue la parte del viaje más dura, creo yo. Siempre viajábamos en medio de las dos fronteras que dividía el río; pero antes de llegar nos tuvimos que devolver porque nos mandaron una señal de que había una patrulla y nos tocó esperar una hora. Finalmente llegamos a la choza de un indio, ya en México, donde esperamos al guía que iba a emprender la caminata con nosotros.

“Cuando empezó la caminata nos dijeron que duraría seis o siete horas en medio de montañas. Cada estación que hacíamos nos cambiaban el guía. Pero caminábamos y nada que llegábamos; solo descansábamos cinco minutos y seguíamos. Todo el mundo preguntaba cuánto faltaba y la única respuesta era que ya casi; ya las mujeres empezaban a desmayarse; yo tenía ese culo todo ampollado. Se llegó la noche y nada. Yo calculo que llevábamos unas dieciseis horas, ya *mamados*. Ni dormíamos.

“Me encomendé a la Virgen María Inmaculada, que me dio mi mamá y que tenía pegada debajo del reloj. Nos prohibían llevar santos, porque si nos cogían podrían reconocer de qué país éramos, y la idea es que si a uno lo regresan no lo regresen hasta Colombia. De un momento a otro vimos un potrero, ya como civilización, y nos montaron en un bus y nos llevaron como veinte minutos más adelante; pero ahí tampoco íbamos a dormir pues solo nos dejaron descansar y luego nos dice el *man*: ‘Bueno, descansen quince minutos que todavía nos faltan cuatro horas de camino para llegar donde vamos a dormir’. Seguimos caminando, muy cansados, hasta que finalmente llegamos a otro potrero, donde nos dijeron: ‘busquen *cambuche* que no sabemos cuánto nos quedamos aquí’.

Entonces buscamos el primer palo y nos tiramos a dormir. Pasamos por picaduras de hormigas, lluvia, sol. Nos daban la misma comida siempre: solo tortillas con frijoles por dentro. Nos hicimos amigos de un dominicano. Yo me empecé como a enfermar, pues me dio algo muy raro: *cagaba* como negro y con diarrea y sentía malestar general. Tuvimos que esperar a que se reunieran sesenta y cinco personas para llenar el *tráiler* que nos llevaría al próximo viaje. Al ir caminando hacia el *tráiler* teníamos que tener cuidado porque en México existen los cazaliberales, que cuando ven una manada de gente empiezan a disparar. Entonces nos tocaba ir muy despacio, uno por uno, y nadie podía hablar”.

El *tráiler* estaba lleno de semillas de calabaza y en medio de todas ellas había un cajón grande. Allí los metieron a todos. “El cajón medía más o menos un metro y veinte, por lo que solo cabíamos acurrucados. El problema era que el cajón estaba diseñado para cuarenta personas y metieron sesenta y cinco. A medida que iba entrando la gente se sentía el *sofoco*. Nos dieron instrucciones de que no podíamos hablar. Si tocaban preguntando ‘muchachos, ¿están bien?’, no debíamos responder porque usualmente es la policía. Ya cuando el camión arrancó nos entró un poquito de aire pero cuando paraba en los retenes se sentía el calor.

“Fueron muchos retenes y era muy duro cuando paraba el camión porque nos quedábamos sin aire. Ese viaje duró doce horas desde Tabasco hasta Puebla. Pero llegamos a un retén que fue muy largo y un *peladito* como de diecisiete años empezó a blanquear los ojos. Todo el mundo desesperado y nadie hacía nada. Entonces le dije a Jalea que teníamos que hacer algo porque si no nos íbamos a morir y nadie hacía nada. Había un señor que tenía una navaja y se la pedí prestada. Empujamos la puerta y empezamos a chuzar los costales de semillas para salir; sabíamos que estábamos en un retén pero ya no nos importó. Salimos mojados, sudando, con sed y nos acostamos encima del camión y vimos que los guías ya estaban sobornando a los policías como con diez mil dólares. Nos metimos en el cajón otra vez. Solo faltaban cuatro horas. Llegamos a un hotel feo y ahí nos quedamos en un solo cuarto todos, pero yo empecé ya a sentirme muy mal; tenía fiebre, escalofrío, de todo.

“Nos recogió un bus. Yo tenía mucho frío, aunque estaba bien abrigado. Después de una hora de camino nos dijeron que nos teníamos que encaletar. Abrieron unas puertas en el piso del bus, que abajo eran cajones a lo largo de las dos hileras de sillas, y nos preguntaban si queríamos meternos bocabajo o bocarriba, porque adentro no nos podíamos mover. Estando ahí me sentí muy mal y como ya venía tan enfermo, me quedé dormido y empecé a soñar que estaba metido en un ataúd, muerto. Me desperté y yo encerrado no me acordé dónde estaba

y pateaba y gritaba que me iba a morir, temblando del escalofrío, sudando, con fiebre y gritaban: ‘¡Colombiano *culero*, cálese!’”.

Al llegar al sitio final John Jairo seguía igual de enfermo; con pastas no se le quitaba y pasando los días nada que se curaba. “Me daban unos ataques de escalofrío horribles, y aparte de mi enfermedad Jalea tenía un problema con una rodilla. Nos montaron a un bus donde viajamos hasta el desierto de Arizona, ya en Estados Unidos, pero tocaba caminar horas en ese desierto, escondiéndonos de los helicópteros que pasaban. Estábamos muy mal; a Jalea le dolía mucho la rodilla y me decía que ya no era capaz de caminar más, entonces llegábamos a unos lugares donde nos recogía una camioneta para avanzar y nos dejaba antes de unas casetas de policía, y de ahí salíamos corriendo a darle la vuelta para que no nos vieran. De pronto Jalea se tiró y nos dijo llorando del dolor: ‘ya no puedo más, sigan ustedes’. Un *man* hondureño me ayudó a llevarlo en hombros. Al final, solo escogían a catorce que cabían en una camioneta. Yo hablé para que nos dejaran ir en ese primer viaje o si no no sobreviviría. Me sentía en las últimas. El *man* se compadeció y nos dejó ir.

Cuando llegamos a Houston la camioneta los dejó en un apartamento, donde se pasaron por la ventana para no levantar sospechas. “A Jalea lo curaron y a mí me dieron unas pasticas, pero me dijeron que tenía todos los síntomas de malaria. La última meta fue Los Ángeles. El viaje duró dieciocho horas. Nos quedamos en un motel. Al otro día, viajamos a New York, donde estaba la familia. Estuve en la clínica una semana por malaria y en todo ese viaje desde Colombia duramos cuatro meses. Gracias a Dios logramos *coronar*, sin que pasara nada más grave que la enfermedad”.

Hoy, John Jairo es residente en los Estados Unidos.

Herencia de guerra y soledad

Daniela Fernanda Vallejo López

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó—.
—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día
entrar se encue-

—¡H!

—Ma, toca madrugar; pero ese amoroso di-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó Mameo, su esposo

—Ma, toca madrugar; pero ese amoroso di-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó Mameo, su esposo

—Ma, toca madrugar; pero ese amoroso di-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó Mameo, su esposo

—Ma, toca madrugar; pero ese amoroso di-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó Mameo, su esposo

—Ma, toca madrugar; pero ese amoroso di-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó Mameo, su esposo

—Ma, toca madrugar; pero ese amoroso di-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó Mameo, su esposo

—Ma, toca madrugar; pero ese amoroso di-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó Mameo, su esposo

Ma... octubre de 2011

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Eneida revisa el turno del próximo día: es el de siete de la mañana a una de la tarde.

... el mínimo detall,
... te coge el arroz, c
... los.

...no plato, todo empieza a cambiar; resaca. Todos hablan y se rien entre ellos: hojamos romero", dice Glouia mientras: "así, porque sería eterno estar aquí para

l visitar Litany no sólo se salga satisfecho co a hecho a una excelente nueva amiga. Es ma e todos los visitantes coinciden al expresar q ... res nte realmente familiar. "Ahora existen varios restaura pero esté en especial nos gusta porque realmente tiene alafel se le siente el trigo y su peculiar sabor a garbanzo; i s frescos, cosa que de otros lugares no se puede afirmat los lugares del mundo, y puedo decir que este restaura bor libanes", dicen un cliente y su acompañante, y agre referido para almorzar o cenar cada fin de semana"

er cómo muchos de los clientes antes de irse pasan por

En Colombia siempre hubo, por muy diversas razones, gran simpatía hacia los alemanes. El padre de Bernard siempre se sintió como un colombiano más. “Mi papá nunca creyó que lo iban a coger preso y mucho menos que nos iban a llevar a los campos de concentración; por eso lo cogieron sin hacer ningún movimiento. Le faltó tener un poco más de astucia o tal vez ser más previsor, poner en seguridad algo. Aquí había muchas personas que les ayudaban a los alemanes y escrituraban las propiedades para que no se las pudieran quitar y después de la guerra se las devolvían.

“Mi nombre es Bernard. Nací en Colombia y por ser alemanes mis padres tengo las dos nacionalidades. Mi padre llegó en 1920 a Colombia. Vivió en su país la Primera Guerra Mundial. Siempre que salía con un grupo de soldados caían en trampas y los cogían presos. Estuvo preso en Rusia, Francia e Inglaterra y aprendió los tres idiomas a la perfección”. Al finalizar la guerra, sus abuelos murieron en un bombardeo. Al suceder esto su tío y su padre asumieron el negocio de exportación que tenían sus abuelos. “Mi papá era el menor de todos y el que más idiomas sabía, como los negocios que mi familia manejaba tenían que abrir nuevos mercados decidieron que mi padre viajara a Latinoamérica. El único idioma que él no sabía era el español; pero eso no fue un impedimento. Primero estuvo en Uruguay, después en Paraguay, Bolivia, Chile, Argentina y Perú. Después de hacer la travesía por todos esos países emprendió nuevamente el regreso a su país, pero el barco en donde iba ancló en el puerto de Buena-

ventura. Allí se dio cuenta que se hacían múltiples negocios, entre ellos con herramientas que eran enviadas a la ciudad de Cali”.

El padre de Bernard decidió, entonces, viajar a Cali. “Al llegar mi papá vio la belleza de este valle y sus flores, el aire fresco que se respira, los ríos que lo atraviesan, lo enamoraron completamente y tomó la decisión de quedarse en este paraíso. Mi padre hizo un negocio con sus hermanos: ellos le enviaban las herramientas y él las vendía a diferentes ferreterías en la ciudad. Las mercancías las pagaban con café, tabaco y otras cosas que se producían en la región. Luego puso su propia ferretería y llegó a tener diecisiete entre Cali y Pereira”.

En 1930 su padre viaja a Alemania de vacaciones. En ese viaje conoció a una mujer que le causó admiración y quien se convertiría en su esposa. Tiempo después volvió a Colombia, ya comprometido con ella.

“La familia de mi madre tenía una fábrica de plata y su representante en Colombia era mi tío, que vivía en Bogotá. Aprovecharon para vender mucha mercancía en Cali. Mi mamá se vino dos meses más tarde y se radicaron juntos definitivamente en la ciudad de Cali”.

Todos los negocios iban bien. Nació su hermana mayor y luego Bernard, cuando comenzaba la Segunda Guerra Mundial. En Colombia se instalaron unos campos de concentración en Fusagasugá, Cundinamarca. “A nosotros, los alemanes que estábamos radicados en este país, nos trataron muy mal. Aunque teníamos la nacionalidad colombiana, no fue impedimento para que nos quitaran todo lo que teníamos. A nuestra familia le quitaron las ferreterías y nos enviaron a esos campos de concentración. Yo era un niño todavía, solo tenía tres años de edad”.

En aquel campo se encontraban familias japonesas y alemanas. Por falta de alimentos, ya que no podían trabajar, murieron allí muchas personas, incluidos niños. “Faltaba comida para todos y no nos dejaban trabajar. Si lo hacíamos era al escondido, y el dinero que se ganaba era gravado con altos impuestos, los policías que cuidaban se llevaban 60 centavos y para las familias tan solo quedaban 40, lo cual no alcanzaba”. Por ser tan pequeño entonces sus recuerdos de la época no son muchos, pero dice que la pérdida de sus dientes fue ocasionada por la mala alimentación y el descuido que sufrió en estos campos de concentración. También sufrió enfermedades que no fueron bien cuidadas y con el tiempo han empezado a minar su cuerpo, aunque el tanque de oxígeno que en este momento no se parta de su lado es como consecuencia de haber sido por muchos años un fumador compulsivo.

Hoy en día quedan muy pocos alemanes que recuerdan lo que sucedió en el campo de concentración. “Yo estaba muy pequeño en esa época; tenía entre tres o cinco años. Lo que sucedió es un lunar para la historia colombiana. Pero lo peor de todo no fue haber estado en el campo de concentración, sino que acusaran a mi familia de tener conexión directa con Hitler. Un judío suizo nos acusó en una inspección de policía y luego fue directamente al consulado gringo. Entonces los americanos dieron la orden de que nos cogieran presos. Mi papá protestó: ‘¡Cómo que un gringo puede imponer justicia en Colombia! ¡Ellos no tiene nada que buscar acá!’”.

Su padre defendió a Colombia hasta el último momento. Muchos alemanes al salir del campo de concentración regresaron a su país sin importarles el estado en el que había quedado después de la guerra.

Las personas en Colombia llegaron a la conclusión de la conexión del padre de Bernard con los nazis porque, según él dice, “mi papá tenía encima del techo de la casa una antena como muchos en esa época, para poder sintonizar la radio. Recuerdo que él me decía; ‘Nunca se puede creer todo lo que dicen allá y acá; solo la mitad de información de este y del otro’. Los japoneses también tienen sus historias del campo de concentración, pues a ellos también los acusaron en falso como hicieron con muchas más personas. ¿Qué iba a hacer un espía alemán o japonés en Colombia cuando el teatro de la guerra era en otra parte?’”.

Colombia intervino en la guerra contra Alemania porque el único barco que tenía la Armada colombiana en esa época fue torpedeado por lo alemanes. “El barco estaba molestando a un submarino alemán, lanzándole cargas de profundidad. El submarino se aburrió y cogió y ¡pum!, lo tumbó y se hundió. Los alemanes recogieron a la tripulación y los llevaron a puerto, y a partir de ahí Colombia les declaró la guerra. Las cargas de profundidad que lanzaba el barco colombiano no le hacían ningún daño al submarino, pero sí lo molestaban. Eran simples barriles con pólvora que muchas veces ni se sumergían. Ellos no tenían armamento para hundir un submarino como ese. Alemania no quería nada con Colombia”.

Bernard dice que tiene claro que a algunos de los alemanes que se encontraban recluidos en los campos de concentración les devolvieron sus posesiones después de la guerra; claro está, las que no alcanzaron a ser robadas por los políticos de entonces. Asegura que estos políticos eran muy selectivos a la hora de escoger a quiénes recluir en el campo de concentración, a las que eran llevadas solo las personas que tuvieran bienes para expropiarles.

“De todo esto se aprovecharon los políticos de turno para adueñarse de los capitales alemanes. Todo lo que tienen sus familias hoy en día en gran parte les fue robado a los alemanes. A mi papá le robaron las diecisiete ferreterías. Una familia amiga que llegó en 1870 era una de las más ricas de Colombia; no había municipio que no tuviera una ferretería suya. Tenían ganadería en Bolívar y fincas en los Llanos Orientales, precisamente donde esas familias de políticos que todo el país conoce tienen finca y donde están extrayendo petróleo”.

Hubo mucho alemanes radicados en Colombia que no fueron llevados a Fusagasugá. “Muchos de ellos se nacionalizaron o se encontraban casados con una colombiana y por eso los dejaron en paz. Yo le preguntaba a mi padre el porqué no se había hecho colombiano y él me decía: ‘Porque nadie aquí me hacía sentir extranjero; todos éramos iguales. Yo no pensé en eso de hacerme colombiano porque la gente me trataban como uno más’”.

Muchos años atrás Colombia y Alemania habían suscrito un acuerdo por el cual toda persona que naciera en este territorio podría gozar de las dos nacionalidades. “Mi familia discutía mucho el que nos llevaran a mi hermana y a mí a los campos de concentración; nosotros éramos colombianos y no teníamos por qué estar allá. Mi padre alegaba: ‘¡Pero mis hijos son colombianos!’. De nada valió”.

Por tener entre tres y seis años de edad en ese entonces Bernard no tiene unos recuerdos muy claros de lo que sucedía en los campos; sin embargo, sus padres le hablaron mucho de esta etapa de su vida. “El campo de concentración era un lugar encerrado con alambres de púas. Había chozas hechas en bahareque y paja. En cada una vivía una familia, y si era un poco más grande podían vivir dos. Nosotros vivíamos en una, mi mamá tenía que cocinar con leña, la cual en ocasiones era difícil de conseguir. En estos casos también se notaba la generosidad del pueblo colombiano: muchas personas llevaban mercados y regalaban leña para que cocináramos. Sin conocer a nadie en el campo hacían estas donaciones y muchas veces recibíamos regalos de parte de muchas personas generosas. Me acuerdo muy bien de que había un campesino que se propuso llevarnos leña constantemente, y eso era grandioso para nosotros. Mi padre siempre quiso conocerlo pero el hombre no quiso nunca que supiéramos quién era. Lo hacía por puro amor a la humanidad”.

Bernard logró entender por qué su padre no quiso irse de esta tierra. “Él estaba entre tomar la decisión de regresar a una Alemania que estaba totalmente destruida por la guerra o quedarse acá con esta gente buena, pues aquí los únicos malos eran los gringos que vinieron a administrar justicia”.

En Fusagasugá no se pagaban impuestos, pero sí el servicio prestado por los policías que se encontraban en el lugar. “Mi papá trabajaba con embobinados. Todos los materiales que utilizaba eran traídos a los campos de concentración por los policías que se encontraban en el lugar y estos cobraban por hacer el favor. Los niños durante el día jugaban, a las seis de la noche todas las personas tenían que estar dentro de sus cabañas y a las seis de la mañana podíamos salir. Mi mamá no solo cocinaba; también ayudaba a mi papá con el embobinado. El matrimonio de mis padres fue un matrimonio muy lindo, el uno siempre apoyaba al otro. Mi papá era un hombre calmado y siempre hablaba positivamente y nos repetía constantemente: ‘Esto pronto se va a acabar y todo volverá a la normalidad, y vamos a poder disfrutar de la vida en Cali’. Así fue. Mi padre siempre me decía: ‘No hay que pensar en cosas tristes y amargas; la vida puede ser alegre y sencilla’. De esta manera cerraba la conversación, al igual que mi madre, a ninguno de los dos les gustaba hablar de los dos años y medio que estuvimos en ese lugar”.

Bernard y su familia al salir del campo de concentración iniciaron una nueva vida. Su padre, con ayuda de sus hermanos, inició un nuevo negocio, se trasladaron a vivir con una familia amiga porque en ese momento contaban con muy poco dinero. “Mi papá empezó de nuevo con la ferretería. Mis tíos desde Alemania le mandaban todas las herramientas necesaria para que abasteciera el local, ellos solo lo hacían por solidaridad con mi familia porque no recibían nada a cambio. Mi padre, en un viaje que hizo a Buenaventura, encontró un cargamento de alambre de púas, lo compró y así que comenzó a comercializarlo entre los ganaderos que se encontraban en la región, los cuales lo necesitaban porque al terminar la guerra había escasez de muchos productos. Mi papá también compraba llantas, las mandaba a Miami donde las renovaban y las traían de vuelta a Colombia, había que idear. En ese momento no solo en Colombia, también en otros países, no se encontraban muchas cosas, había mucha escasez”.

Un recuerdo de Bernard y que corresponde a la vida de su padre, al tiempo en que aún no estaban en el campo de concentración, no deja de hacerlo sonreír. “Mi padre cada dos meses tenía que ir a visitar a sus clientes. Una anécdota que recuerdo mucho es un día que le encontré una servilleta a mi padre, la cual decía la cantidad de herramientas que le tenía que vender a un cliente suyo, y me dijo: ‘Cuidado, hijo; eso es un pedido que tengo’. Después me contó que en esa época no se usaban cheques ni nada de eso, se daban la mano, hacían la cuenta del pedido, les decían el valor y en el siguiente viaje que hiciera mi papá le pagaban la cantidad de dinero ya acordada. Las personas en esa época eran muy honradas, esto valía mas que cualquier otra cosa”.

“Muchas de las cosas que suceden hoy en día también se daban en esa época”, dice Bernard y agrega: “Al campesino lo empobrecieron. Colombia no era un país industrializado, era un lugar agrario, y al comenzar a cambiar esto cada vez más fueron perdiendo fuerza los campesinos. Siempre se ha dicho que la justicia en este país es para los de ruana y esa es la verdad”.

Bernard realizó sus estudios en el *Colegio Berchmans*, y su bachillerato lo terminó en Alemania. “En Alemania te exigían trabajar una temporada con una empresa que tuviera que ver con la carrera que quisieras estudiar, así que me dediqué un año a trabajar con una industria del lugar y me gradué de ingeniero mecánico. Al llevar un año y medio allá estudiando, mi papá me dijo que no me podía mandar más dinero porque en Colombia habían cerrado las casa de cambio. Me encontré con otro colombo-alemán que estaba en la universidad, me contó que él se costó el estudio haciendo traducciones de los folletos que traían los motores. Así lo hice yo también y con esto logré terminar de pagar mi carrera y darme el lujo de tener un carro deportivo de la época”.

Al llegar nuevamente a Colombia, Bernard aceptó la gerencia de una empresa de seguros entre las ciudades de Cali y Pereira; después tuvo su propia empresa de importaciones. “Desde Ciudad de México me traje el frijol caraota, porque un amigo que conocía muy bien el Valle me dijo que se podría dar en la región”.

Antes de casarse Bernard tuvo dos relaciones sentimentales fallidas. Al llegar de Ciudad de México comenzó a salir con una amiga de Cali. “Para ser franco, yo nunca me enamoré de mi esposa. Ella anteriormente ya había tenido un matrimonio del cual tuvo una hija que yo más adelante adopté. Cuando conocí a esta niña tenía dos años y su madre tenía muchos problemas con su ex esposo porque no le daba dinero para el sustento de ambas. Pensé que a la niña le iba a ir muy mal si seguían en esta situación, así que le propuse matrimonio a esta mujer, solo pensando en el bienestar de su hija. Como en esa época para ella era muy difícil conseguir el divorcio con su ex esposo, para podernos casarnos fuimos a Ecuador y lo hicimos por lo civil. Durante nuestro matrimonio hubo un tiempo en el que yo vivía en Bogotá y ella en Cali y todos los fines de semana yo viajaba para estar con ellas. Toda la plata que yo reunía era dirigida a mi familia. Más adelante la empresa en la cual trabajaba entró en liquidación y por esta situación quedamos con una mano adelante y otra atrás. Cuando se acabó la plata había que tomar medidas y vender una casa que teníamos en un barrio de estrato alto de la ciudad, y mi esposa me obligó a meter esa plata en un fideicomiso que les diera para vivir. Pero el hecho de separarme de mi familia no fue solo porque se me acabara la plata, sino porque también me estaba enfermando

y necesitaba oxígeno la mayoría del tiempo. En esta situación nadie me iba a contratar, ni contaba yo con el capital suficiente para tener un negocio propio. Por una temporada estuve alquilando una pieza. Un amigo al ver esto fue al consulado alemán y les comentó mi problema, le dijeron que no podían hacer mayor cosa por mí, pero me contactaron con una mujer alemana que trabajaba como voluntaria en una fundación de la ciudad, adonde ingresé gracias a ella. Llevo ya tres años en este lugar. De mi familia no volví a saber nada. Nada”.

Una memoria del Líbano

Diana Marcela Palomino Betancur

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó.
 —Me toca madrugar; pero ese tur-
 En la mañana del día
 entrar se encue-
 —He!

—Me toca madrugar; pero ese turco
 En la mañana del día siguiente hace su
 entrar se encuentra con tres.
 —¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó.
 —Me toca madrugar; pero ese turco
 En la mañana del día siguiente hace su
 entrar se encuentra con tres.

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó.
 —Me toca madrugar; pero ese turco
 En la mañana del día siguiente hace su
 entrar se encuentra con tres.

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó.
 —Me toca madrugar; pero ese turco
 En la mañana del día siguiente hace su
 entrar se encuentra con tres.

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó.
 —Me toca madrugar; pero ese turco
 En la mañana del día siguiente hace su
 entrar se encuentra con tres.

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó.
 —Me toca madrugar; pero ese turco
 En la mañana del día
 entrar se encue-
 —He!

—Me toca madrugar; pero ese turco
 En la mañana del día siguiente hace su
 entrar se encuentra con tres.
 —¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó.
 —Me toca madrugar; pero ese turco
 En la mañana del día siguiente hace su
 entrar se encuentra con tres.

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó.
 —Me toca madrugar; pero ese turco
 En la mañana del día siguiente hace su
 entrar se encuentra con tres.

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó.
 —Me toca madrugar; pero ese turco
 En la mañana del día siguiente hace su
 entrar se encuentra con tres.

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó.
 —Me toca madrugar; pero ese turco
 En la mañana del día siguiente hace su
 entrar se encuentra con tres.

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó.
 —Me toca madrugar; pero ese turco
 En la mañana del día
 entrar se encue-
 —He!

—Me toca madrugar; pero ese turco
 En la mañana del día siguiente hace su
 entrar se encuentra con tres.
 —¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó.
 —Me toca madrugar; pero ese turco
 En la mañana del día siguiente hace su
 entrar se encuentra con tres.

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó.
 —Me toca madrugar; pero ese turco
 En la mañana del día siguiente hace su
 entrar se encuentra con tres.

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó.
 —Me toca madrugar; pero ese turco
 En la mañana del día siguiente hace su
 entrar se encuentra con tres.

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó.
 —Me toca madrugar; pero ese turco
 En la mañana del día siguiente hace su
 entrar se encuentra con tres.

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Eneida revisa el turno del próximo día: es el de siete de la mañana a una de la tarde.



“Lo mejor es irse de aquí”, fue una de las frases más pensadas y pronunciadas hace más de veinticinco años por muchos en el Líbano. Las cosas no estaban nada bien, y el país atravesaba por una situación bastante difícil; luchaba por su independencia, y esto desencadenó una fuerte violencia y gran tragedia para todos los habitantes del país y más aún en el lugar donde ella se encontraba, el sur del Líbano, que se convirtió en un verdadero desastre cuando los israelíes atacaron para desterrar a la Organización para la Liberación Palestina (OLP). Todos esos estallidos terribles, amenazas y muertes que se presentaban a diario hicieron que familias como la de Malaki Ghattas, tomara una dolorosa pero importante decisión: dejar su lugar de origen.

Levantando una ceja y mostrando el color verde-azul de sus ojos dice en un tono divertido: “Con casi diecisiete años, jamás imaginé que el resto de mi vida transcurriría en otro continente y mucho menos en una ciudad desconocida como Cali”. Para ella escuchar hablar de este lugar, le traía a la memoria algunas conversaciones que había tenido unas pocas veces con su esposo, cuando le contó que sus tíos tenían una empresa radicada allí. “No es el tipo de lugar que quiero para vivir, sería difícil adaptarse, pero puede ser un buen destino para viajar y conocer algún día”, recuerda que fueron las palabras de su esposo. Con un sonrisa y un suspiro dice: “Ahora aquí tenemos más de lo que algún día pudimos imaginarnos, y en el lugar que menos creímos posible”.

Al salir de su hermoso, tradicional pero conflictivo país en esa época, tal como ella lo recuerda, lo único que tenía en mente para su futuro y de acuerdo con sus costumbres, era convertirse en una buena esposa y excelente ama de casa, y vivir completamente dedicada a su familia. Jamás imaginó que sería comerciante, docente de una importante escuela de gastronomía y propietaria de un restaurante al que llamaría Litany, “lleno de cultura y tradición libanesa, definitivamente único en Cali”, como lo cataloga ella, y que la cocina se convertiría en su mayor interés. Así es la vida actual de Malaki.

Al entrar a Litany ella personalmente se encarga de que la visita a este lugar sea una experiencia inolvidable con los distintos olores, sabores, colores y muestras de la cultura libanesa, como las danzas que cada noche se presentan. Desde la puerta se percibe que, más que un restaurante de comida extranjera, es el lugar donde Malaki puede recrear su infancia, el lugar donde creció. Lleno de velos en el techo, flores de colores, cuadros simbólicos, todo el lugar es muy cálido, con visos café, dorado, amarillo y rojo, tiene expuesto un maniquí con el atuendo tradicional de las mujeres en su país de origen, el cual le recuerda mucho a su madre: “Verde, el color favorito de ella”, dice, mientras lo mira con nostalgia.

Cada parte de su restaurante es muy importante para Malaki, pero asegura que ninguna como la cocina, pues ahí donde comenzó todo este sueño de tener una pequeña parte de lo que perdió hace tanto tiempo y donde, cada vez que prepara uno de los platos que está acostumbrada a cocinar y brindar a sus clientes, el solo olor de ciertos ingredientes como el pimentón, el ajonjolí, el jengibre, las berenjenas, las especias y el resto de ingredientes que son importados la hace viajar a su antigua casa en su país natal, con muchas flores y balcón con bonita vista: “Cada cosa que viene de allá, más que darle credibilidad al lugar, busca hacer sentir al visitante como en el Medio Oriente, como en una gran cena familiar, de esas que compartía y aún comparto con mi familia cada vez que voy al Líbano”.

En su cocina cuenta cómo los tradicionales *kibbes* son los más apetecidos. Cada viernes llegan los doce kilos de carne de ternera que corta en trozos cuadrados y cocina con solo un poquito de grasa para que el sabor sea perfecto. “Aunque sean muchas veces las que deba preparar mis *kibbes*, me encanta hacerlo. Me criaron pensando que las mujeres que mejor los preparan son las que piden en matrimonio”. Mientras dice esto, giña un ojo, suelta una carcajada y termina diciendo: “Y yo me casé a los dieciseis”. Pero sin duda la parte que más le gusta es cuando mezcla el *cus cus* o *bulgur* con la carne. “Ese olor a trigo, sin pensarlo dos veces me transporta al mercado donde iba con mi mamá”. Según ella, de

todos los platos que ofrece en su menú ninguno la hace sentirse tan libanesa como este.

Mirando por la ventana del avión cómo el brillante sol anaranjado se ocultaba en el mar, pensaba que tendrían que pasar muchos años para que ella volviera a ver ese hermoso paisaje de su ciudad. Así recuerda el día en que salió del Líbano hacia Colombia. Entender, y más aún aprender a vivir con las costumbres de un nuevo lugar, era el mayor miedo que Malaki experimentaba cuando partía del aeropuerto de Beirut. Tener que comunicarse con las personas sería un gran problema; además, en su mente siempre estaba la idea de que en esta nueva ciudad no existían las grandes familias amables y generosas con las que convivía diariamente. “Cuando llegara a mi nueva casa no nos harían *el Kes Arak*”, la tradicional bienvenida donde se brinda por el amor, la salud, la fortuna y el futuro de los recién llegados. Al llegar a Cali confirmó que aquí no se hacía su acostumbrado ritual, al menos no con este nombre, pero supo que las personas también se preocupaban por ser hospitalarias y atentas con los recién llegados. “Nos trataron mucho mejor de lo que me imaginé”, afirma con su cabeza y de nuevo deja ver en todo su esplendor sus brillantes ojos verdes.

Trabajar en una pequeña cocina con varias personas no es nada fácil, pero debe hacerlo porque sola no podría con todo y menos los fines de semana cuando el restaurante es bastante concurrido. Una persona se encarga de la carne; otra, de las verduras y granos; otra, de las bebidas y otra, del aseo y organización en la cocina. “Cuando quieres que algo salga perfecto, es mejor hacerlo tú mismo”, dice mientras coloca en una sartén los pequeños pedazos de cebolla que cortó cuidadosamente y continúa: “A nadie le permito asar la cebolla para el *Babaganuhs*; de eso solo me encargo yo”. Expresa con total seguridad que de la buena cocción de ese ingrediente depende la exquisitez del plato.

El estrés que puede llegar a causar el trabajo es alto, ya que hay días en los cuales Malaki no puede ni siquiera tocar una silla para descansar un poco. Hay momentos en que en la cocina parece que hubiera un terremoto: se mueven para todos lados, corren, gritan, abren y cierran la nevera, mueven las ollas; pero según ella, todo este “gran agotamiento y movimiento” le ayudan a darle más emoción a sus días. “No imagino un solo día alejada de mi cocina”. Coge su cuchillo y empieza a cortar en *julianas* el pimentón y el apio. “Esto es algo que hago a diario, pero nunca tendré los mismos pensamientos: mis hijos, mi esposo, lo que debo hacer hoy en todo el día, las cuentas que hay que pagar; ¡son tantas cosas para pensar que el tiempo que debo pasar en la cocina me ayuda a despejar la mente!”.

Los meseros que entran y salen con los pedidos de su lugar favorito, como ella lo llama, no la distraen de su ocupación. “Todos saben cuál es su trabajo y eso es lo que tienen que hacer”. Lo dice en tono alto, mostrando por primera vez su carácter fuerte y autoritario, mientras agrega aceite a la sartén y mezcla las verduras. Expresa cómo ese vapor y olor que saldrá después e inundará por completo la cocina la hacen pensar en lo que hace muchos años está en su mente: “¿Cómo hubiera sido mi vida si aún viviera en el Líbano? Son cosas que sólo sabe Dios y por alguna razón estoy aquí, aunque al principio fue muy difícil aceptarlo”. Continúa mezclando los ingredientes para preparar el cuscus: zanahoria en cuadritos, cebolla finamente cortada, brócoli, una pequeña cucharada de mantequilla y los trozos de carne. “Todos los ingredientes son importantes, ninguno más que otro”, y mientras asegura esto, ciertamente como lo dijo, emana de la sartén el vapor con exquisito aroma que llena cada espacio de la cocina. “Me desespera saber que no puedo dedicarme por completo a un solo plato; mientras estoy mezclando aquí debo freír la carne acá. Me habla alguien por la espalda y la verdad a veces ni entiendo qué dice; sólo le respondo: ‘Apúrense que hay personas esperando un buen servicio’”. Con cada gesto, palabra y actividad que realiza demuestra que lo que más desea es darle la mejor impresión a cada uno de sus visitantes.

“Hay días en los que la cocina y el restaurante en general están tranquilos; cada uno sabe cuál es su tarea y la realiza de la manera correcta. Hay que reconocer que la jefe es muy perfeccionista y exigente”, dice Luz Stella, una de las ayudantes de la cocina, mientras saca algunos ingredientes de la nevera. No ha terminado de cerrarla cuando entra un mesero y grita: “¡Un hummus Litany, un falafel, un kibbe crudo, un tabbouleh y un arroz con pollo”, y ella comenta: “Momentos tranquilos, que duran muy poco”. Hay tres ayudantes de cocina y la chef. En ese momento cada una comienza su “carrera contra reloj”, como lo llaman todos: son veinte minutos el límite para entregar el pedido completo. Si no se cumplen la chef debe salir y ofrecerle algo al cliente mientras espera, además de explicarle el porqué de la demora. “Para muchos podría ser fácil pensar: ¿por qué no preparan todo de una vez? Pero muy pocas personas entienden que los verdaderos aromas y sabores se captan cuando el plato está recién hecho”, dice Malaki, colocándose de nuevo su delantal para empezar a freír la carne para el hummus.

Al escuchar las licuadoras, los platos, los hornos, las freidoras y ver a todos de un lado para otro haciendo paradas como en diferentes estaciones para supervisar el proceso de cada plato, la cocina se convierte en un mundo totalmente diferente en el cual cada persona aporta algo para que pueda complementarse

correctamente. Mientras Luz Stella saca las kibbes del congelador, los coloca en el horno microondas y los fríe, Gloria comienza a moler la carne en delgadas tiras, varias veces, para preparar el kibbe crudo y Malaki, además de estarse ocupando de la sartén, también comienza a mezclar el tomate, la cebolla, el aceite de oliva y el trigo para terminar el tabbouleh. Todo fluye naturalmente. Es como un baile o coreografía en la cual todas saben sus pasos exactos. “¡Quedan diez minutos y faltan dos platos!”, grita Malaki mientras aplaude fuertemente dos veces, avanza hacia la freidora y se devuelve unos pasos, mira detenidamente y le dice a Luz Stella:

“—Acuérdame que hay que arreglar esta llave del lavaplatos y revisar ese escape de frío de la nevera.

“—Sí, señora”.

Siempre puede notar hasta el mínimo detalle. “Es necesario para llegar a la perfección” dice y rápidamente coge el arroz, coloca los trozos de pollo en la plancha y comienza a moverlos.

Cuando sale el último plato, todo empieza a cambiar. La cocina se ve más amplia y se siente más fresca. Todos hablan y se ríen entre ellos. “De nuevo los momentos en que solo deshojamos romero”, dice Gloria mientras sonrío. “Gracias a Dios todo el día no es así, porque sería eterno estar aquí parada”.

Es común que al visitar Litany no sólo se salga satisfecho con la exótica comida, sino que se haya hecho a una excelente nueva amiga. Es maravilloso ver cómo las opiniones de todos los visitantes coinciden al expresar que el restaurante tiene un ambiente realmente familiar. “Ahora existen varios restaurantes de comida árabe, pero este en especial nos gusta porque realmente tiene el sabor tradicional. Al falafel se le siente el trigo y su peculiar sabor a garbanzo indica que son ingredientes frescos, cosa que de otros lugares no se puede afirmar. Hemos viajado por varios lugares del mundo, y puedo decir que este restaurante tiene el verdadero sabor libanés”, dicen un cliente y su acompañante, y agregan: “Es nuestro lugar preferido para almorzar o cenar cada fin de semana”.

Es interesante ver cómo muchos de los clientes antes de irse pasan por la cocina para despedirse de Malaki, o piden a los meseros que la llamen hasta la mesa, incluso los niños, a quienes es extraño verlos comer y disfrutar platos típicos de otra cultura. “Este restaurante nació de una sugerencia de amigos. Todo fue por nuestras acostumbradas reuniones para comer, y lo único que nunca quiero perder es ese ambiente familiar y de pertenencia que se brinda y experimentan los clientes”.

“¿Quién es Alberto Villegas?”, pregunta el capitán Pedro Uña. “No pidan cédulas que yo soy Alberto Villegas”, responde Ricardo.

Esa pregunta fue lo primero que se oyó cuando uno de los doce hombres vestidos con el uniforme del Ejército interrumpieron la calma de la hacienda La Julia, a las tres de la mañana del sábado 2 de junio de 1997 en Morales, Cauca, mientras Ricardo y su hermano Alberto, en compañía de unos amigos, se tomaban unos “traguitos p’al frío”.

“Alberto, usted es al que estamos buscando. Necesitamos que nos acompañe por unos heridos; traiga cobijas y sabanas”, dijo Pedro Uña, mientras sus muchachos encerraban a su hermano y sus amigos en uno de los baños de la hacienda.

Ricardo y Alberto Villegas son los mayores de seis hermanos, que se educaron juntos en los mismos colegios, alejados de sus padres y del resto de sus hermanos, en búsqueda de mejores oportunidades en la ciudad de Cali, cuidando siempre uno del otro, al punto de que Ricardo tuvo la valentía de hacerse pasar por su hermano Alberto e irse con unos desconocidos que dijeron irían a recoger a unos heridos.

Sin más explicaciones, José Camilo, cuñado de Alberto, quien fue el encargado de conducir la camioneta, Ricardo y cuatro de los uniformados partieron de

la hacienda. Con José al volante, dos de los guerrilleros adelante apuntándole con un arma cada uno, y dos atrás con fusiles de largo alcance a lado y lado de Ricardo, le dicen a éste: “Alberto, está usted secuestrado por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia”. Y continuaron camino al monte, creyendo que el que iba en aquella camioneta era Alberto Villegas, sin sospechar que quien estaba ahí era su hermano Ricardo Villegas.

“En medio de la inconsciencia de mis tragos, sentí cómo toda la presión de mi cuerpo se me fue pa’ las güevas”, dice en voz baja y con toda la rabia del caso. “Conocía todo el terreno, pero en ese momento no sabía por dónde íbamos. Solo escuchaba la lluvia que golpeaba las ventanas y el motor de la camioneta”, recuerda Ricardo, con la mirada en el vacío, como si estuviera viviendo de nuevo aquella situación.

“Después de casi una hora hicimos la primera parada en el camino. Era una casa pequeña y sucia, muy humilde, pero... ¡qué va! Allá sí qué me di cuenta de que ellos lo que tienen es gente que les ayude, por miedo, por poder, por lo que sea, pero les ayudan. Solo tras un pitazo abrieron la puerta y salió un joven sin camisa y sin zapatos, quien, sin importar la lluvia ni el frío, corrió hacia nosotros y dijo: ‘¿Diga, patrón?’. A lo que uno de los hombres que estaba al lado de José Camilo le respondió: ‘Cinco galoncitos, primo’. El joven volvió corriendo a la casa y en cuestión de segundos regresó con un tarro lleno de gasolina.

“Ahora que me acuerdo pensé que nos iban a quemar”, dice Ricardo con una risa nerviosa. “Pero en nuestra segunda y última parada descubrí para qué era esa gasolina”.

Ricardo y su hermano Alberto tienen una relación muy cercana: los dos son abogados y estudiaron juntos, pero para ejercer la profesión se separaron y Alberto corrió con mayor éxito, pues después de unos años de ahorro se decidió a darse gustos, como dice Ricardo, y uno de ellos fue la compra de la hacienda La Julia, negocio que nunca terminó de gustarle a Ricardo y que lo llevó a prometerle a su hermano que si llegaba a pasar algo con sus negocios o su familia, se iba a encargar de ocupar su lugar. Y así fue.

“Llegamos hasta una piedra grandísima. Me bajaron del carro, y uno de los uniformados tomó la gasolina y se la dio a José Camilo diciéndole: ‘Hermano, con esto le alcanza para volver. No vaya a llamar a nadie, y por su bien es mejor que este camino se le olvide’. Esa fue la última vez que vi la camioneta. Luego llamaron por radio teléfono: ‘Traigan la mula’, dijeron. Me quitaron los zapatos, el reloj, la correa y la cédula. Después de unos veinte o treinta minutos llegaron

seis hombres más, todos armados hasta los dientes, me montaron en ese animal y me metieron monte adentro por más de catorce horas; gracias a Dios esos aguardientes hicieron que por lo menos el primer día de mis once meses en la montaña pareciera un sueño.

“Mi primer cambuche fue cerca de La Salvajina. Ahí nos esperaban una mujer y otro hombre. Roberto, imi peor pesadilla durante el cautiverio!”, recuerda con más rabia que nunca. “A él le entregaron mis cosas después de que me enviaron a dormir”.

A la mañana siguiente Ricardo despertó a la cruel realidad.

“-¡Despiértese, malparido! ¿Se quiere hacer matar o qué, hijueputa? ¿Cómo que Ricardo Villegas, malparido? ¿Usted cree que esto es un juego o qué?”

Fue lo primero que le dijo Roberto a la mañana siguiente, mientras golpeaba lleno de ira el cambuche. “Me levanté de inmediato y salí con mucha dificultad por los golpes de ese idiota y por lo bajito del cambuche. De mis tragos no quedaba nada. El sol me impactó en los ojos y de nuevo escuché esa voz irritante y eso tono lleno de soberbia e ínfulas de poder:

-¡Por qué putas hizo eso, ah!? ¿Está de muy chistocito o qué?”

En ese momento uno de los uniformados se acercó.

-Señor -le dijo, y le ofreció el radioteléfono.

El otro lo tomó con rabia y miró a Ricardo con desprecio al hablar:

-¡Capitán, el operativo falló! Nos trajimos al hermano -le dijeron.

Me imagino que lo regañaron porque al colgar cogió su arma, me apuntó y me gritó:

-¡Es que me provoca matarte, güevón!”.

El odio le salía por los poros y lo único que hice fue responderle:

-¡Hacelo! ¡Hacelo, hijueputa. Pegame un tiro en la cabeza no más me duerma!”.

“Habla Ricardo Villegas. Este es un mensaje para mi hermano Alberto Villegas desde las montañas del Cauca”. Así comenzó uno de los cuatro casetes que grabó Ri-

cardo para su hermano durante el cautiverio y que nunca llegaron a su destino. “Siempre que me dejaban le grababa algo a Alberto para decirle cómo estaba y siempre, siempre decía: ‘desde las montañas del Cauca’, para que él supiera que no me habían movido de ahí; pero ellos nunca se lo mandaron, como tampoco pude escuchar los mensajes que me enviaba mi hermana Cristina, que según ella fueron casi todos los días”, recuerda Ricardo con la voz quebrada y los ojos empañados.

“¡Qué los iban a mandar!”, interrumpe Sandra, la hermana, “si a esos desgraciados lo único que les importaba era la plata. ¡Ricardo, por Dios!”, dice con desprecio: “los asquerosos nos llamaban cuando se les daba la gana, a la hora que ellos quisieran y siempre con la misma intransigencia. Creían que la plata la teníamos debajo del colchón; que para nosotros mil millones de pesos era como quitarle un pelo a un gato”.

Sandra, la hermana menor de Ricardo, fue la abogada encargada de realizar la denuncia ante las autoridades competentes de lo que había ocurrido con su hermano. A la vez, era una de las representantes de la familia para hablar con los secuestradores.

“Para podernos comunicar con esas ratas tuvimos que alquilar un equipo sofisticado de comunicación. La persona que siempre nos llamaba era Pedro. ‘Habla el Capitán Pedro Uña’, era como se identificaba siempre el ¡HP ese!”. Todavía logra percibirse el dolor y la rabia que lo produjo a Sandra aquella situación.

“¡Eso sí, legalmente hablando, detrás de cada secuestro hay alguien conocido, y estoy segura de que el contacto del tal Pedro Uña fue el desagradecido mayordomo de Alberto, que les informó sobre el precio de la finca y de la idea de venderla”, cuenta Sandra en tono lloroso.

“¡Pa’ qué!, pero todo hay que decirlo. A excepción de Roberto los otros jovencitos me trataron bien, porque igual, lo peor que le pueden hacer a un hombre es privarlo de su libertad!”, dice Ricardo haciendo una pequeña pausa para tragar en seco.

“Eramos tres las personas secuestradas: un octogenario que me gritaba de lejos ‘¡tranquilo, papá!, que estos hijos de puta de nosotros no reciben ni un solo peso’, Era muy gracioso. ¿No sé si sería por no comer, o el hecho de que hacia cuatro meses no me bañaba?, ¿o qué era lo que me hacia lucir de un aspecto tan malo, como para que el anciano me tratara como su contemporáneo?”, explicó, entre risas. “O también me gritaba ‘¿y la Monchi?, ¿cómo esta la Monchi?’. La

Monchi, era una mujer de aproximadamente 40 años que estaba con nosotros, a ella no le conocí la voz, lo único que hizo durante el tiempo que estuve secuestrado fue llorar y llorar. El punto es que a ellos los tenían amarrados a un palo, no se preocupaban por sus medicinas, ni vivían pendientes de que comieran como lo hacían conmigo. A Dios gracias a mi nunca me llegaron a amarrar; me permitían que me cortara el pelo y la barba y no solo eso me pasaban las tijeras –¡un arma!–, para que también les cortara el pelo a ellos ¡Me volví el peluquero oficial!”, declara Ricardo entre risas.

De repente se hace un silencio profundo. Ricardo dirige su mirada al vacío durante algunos segundos; hasta que sonrío y continúa: “Irónicamente, a Roberto conmigo le salió el tiro por la culata. A mi no me amarraron, pero él ordenó ponerme un pastor alemán entrenado para que no me pudiera escapar en las noches. *Solín* fue el nombre que le di. El perrito al inicio se portó muy apático, pero como a mí me gustan tantos los perros logré ganarme su confianza; todas las mañanas al levantarme lo consentía y en las noches que llovía dejaba que entrara conmigo al cambuche, por lo que adonde sea que fuera *Solín* iba a mi lado. Como no me gustaba la comida del cocinero se la daba a mi amigo y no solo era eso lo que comía de mi parte, ya que cuando iba a hacer mis necesidades *Solín* me acompañaba, me esperaba y al terminar se lo comía. Fue tanto lo que el perrito se aferró a mí que después de siete meses a Roberto le tocó llevarse lo porque si yo intentaba escapar lo más seguro es que *Solín* se hubiera ido conmigo”.

El Tío, como bautizaron los guerrilleros a Ricardo, no solo fue el peluquero del cautiverio, sino también el médico naturista improvisado y el confidente sentimental.

–¡Tío, otra vez estoy en embarazo! ¿Qué hago pa’ sacarme el muchachito? –le decía periódicamente la única guerrillera que había en el campamento.

–¡Tío, hoy nos toca faena, tío! ¿Se apunta o qué? –le preguntaban los guerrilleros el día que escogían para tener sexo con la guerrillera.

– ¡No mijo, gracias! –respondía Ricardo a la invitación.

“A uno por allá no le dan ganas de nada ¡Y menos de eso, por Dios! Me tocó más de una noche escuchar cómo salía uno y entraba el otro del cambuche de la muchachita.

“¡Ustedes son idiotas útiles!, les llegué a decir a todos esos muchachitos muchas veces. De los doce el más viejo era Roberto con unos cuarenta y dos años

máximo, y de resto todos eran unos niños: no tenían ni veinticinco años. Pero lo más triste es que todavía creían que iban a ser los salvadores del pueblo, los Robín Hood de Colombia, y no sé qué otras cosas más. Me daba hasta pesar; es como si les lavaran la cabeza; no les daban permiso de ir a su casa, ni de llamar. Pasaban lo mismo que pasamos los secuestrados, con la diferencia del poder que les daban las armas, pero las mismas incomodidades y todo. Solo me agachaban la cabeza cuando les decía eso, no sabían qué decirme, pero con ese gesto me mostraban que en el fondo lo sabían y aunque nunca llegaron a atentar contra mí por eso, si le daba pie al hijuetantas de Roberto para que se enojara. ¡Imbécil! Ni siquiera era con él. Por mí que lo cogieran a tiros a ese desgraciado.

“Me decía en repetidas ocasiones: ‘¡Los hijueputas de sus hermanos lo van a hacer matar! ¡Les importó más la plata que usted, malparido!, ¡Mirá, mirá cómo te paga tu hermanito por venir a cubrirle el culo acá, güevon!’ El hombre ese me odiaba y nunca entendí por qué. El Mono y Pedro Uña, sus jefes directos, no dejaron que me matara, porque si hubiera sido por él me hubiera metido dos o tres tiros desde que se enteró de que no era Alberto. No soportaba que yo le hubiera dañado el ‘operativo’, como decía él, y hacía todo lo que estaba en sus manos para fastidiarme. A los cuatro meses de estar allá me dejó de llegar la medicina, y estoy seguro de que fue por él y cuando el cocinero me sacaba la comida de la olla antes de echarle sal lo regañaba. Hasta a *Solín* creo que lo mató por haberse encariñado conmigo. Me odiaba; mi presencia le fastidiaba por completo. ¡Le martirizaba mi existencia al estúpido prepotente ese!”

Y así, entre la confianza de los guerrilleros jóvenes y el odio de Roberto transcurrieron los once meses que Ricardo soportó en el monte por el amor que tenía por su hermano, hasta el 14 de mayo de 1998 día en el que le dijo uno de los guerrilleros:

–Tío, arréglese que mañana se va.

“Mas o menos unos tres meses antes de que saliera, mi hermano Alberto llegó con el cuento, no se de dónde, de que Ricardo no quería venirse porque se había enamorado de una guerrillera”, cuenta Gustavo, otro de sus hermanos. “Todos nosotros leíamos el salmo 91 y orábamos en nuestras casas con los niños y las esposas, a las ocho de la noche, para que llegara rápido y vivo. Fueron meses muy largos. Cualquier noticia nos ilusionaba o nos alarmaba, como para que nos salieran con esas, pero como con Ricardo nunca se sabe...”, remata Gustavo en tono pícaro.

“Eso fue puro chisme de Alberto. Yo no sé por qué a mi hermano le dio por esas, si el pobre de Ricardo, ¿con qué fuerzas? –dice Sandra con un tono burlón–. Igual, si hubiera sido verdad ahí sí que lo hubiera matado Roberto, porque así esa niña estaba con todos el marido oficial era Roberto”, concluye entre risas.

“No lo podía creer. Me sentía como cuando uno se acuesta en el río, como si mi cuerpo flotara. ¿Libre? Yo ya había perdido todas las esperanzas. Sabía que mis hermanos no tenían con qué pagar toda esa plata y mi mujer menos. Ya me había olvidado de la idea de un rescate, si en once meses pasó un solo avión, y comercial. Pensé que iba a morir en el monte. ¡Pero no! Ya estaba a horas de mi liberación”, explica Ricardo con felicidad, como si estuviera repitiendo la escena.

“Cuando les pagamos, curiosamente, estábamos más angustiados que nunca. Uno de esa gente no se puede fiar. ¿Qué tal que nos robaran la plata y mataran a mi hermano”?, dice Sandra.

“–¡Ya tiene su plata! ¿ahora qué pasa con mi hermano? –fue lo primero que le dijo Sandra a Pedro Uña.

–¡Ustedes ya cumplieron con su palabra, señora. Ahora nosotros cumplimos con la nuestra! – le respondió el capitán.

–¿Y en dónde nos lo van a entregar? –le preguntó Sandra, mostrándose fuerte pero con una ansiedad que no podía explicar.

–¿A entregar? ¡Señora, nosotros no somos taxistas ni mensajeros! Los muchachos se encargan de sacarlo a la vía y él de ahí se defiende solito –respondió Uña.

–¿Cómo así, Pedro? ¿Es que usted cree que mi hermano viene de pasear? El está débil y no tiene un peso. ¿Cómo va a hacer para llegar hasta acá?

– Entonces mándele veinte mil pesitos para que coja una chiva y llegue hasta allá.

“Eso fue lo último que me dijo ese atrevido, y me colgó. ¿Qué tal? Un pobre hombre allá metido once meses, comiendo mal, durmiendo mal, sin tomar sus medicinas, ¿y dejarlo tirado en medio de la vía? Son unas ratas de lo peor esas porquerías”, dice Sandra con rabia.

“Al día siguiente los muchachos me dejaron arreglar. Me dieron una mudita, porque mi ropa me quedaba juagada pues había bajado cuarenta kilos, y mandaron a traer la mula. No sé si estaba más cerca de la vía que el día que me secuestraron, pero el viaje no fue ni la mitad en comparación con la primera

vez. Al salir a la carretera uno de los muchachos me dio un billetico de veinte, y me dijo: ‘Tío, esto es para que se vaya. Fue un placer conocerlo, y no se vuelva a meter en problemas que usted es un buen hombre y no se lo merece’. Fue lo último que supe de ellos. Dios quiera que se hayan salido de eso, pues no son personas malas; solo unos muchachos ingenuos que se dejan manipular. Transcurrieron veinte minutos más o menos y no pasaba ningún bus, ninguna chiva. ¡Nada! Decidí empecé a caminar por la carretera ¡No podía creerlo! ¡Libre, libre al fin! solo Miraba constantemente para atrás, rogando que no se fueran a devolver por mí, y con la esperanza de que apareciera algo que me llevara a mi casa rápido. En la vía encontré un kiosquito. Llevaba once meses sin saber qué era un pedazo de carne y sobre todo un vasito de leche, pero solo tenía veinte mil pesitos y no sabía qué hacer. Me decidí y compré un vaso de leche. Después de tanto tiempo sin saber qué era eso ¡me supo a gloria, a libertad!”, narra Ricardo con los ojos aguados y en tono nostálgico. “Eso sí, ¡después me dio un daño de estómago...!”, dice riéndose mientras limpia sus ojos. “Pero bueno si me supo, y me dio suerte, porque al terminar de beber llegó la chiva”.

–¿Va hasta Cali? –le preguntó al chofer.

–¡Si, patrón, suba! ¡Son quince mil pesitos, jefe! –respondió.

–Hermano, a mí me acaba de liberar la guerrilla. No sé si mi familia lo sabe y solo tengo eso para llegar hasta Cali –le explicó Ricardo, con un nudo en la garganta.

–Suba, patrón. No se preocupe.

“En ese momento me entraron una profundas ganas de llorar todo lo que no lloré en cautiverio. ¡Era l-i-b-r-e-e-e! No podía creerlo. Miré atrás y sentí como si me quitaran un peso de encima. Estaba ahogado en llanto. ¡Fueron tantos sentimientos encontrados: alegría, felicidad, rabia, miedo! ¡Ese ha sido el momento más feliz de toda mi vida!”.

Más de mil y una noches en el mundo del prisionero # 483

Leidy Carolina Quintero Suárez

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día
entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día
entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día
entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día
entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día
entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—No mijo, gracia

—A uno por allá no le dan

la muchachera

—¿Listede s

chitas veces.

—Y que arreglar esta

el mínimo detall

te coge el arroz, c

—¡O!

—ano plato, todo empieza a cambiar

resca. Todos hablan y se rien entre ellos

hojamos romero", dice Gloria mientras

as así, porque sería eterno estar aquí para

lvisitar Litany no solo se salga satisfecho co

a hecho a una excelente nueva amiga. Es ma

e todos los visitantes coinciden al expresar q

nte realmente familiar. "Ahora existen varios restau

Ma . . . octubre de 2011

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Eneida revisa el turno del próximo día: es el de saber de la mañana a una de la tarde.

er como muchos de los clientes antes de irse pasan por

Yonier Ramírez era un joven que tenía la ilusión de continuar con sus estudios en otro país y aprovechando la oportunidad que tenía con su tío decidió viajar a México. El día 15 de junio del 2002 llegó a ese país con la intención de ingresar en alguna universidad del país, pero no pudo por falta de documentos. Por dicha circunstancia comenzó a trabajar con su tío. Estando reunidos ambos con otras personas el día 12 de octubre del 2003 fueron sorprendidos por la policía mexicana, arrestados y trasladados al centro penitenciario de mayor seguridad de México (Matamoros-Tamaulipas). Se les acusaba de tráfico de estupefacientes y lavado de activos.

Yonier llegó a las 7:00 am al lugar. Lo bajaron del avión en el que venía, con los ojos vendados y cabizbajo. Lo sentaron en el suelo con las piernas abiertas y la frente a una mínima distancia del suelo. Después de unos minutos en esa posición le ordenaron que se parara y le quitaron las vendas, pero aun así no podía levantar la mirada ni decir una palabra porque si no recibía palabras ofensivas de parte de los guardias: “¡Cabrón! ¡Cállate! ¡No digas nada!”. Desde ese momento Yonier solo recibió de los guardias gritos, insultos y golpes. Después fue llevado hacia al lugar de registro y luego a otro lugar donde le iban a hacer un “chequeo” médico. Debió desnudarse por completo para revisar si llevaba armas, o algún tipo de drogas. “¡Qué humillación de esos maricones!”, dice

Yonier. Por tanto grito, insulto y golpes empezó a sentir su migraña más intensa que en ocasiones anteriores, ya que él era adicto a la cafeína y desde hacia tiempo no tomaba café. Después pasó a un primer cubículo en donde había duchas por las cuales debía pasar. Al salir de allí le dieron unas prendas que le quedaban grandes. “Esos manes solo querían verme humillado, avergonzado de cómo se me caía la ropa”. Siguió su camino y llegó a un segundo cubículo donde procedieron a cortarle el cabello, dio lugar a un tercer cubículo el cual es llamado “reconocimiento gráfico”, donde tienen objetos con rasgos de rostros y con esos objetos arman el rostro de cada persona y por lo tanto le había llegado el turno de que armaran el suyo. En ese mismo cubículo le hicieron la toma de huellas y las fotos antes de ser llevado a su celda.

La primera celda adonde fue llevado es llamada “celda de clasificación”: sus características eran 3x5 metros, una cama que era una base de cemento elevado, una mesa, una ducha y el inodoro. La celda no tenía nada de luz, tan solo se veía el reflejo de la luz del pasillo que era mínimo. Lo único que le dieron fue una jerga (trapo) para limpiar el pequeño espacio y todos los días les llevaban el cepillo de dientes que solo tenía la parte de las cerdas. Yonier solo en ese momento, comenzó a recordar imágenes de niño y a traer tantos recuerdos de su familia. “Esa situación me ayudó a recordar cosas que ya había olvidado”. Ese mismo día lo sacaron para el juzgado al proceso de investigación, donde él tenía que confirmar su declaración. Para su sorpresa cuando el juez comenzó a leer su declaración, se dio cuenta de que él nunca había escrito esa declaración, pero en ese momento prefirió callar. Entonces le entregó el caso a uno de los abogados de oficio el cual le pidió unos papeles. Después de unos días, el abogado volvió y le dijo que según los cargos él iba a ser condenado a sesenta y cinco años de cárcel, pero que por buena conducta y otros servicios que él quería realizar, le rebajaban la pena hasta veinticinco años. Aunque esta noticia lo había dejado muy desanimado, no perdía la esperanza de que iba a salir pronto.

Ahora la identificación de Yonier no era su nombre sino el número que le correspondía que era el 483. Desde ese día, hasta el día en que salió de la cárcel, el 483 era su código referente. En ese lugar al día hacían seis pases de lista en los cuales debía de responder al ser llamado, porque si no, era castigado. Durante los primeros cinco días de estar en prisión no quiso comer nada, solo tomaba agua que no era potable, por lo tanto vomitaba constantemente. En ese tiempo lo único que hizo fue llorar, desahogándose, recordando cada momento con su familia y sus amigos que lo llenaban de mucho dolor; el quinto día recibió su primera visita, que era su suegra de aquel tiempo, cuya visita le dio mucha alegría. Aunque esa visita no fue muy cercana por lo que estaban separados

por un vidrio grueso; pero ver y escuchar a su suegra, le dió fuerzas como para continuar adelante.

Pasó en esa celda una semana, antes de ser llevado a la próxima que quedaba en el nivel A y que tenía un poco más de luz, lo cual le interesó mucho a Yonier. Podía salir al patio a tomar sol una hora en la mañana, también le daban los productos de aseo personal y dos uniformes adecuados a su físico. En este nivel de la cárcel le asignaron una psicóloga con la cual entabló muy buena relación y se convirtió en la persona a la que le contaba todo lo que pasaba día tras día. “Ella fue mi gran ayuda en esa bendita cárcel”, confiesa Yonier.

Después de un tiempo fue trasladado a otro patio en ese mismo nivel, donde debía compartir su celda con otros condenados, pero cuando llegó allí solo había un preso llamado David Núñez más conocido como “El Cachis”, con el cual compartió el resto de su estadía en la cárcel. Yonier se convirtió en un maestro para “El Cachis” ya que le enseñó a escribir y a leer para que pudiera comunicarse con su familia.

“Mientras buscaba mermar mi tiempo en prisión, encontré la manera de hacerlo por medio de la lectura y la escritura, la cual me comenzó a interesar cuando todos los días pasaba por mi celda la maestra de biblioteca la cual me decía: `Este libro está muy bueno` mostrándome uno diferente cada día, aconsejándome que lo leyera. Así me apasioné por la lectura leyéndome tres libros diarios, para después comenzar a escribir, primero sobre cada uno de ellos y después pasar a escribir sobre mi vida en prisión, mis sentimientos. Cada vez que hablaba con mi papá, mi mamá y mi hermano sentía una felicidad que no tenía explicación, la cual trataba de expresar por medio de escritos, pero aun así no dejaba de sentirme un simple prisionero de las circunstancias”.

Cada día Yonier escribía de su experiencia en la cárcel, y reflexionaba en sus escritos expresando cosas como estas:

“Pienso.

Solo en mi celda, con el sofocante aire caliente que expulsa el ventilador, escribo esto, con un leve destello de luz que brinda un foco de 60 w. Pienso en muchas cosas: en mi mamá, en mi papá, en mi hermano. Pienso también en todo lo que podría estar haciendo si estuviera libre. Desgraciadamente los pensamientos llegan y se van, así como las olas del mar expulsan a la orilla la espuma blanca y luego en el retroceso del agua, se las lleva consigo; trato de buscarle la lógica, de cómo es que uno consigue no volverse loco en un encierro como este; veo las camas de mis compañeros, y en ellos hay un destello de tristeza. Sé que les

duele igual que a mí, estar en esta situación. No sé que día es hoy, pues todos los días aquí son iguales. La vida del preso es eso, vivir y esperar el día que sigue”.

Escribía día y noche esperando que el tiempo encerrado en prisión pasara, demostrando su talento a la bibliotecaria logró escribir varios cuentos y obras teatrales, los cuales tuvieron un segundo lugar en el concurso nacional de cuento “José Revueltas”, y en el Concurso Nacional de Teatro Penitenciario, los cuales eran programados cada año por la prisión.

Al tomar la vida en prisión como su diario vivir, comenzó a darse cuenta de muchos aspectos que él no conocía dentro de la cárcel, ya que no eran mencionados particularmente. Uno de ellos fue la vida sexual de un hombre en prisión que no tenía su visita conyugal normal. Comenzó a notar la falta de esta actividad en su vida cuando le comenzaron a doler los testículos y fue donde el médico de la cárcel, el cual le dijo que el dolor era por que tenía muchos espermatozoides, que cuando no son liberados por medio de una relación sexual, comienzan a reprimirse y a producir aquel dolor. Así que empezó a entender por qué la mayoría de los prisioneros se tenían que masturbar. “Era algo tan común dentro de la cárcel, que cuando llegaba el día de la visita conyugal, la mayoría de los presos se dirigían a sus celdas a masturbarse excitándose tanto como si estuvieran en una relación sexual con su pareja”.

Algo que lo impactó mucho fue la única vez que estuvo en el hospital de la cárcel. Todo pasó un día cuando salió a trotar con los compañeros y empezaron a jugar básquetbol. Eran las 11:00 am, Yonier se cayó y se golpeó la cabeza. Fue a su celda pero se sentía muy enfermo, por lo tanto fue llevado al hospital penitenciario donde primero lo acostaron en la camilla y lo esposaron de la mano derecha a la baranda superior, y el pie izquierdo a la baranda inferior. Después le hicieron unos exámenes y le informaron que iba a ser hospitalizado para tenerlo en observación. “Yo prefería estar en mi celda que estar esposado en ese pinche hospital”, expresa.

Fueron muchos momentos difíciles como estos que marcaron su vida mientras se encontraba privado de la libertad, pero él siempre sabía que debía salir adelante no importando las circunstancias. “Yo hice que ese infierno se convirtiera en un paraíso”.

El 18 de septiembre del 2008 a las 3:00 pm Yonier entró del patio, y se dirigió a su celda, cuando uno de los guardias le informó que alistara sus pertenencias que se lo iban a llevar. Él pensó: “¡Pa’ qué putas me llevan?”. Fue sacado de su celda, después dirigido por un pasillo largo hasta llegar a un consultorio donde

se encontraba una doctora, la que le exigió que se quitara la ropa para hacerle un último “chequeo” médico. “En ese momento ya había perdido la vergüenza de mostrar mi cuerpo, después de haberlo tenido que hacer durante mucho tiempo y frente a muchas personas”. Cuando salió de aquel consultorio vio por primera vez, después de cinco años transcurridos a su tío, al cual quiso saludar pero cuando lo intentó, de una fue callado por el guardia. Siguiendo su recorrido llegó al final de aquel pasillo, fue ubicado frente a una pared en la cual no podía levantar su mirada y solo tenía derecho a callar. Cada una de las personas que estaban con Yonier en aquel lugar, entraban a un cuarto en el que se encontraban varias personas, entre ellas algunos abogados. Allí mismo les hacían entrega de las pertenencias retenidas al ingresar a la cárcel: según Yonier cada persona se demoraba en ese lugar alrededor de unas 3 horas, él fue el último en pasar por ese lugar. “Ese tiempo se me hizo eterno, yo no veía la hora de culminar con esa pesadilla, sin saber para dónde putas me llevaban”. Pasadas unas nueve horas salió de aquel cuarto y vio un portón grande que se abrió. En ese momento le informaron que había quedado en libertad. “Casi me ahogo de la felicidad que sentí. Lo primero que hice fue abrazar a mi tío y compartir con él esa alegría tan grande de saber que ya todo había terminado”.

Yonier, fue trasladado a la frontera de México en donde debía quedarse en la estación de migración, mientras le organizaban su documentación para ser enviado a Cali, su ciudad natal.

“Vamos, bebé, sube más... más, por favor...!”

Lina María Girón Ponce

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día
entrar se encue-

—He!

—Me toca madrugar; pero ese amoroso di-

—¿Cuál le toca mañana, mamá? —le pregun-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Cuál le toca mañana, mamá? —le pregun-

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día
entrar se encue-

—He!

—Me toca madrugar; pero ese amoroso di-

—¿Cuál le toca mañana, mamá? —le pregun-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Cuál le toca mañana, mamá? —le pregun-

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día
entrar se encue-

—He!

—Me toca madrugar; pero ese amoroso di-

—¿Cuál le toca mañana, mamá? —le pregun-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Cuál le toca mañana, mamá? —le pregun-

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día
entrar se encue-

—He!

—Me toca madrugar; pero ese amoroso di-

—¿Cuál le toca mañana, mamá? —le pregun-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

—¿Hija, qué? —Imagínate que dos rancheros me roca con ese físico que re-

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Eneida revisa el turno del próximo día: es el de siete de la mañana a una de la tarde.

...no plato, todo empieza a cambiar; resaca. Todos hablan y se rien entre ellos. hojamos romero”, dice Glouia mientras: así, porque sería eterno estar aquí para. I visitar Litany no sólo se salga satisfecho co a hecho a una excelente nueva amiga. Es ma e todos los visitantes coinciden al expresar q... res nte realmente familiar. “Ahora existen varios restau pero esté en especial nos gusta porque realmente tiene alafel se le siente el trigo y su peculiar sabor a garbanzo; i s frescos, cosa que de otros lugares no se puede afirmat los lugares del mundo, y puedo decir que este restaura bor libanes”, dicen un cliente y su acompañante, y agre referido para almorzar o cenar cada fin de semana”

“Muerte en Navidad, una serie de errores colombianos”, decía el encabezado de la noticia que le estaba dando la vuelta a toda América y, pocos meses después, al mundo entero.

Al fin Colombia estaba en boca de los medios internacionales por algo distinto al narcotráfico y todo el *boom* que este estaba provocando. Pero al parecer, y lo más evidente, era que los norteamericanos no estaban muy contentos con lo que había sucedido, y con mayor razón en este caso directamente relacionado con su honor y con su gente.

Nelson Rivera, de la noche a la mañana, se había convertido en alguien que daba de qué hablar en todo el país y fuera de él. Había sido el primer y único sospechoso de la muerte de más de cien personas; pero lo curioso del asunto era que este hombre no había estado ni en el momento ni cerca del lugar donde ocurrieron las muertes. Es más: ni siquiera había conocido a alguna de las víctimas. Él con su voz y erradas instrucciones, según la prensa, había llevado al desastre de la nave de American Airlines que provenía de Miami y llegaría a Cali, Colombia, el 20 de diciembre de 1995 a las 21:00 horas.

“¡Carajo...! *Vamos arriba, por favor... Hay que subir... ¡Vamos, bebé, sube más... más, por favor, más!*”. Fueron las últimas palabras que dijo el capitán Tafuri,

piloto del American 965, antes de la colisión. Nelson, siete segundos después de escuchar esto y sin recibir señal alguna o respuesta del piloto, comenzó a preocuparse y a mirar por las ventanas de la torre de control a ver si veía la aeronave acercándose a la pista; pero no fue así.

Para Nelson transcurriría el día normal. Lo que no sabía era que horas más tarde estaría involucrado en uno de los accidentes aéreos más significativos en la historia de Colombia.

La mañana del 20 de diciembre de 1995 Nelson se levantó como todos los días e hizo lo que solía hacer cuando tenía las mañanas libres, aunque ese día no estaba para nada motivado a ir a trabajar ya que le tocaba trasnochar en la torre de control. Y era esto último la que más le disgustaba. Al acercarse las cinco de la tarde, como de costumbre cuando tenía ese turno, llegó el bus que lo llevaría al aeropuerto a recibir el turno de la noche.

“El trabajo siempre era igual, y en la torre se volvía más monótono todavía porque lo único que se hace allá es despegar y aterrizar aviones. Yo ya tenía toda la noche planeada, además de que no había mucho flujo de aeronaves puesto que era vísperas de Navidad”. Hoy en día Nelson se lamenta de no haber aclarado ni reiterado la orden que le dio al piloto Tafuri, aunque las autoridades aeronáuticas tienen completamente limpio su nombre y lo eximieron de toda culpa.

Cuando las personas visitan la torre de control ven todo muy emocionante e interesante, pero descartan la parte más comprometedor y la que más deberían resaltar en todo ese trabajo; es lo que a veces pasa inadvertido y es opacado por la magnificencia de los radares y aparatos tecnológicos que se ven allá para guiar a los aviones. Esa parte es la que también algunas a veces se les olvida a los controladores, el hecho de transportar más de 100 vidas por máquina, en un rango de tiempo no mayor a diez minutos de diferencia entre cada avión.

Y fue esto lo que las autoridades usaron para confrontar a Nelson un par de días después del accidente. “A mí, después de ese día, jamás se me volvió a olvidar la responsabilidad que cargaba cada vez que dirigía a un avión, con eso quedé curado. Pero ¿quién no? Si uno no reacciona así, entonces *¿cómo más?*”.

Ahora, cada vez que dirige un avión entrega todo de sí, hace que cada vuelo valga la pena, y hasta parece como si fuera la primera vez, o como si apenas estuviera comenzando en eso de la aviación. Aunque han pasado varios años, esa experiencia ha quedado marcada en su vida como un tatuaje, pero es algo más profundo que esto porque no se quita ni con cirugía.

“Es indescriptible lo que sentí esa noche al no escuchar más al capitán. Fue como si me voltearan el estómago, y de inmediato la incertidumbre comenzó a recorrer cada parte y rincón de mi cuerpo, pero combinado con un poco de esperanza de que apareciera entre las nubes”. Cuando habla de esto, aun se puede percibir angustia en sus gestos y su manera de hablar, de mirar. Sin más palabras, se podría decir que sus gestos delatan esa combinación de tristeza, angustia, nervios, rabia e impotencia; eso que no puede soltar a pesar del tiempo y de su inocencia completamente demostrada.

“¡Es muy berraco bajar y ver las caras de esos familiares al darse cuenta de lo que pasó! Pensé que en cualquier momento alguno de ellos iba a saltar sobre mí, e iba a pegarme una trompada o algo así, porque hasta yo mismo pensaba que me la merecería, y que ni con mi vida iba a pagar lo que le estaba debiendo a todas esas familias”. Al no saber nada de lo que había sucedido Nelson bajó al muelle internacional a ver si alguien le daba explicaciones, pero en vez de eso se encontró con una sorpresa mayor; familias desbordadas en llanto por la muerte confirmada de sus familiares. Ahí la captó y de una vez se visualizó recibiendo visitas conyugales en la cárcel correspondiente, ya que la muerte de las de cien personas no se terminaría de pagar ni con mil años de prisión.

Tenía solo tres aviones en comunicación: dos aeronaves que entraban de Bogotá y el American procedente de Miami. “Esa noche las condiciones meteorológicas eran maravillosas, estaba el cielo despejado”.

Como era víspera de Navidad y había pocos aviones en el aire, todos estaban en proceso de aterrizar, Nelson quiso abreviar la operación de aterrizaje del American proponiéndole al piloto no dar la vuelta reglamentaria para aterrizar, sino seguir en la dirección que iba y aterrizar de esa manera, ahorrando por lo menos ocho minutos de vuelo, cosa que les convenía tanto al piloto, porque ahorra gasolina y tiempo, como a Nelson quien terminaría más rápido el proceso con el avión internacional.

“Como no había radar en esa época, uno se estresaba mucho, ya que tenía que pasar de un plano bidimensional en la cabeza de uno, imaginándose todo, a un plano tridimensional y guiar a los aviones con ese plano que se había hecho en la mente. Era un cargo muy alto para un controlador, tenía que imaginarse el radial, la distancia y la altitud de las aeronaves.”

La tripulación del American era de origen estadounidense y venían por primera vez a Colombia, así que no conocían ningún punto de ubicación en el plano vallecaucano. Solo les quedaba lo que les dijera el controlador y lo que el radar

del avión les iba guiando. En ese momento restaban quince minutos de vuelo, pero con la propuesta que les hizo Nelson solo quedarían siete, lo cual les llamó mucho la atención ya que al ser un vuelo largo estaban muy cansados. Nelson entonces les indicó cómo cambiar en su radar la opción en el VOR, pasarlo a RO, que significa Romeo y que les guiaría a la pista diecinueve, en la cual no tendrían que dar toda la vuelta. Pero al darle esa opción tenían que estar a por lo menos 43 nm (millas náuticas) del VOR de Cali, que más o menos era cuando pasaban por el punto de Tuluá, sin embargo cuando el piloto cambió la opción estaban ya a 40 nm del VOR de Cali así que el radar del avión, automáticamente, tomó el RO pero de Bogotá pues al no tener el punto de referencia de Tuluá, tomó el otro más cercano, que era el que se encontraba en esa ciudad.

Mientras esto sucedía, Nelson les pedía que se reportaran y dijeran en dónde se encontraban, pero como nunca habían volado en Cali y tenían esa confusión en su radar no sabían cómo responderle, sin embargo Nelson siguió insistiendo. Mientras él estaba hablándoles, la tripulación notó que el avión se desviaba y se iban alejando más y más de la pista del Bonilla Aragón, y asimismo seguía descendiendo. Por lo que se escucha en la grabación, el piloto estaba obedeciendo al radar del avión y dejó que esto sucediera menospreciando la opinión del copiloto, quien avisaba que no iban en la dirección correcta. Cuando el piloto notó que la máquina estaba totalmente desubicada, cambió la opción de vuelo a manual y comenzó a tirar el avión hacia arriba y tratar de enderezar el vuelo. Al hacer este movimiento se encendió la alarma de aviso contra el suelo. Y siempre, durante esos momentos, Nelson seguirá pidiéndole a la tripulación que se reportara, pero ya con un tono de voz más preocupado. Al tratar los pilotos de enderezar el avión, perdieron 10 segundos importantes de vuelo y fue ahí cuando el avión impactó en el cerro San José, en Buga.

Nelson, por su parte no sabía qué más hacer. Pensó primeramente que las comunicaciones del avión estaban fallando y le pidió a los otros dos aviones que tenía en el aire que se trataran de comunicar con el American 965, pero este no respondía. Nelson seguía persistiendo en la comunicación. Esta vez con mucha más ansiedad y quebranto en su voz decía: “¡American 965 responde!, ¡American 965 responde!, ¡American 965, ¡responda!” pero el American nunca respondió. Nelson comenzó a repasar las direcciones que él había dado y cada procedimiento que les había hecho seguir, pero además al mismo tiempo no podía dejar tirado los otros dos aviones que tenía en el aire y con la tarea de aterrizar. Su mente estaba confusa y no sabía si preocuparse, desistir o seguir persistiendo en la comunicación. En ese momento aún no se había perdido la esperanza de que la aeronave apareciera en el cielo y se viera desde la torre o

simplemente respondiera al llamado que Nelson hacía. El tono de su voz pasaba de ansiedad a quebranto y preocupación y eso decía todo. En su mente repasaba cada dirección que dio.

Nelson continuó el procedimiento con los otros dos aviones; hasta que recibió una llamada de la policía, inquieta por un aviso que había dado un campesino diciendo que había mucho fuego en las montañas y que parecía que un avión se había explotado. No reacciona por unos cuantos minutos, de los cuales nunca se va a olvidar. No pudo responder a la llamada, simplemente colgó y quedó helado al saber la noticia. No pudo llorar ni pensar, solo vio toda su vida pasando al frente de sus ojos y pensó lo peor de sí mismo; sus manos y sus pies comenzaron a helarse, no podía ni siquiera tomar una hoja de papel de la tembladera que le dio, solo pudo caminar en círculos por todo la torre y dar sus últimas miradas por la ventana para tratar de encontrar aunque sea una última esperanza que le devolviera el aliento, pero esto jamás sucedió. Como un eficiente controlador tenía que reaccionar rápido y hacer caso omiso al revoltijo de emociones que se le estaban acumulando dentro de sí; fue entonces cuando decidió llamar y avisar a las autoridades y a los bomberos, quienes inmediatamente iniciaron el procedimiento de rescate.

Nelson terminó su turno normalmente a las seis que salió de trabajar e inmediatamente fue retirado de la operación. Durante un periodo significativo de tiempo no pudo volver a trabajar, hasta después de que finalizara la investigación que duró aproximadamente tres meses, tiempo en el que fue sometido a arduos exámenes médicos, psicológicos y psiquiátricos a cargo de medicina de aviación, representando a la Aeronáutica Civil de Colombia y de algunas autoridades aeronáuticas de la FAA (Federal Aviation Administration) de los Estados Unidos.

Algunos familiares y amigos que lo vieron de cerca, manifiestan que Nelson tuvo desórdenes digestivos durante la primera semana después del accidente se mostraba nervioso, y ansioso debido a las constantes llamadas que muchos familiares y conocidos le hacían para interrogarle al respecto.

Mientras salía el fallo final de la investigación, Nelson vivió momentos amargos y solo se preguntaba: “¿En qué fallé? ¿Qué hice mal? ¿Qué pude haber hecho y no hice? ¿Qué hubiera pasado si...?”. Trataba de culparse y buscar cualquier tipo de respuesta al accidente.

Cuando regresa a la operación, retoma un proceso de familiarización y entrenamiento como si apenas estuviera comenzando como controlador de aproximación. Durante ese tiempo se mostraba aparentemente tranquilo, pero ninguno

de sus compañeros, ni él hablaban del suceso. Era un silencio sepulcral, y era como si el tema estuviera prohibido en el centro de control.

“Nelson se volvió muy paternalista y sobreprotector con los aviones, se volvió muy ansioso con el trabajo; aun en la actualidad les dice a sus compañeros cómo deben trabajar, que hacer y qué decirle a los pilotos, razón por la cual algunas personas no quieren trabajar en equipo con él. Pero gracias a ese suceso hoy hay radares en Cali”, comenta una de sus compañeras, quien vivió muy de cerca todo el proceso de Nelson cuando el regresó a trabajar en aproximación.

“El 30 de abril de 1999 yo organicé un congreso nacional de pilotos y controladores para tratar asuntos de seguridad aérea y aviación en general, y uno de los temas fue automatización. El conferencista, el capitán Carlos Escobar experto en el tema, a fin de ilustrar su conferencia retoma el análisis del accidente del American Airlines 965. Dentro del auditorio se encontraban ciento cincuenta y seis personas, entre ellos pilotos de aviación comercial y controladores de tránsito aéreo. Y allí en medio de la multitud muy cerca de mí se encontraba “El Mono” Nelson, quien escuchaba con atención la conferencia del capitán quien con fines didácticos reconstruyó el accidente con la grabación de voces de cabina de la caja negra del American. Al concluir la grabación y la conferencia, fue casi imposible no mirar a mi compañero quien ya no podía sostener más su mirada y no hallaba qué hacer para aguantarse y tragar entero todo lo que estaba escuchando. Hasta que al final cuando todo estaba terminando y la mayoría se estaban despidiendo, él no pudo aguantar más y de repente sin avisar y para sorpresa de todos los que estábamos a su alrededor, estalló en un llanto desesperado que mostraba claramente su profunda tristeza. Como si hubiera querido con su llanto devolverles la vida a todas esas personas, como si con el llanto hubiera podido devolver el tiempo y evitar todo lo que sucedió. Afortunadamente la psicóloga de medicina de aviación acudió para acompañarle y alentarle. Fue muy impactante para mí verle reaccionar de esa manera”, dice una de sus compañeras de trabajo.

Inmediatamente ocurrió el accidente se comenzó el proceso de investigación del caso. Lo primero que hicieron las autoridades aeronáuticas fue revisar las normas y procedimientos que realizaron, tanto el piloto como el controlador, esto determinaría si se cumplieron o no.

“Después de haber sido entrevistado por las autoridades aeronáuticas para iniciar la investigación preliminar de los hechos y después de haber narrado su propia versión de ellos Mr. Rivera declara: “espero que esta investigación sea

exitosa y establezca recomendaciones para prevenir este tipo de accidentes, y personalmente espero que a ningún controlador le suceda algo como esto”, dice una sección que se extrajo del informe final de la investigación que realizaron las autoridades.

La investigación que se realizó se centró primero en la aplicación de regulaciones y procedimientos por parte de la tripulación y de la ATC (Air Traffic Control). Segundo, el análisis del servicio de tránsito aéreo (estudios de medicina de aviación, psicología, psiquiatría y diversas pruebas psicotécnicas aplicadas a Nelson para diagnosticar su situación física y mental). Tercero el análisis de las comunicaciones aeronáuticas y, finalmente, documentos colombianos de aviación.

En este proceso las inferencias de las autoridades aeronáuticas antes de la investigación no favorecían nada a Nelson, ya que primero se creyó que el error había sido suyo al suministrar una instrucción inapropiada a la tripulación, aunque también se pensó que la aeronave encontró mal tiempo lo cual provocó un mal funcionamiento de la nave (inferencia que se descartó rápidamente, debido a que era evidente que las condiciones meteorológicas eran excelentes aquel día). Otra hipótesis fue que pudo haber ocurrido un malentendido entre el controlador y el piloto; también se pensó que pudo haber sido una desorientación geográfica por parte de la tripulación y no se descartó una falla mecánica de la aeronave. Asimismo, no descartaron problemas de rendimiento humano (fatiga, cansancio, stress) por parte de la tripulación, que llevaron a tomar una decisión incorrecta. Igualmente se pensó que había insuficiencias del idioma inglés por parte del controlador.

El 29 de marzo de 1996, las autoridades aeronáuticas representadas por la NTSB (National Transportation Safety Board) culminaron la investigación con óptimas y sorprendentes conclusiones. Entre ellas:

El cambio de tripulación en Miami contribuyó a la desubicación espacial de esta nueva e inusual tripulación.

La falta de radar en Cali no permitió determinar la posición real de la aeronave.

La conciencia situacional de la tripulación se vio limitada por la automatización, lo que contribuyó al error humano en la interpretación de los instrumentos a bordo.

Exoneración de toda responsabilidad al controlador de aproximación de Cali, Nelson Rivera, quien intentó hacer su mejor trabajo en la guía y acercamiento a Cali.

Ya han pasado dieciseis años desde aquel trágico suceso que vivió Nelson, quien aun se desempeña como controlador aéreo y tiene el cargo de supervisor.

Aunque dirigiendo a una aeronave se le nota un aspecto ya cansado, tiene una actitud solidaria y preocupada frente al trabajo en equipo, desea que todo salga bien, sin contratiempos ni eslabones que contribuyan a la cadena del error de un incidente o, en el peor de los casos, a un accidente aéreo. Por esta razón, constantemente se cerciora de que no solo él haga las cosas bien, sino los compañeros que están a su alrededor, a quienes constantemente corrige e insta al buen desempeño, y no solo a ellos sino también a aquellos que están en el aire.

“Avianca 014, a siete millas del umbral de la pista, con cinco mil seiscientos pies, comunique con Bonilla Aragón, torre en 118, 1, buenas tardes”, dice Nelson Rivera con un suspiro, transfiriendo la aeronave al controlador de aeródromo. Nelson se ve agotado después una extenuante jornada de trabajo, que terminará en aproximadamente cinco minutos. Se cerciora cuidadosamente de que todos sus aviones estén en orden y sin ningún inconveniente antes de entregar el turno al próximo controlador.

Enedina salvapellejos

Lorena Cervantes

Ma... octubre de 2011

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Enedina revisa el turno del próximo día: es el de siete de la mañana a una de la tarde.



—¿Cuál le toca mañana, mamá? —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día...

—¿Hoy?

—Mañana, 18 de octubre de 2011

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Enedina revisa el turno del próximo día: es el de siete de la mañana a una de la tarde.

—¿Cuál le toca mañana, mamá? —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día...

—¿Hoy?

—Mañana, 18 de octubre de 2011

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Enedina revisa el turno del próximo día: es el de siete de la mañana a una de la tarde.

—¿Cuál le toca mañana, mamá? —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día...

—¿Hoy?

—Mañana, 18 de octubre de 2011

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Enedina revisa el turno del próximo día: es el de siete de la mañana a una de la tarde.

...chimba, pero...
...me viene saliendo pa' no seguir comen...
...se verlas lindas pa' no seguir comen...
...ate, lo que Andrés creía iba a ser lo mejor para él, tenía...
...y experiencia que no necesariamente mejoraría su vida, por...
...alabras, "así fuera en la iglesia, allá hubiera encontrado la...
...me persigiera y sería cagada de mi parte que yo no la acepta...
...to fue lo mejor. Aunque mis superiores eran unos hijueputa...
...se allá fue una chimba y obvio si estaba con mi mejor am...
...és retirándose a la mardhuana como su mejor compañera...
...migo de nadie y tampoco de eso se trata...
...porque así es la vida". Pero no solo lo...
...da. "La mata me activaba y todo pe...
...jo B también podía hacerlo, pero...
...obaba a los marzanos que iban...

...etado a niños, anciano...
...nivel de energía o vitali...
...be hacerse con superp...
...os como úlceras, destr...
...da...
...Borrón delgado, más delgado...
...—¿Qué más, Andrés...
...a puro pollito mad...
...—Imagínate, pu...
...Porque esto es...
...problemas q...
...Solín iba...
...mi amige...
...los dos m...
...—El Shorty...
...Fue tanto...
...Despu...
...to le tocó l...
...entra...
...hubiera ido con...
...solo fue el pel...
...aprovejado y el con...

...sacar me el muchach...
...había en el campamento...
...—le presuraban los g...
...guerrillera...
...a la invitación...
...—Y menos de eso, p...
...nada. Y cuando me...
...había uno y entraba el or...

...el día qu...
...—No mijo, gran...
...—A uno por allá no le dan...
...más de una noche escuchar...
...la muchachita...
...—¿Ustedes s...
...chias veces...
...—Y entonse que herman...
...a serle o hacerle barra a ese equipo. Mire a...

...v que arreglar esta...
...el mínimo detall...
...te coge el arroz, c...
......
...no plato, todo empieza a cambiar...
...resca. Todos hablan y se rien entre ellos...
...hojamos romero", dice Glouia mientras...
...así, porque sería eterno estar aquí para...

...visitar Litany no sólo se salga satisfecho co...
...a hecho a una excelente nueva amiga. Es ma...
...e todos los visitantes coinciden al expresar q...
...nte realmente familiar. "Ahora existen varios restau...
...pero esté en especial nos gusta porque realmente tiene...
...alafel se le siente el trigo y su peculiar sabor a garbanzo i...
...s frescos, cosa que de otros lugares no se puede afirmat...
...lugares del mundo, y puedo decir que este restauran...
...bor libanes", dicen un cliente y su acompañante, y agre...
...refendido para almorzar o cenar cada fin de semana"

...er cómo muchos de los clientes antes de irse pasan por...
...Dios! Me tocó...
...no es solo la...
...de di...

No estaba patrocinada por ninguna empresa que le pagara el mínimo por hacer sus prácticas; sin embargo, con la suerte de su lado, María Enedina Martínez Dinas las hizo en el Hospital Departamental de Cali hace veintiocho años, tratando personas con cáncer, sida y enfermedades terminales. En 1983 era una mujer sin compromiso alguno, pero en 1995 nace Juan Manuel, y por obligación renuncia a los trasnochos en el hospital.

Vuelve a su rutina, pero esta vez en un lugar marginado por la violencia: el puesto de salud Pizamos. Como única enfermera auxiliar allí aprende a asistir partos. “Lo mío no es escuchar a otra quejarse; lo mío es la acción y la sangre. Por eso me encanta la sala de trauma del Carlos Holmes”. Hace siete años se desempeña como una de las tres enfermeras auxiliares de urgencias en la sala de trauma y reanimación del hospital Carlos Holmes Trujillo, en el Distrito de Aguablanca en Cali, atendiendo a sicarios, ladrones y todo tipo de delincuentes que allí llegan.

Viernes 16 de septiembre, 8 de la noche

Empieza su turno. En urgencias se encuentran solo tres pacientes con apendicitis, pero a las diez de la noche comienza la acción. Hubo un enfrentamiento entre

dos bandas y llegan nueve heridos. Logran entrarlos a todos en camillas, pero de cada camilla van colgadas siete personas que alegan ser familiares.

Uno de los acompañantes de Pirata, desesperado porque su *parcero* se va a morir le grita a Eneida: “Y entonces qué, negra, ¿me lo va a atender o me lo va a *dejar ir*? Usted sabe cómo son *vuelatas* acá.”

Viernes, 23 de septiembre de 2011

Arremanga hasta sus codos el saco que lleva debajo del uniforme y comienza a limpiar la espalda y el abdomen de Pirata, llenos de sangre, consecuencia de cuatro puñaladas. “Te volviste a salvar el pellejo, bembona”, le dice el tipo.

Después de una hora de calma se sienta a charlar con dos de sus compañeras y en un tono de voz alto y burlesco hablan de los médicos que se hacen los valientes y les da *culillo* de todo. Pasada la hora llega un hombre con medio brazo colgando por un machetazo que le dieron por robarle el celular, según dice la policía.

–¡Q’hubo, q’hubo, negra! ¡Hacele rápido que mocho es que voy a quedar por culpa de tu lentitud!.

–Entonces, ¿por qué no avisa para tener todo listo? La próxima vez use la cabeza, no los pies, para pensar y entregue todo.

–Lo cura y limpia, pero es otro caso con el que no pueden y piden la ambulancia para remitirlo al Hospital Departamental.

El Día de Amor y Amistad hay muchas fiestas en el barrio, accidentes de tránsito y borrachos por doquier. Llega el primero con una cortada en la mano, llevado por el mismísimo diablo y gritando: “¿iMe vas a atender o no, *hija de puta!*? ¡Por eso es que a esta *mierda* le dicen *Carlos muerto*, porque aquí ninguna sirve pa’ culo!”. Eneida esta vez se queda callada pero escribe el número de identificación del paciente y lo reporta al policía de turno. Se lleva la grata sorpresa de que tiene una orden de captura por homicidio y abuso sexual. En menos de diez minutos el sujeto está esposado y en la patrulla, volviendo a formar algarabía y escándalo mientras reclama su inocencia.

Viernes, 30 de septiembre de 2011

Termina su turno asustada por las consecuencias que pueda tener por la captura de este hombre, pero vuelve al otro día en el turno de una a siete en el bus de

costumbre, el Amarillo Crema ruta 7. Cuando se baja del vehículo, como todos en el barrio la conocen, empiezan a saludarla. Uno le dice:

–Buenas, mi negrita. ¿Usted otra vez por aquí? ¿No se fue ahora a las once?

–Sí, yo salí a las once pero necesito plata. Entonces estoy haciendo este otro turno.

En el hospital se encuentra con su amigo Tirso, según ella el único en quien puede confiar. Con Tirso intercambia y cuadra los turnos del domingo. Ambos se quejan de que en el hospital hay una rosca porque solo a ellos les tocan los turnos más pesados y las jornadas de vacunación, que son las más cansonas.

Esa tarde y noche del sábado no hubo mucha acción en el Carlos Holmes, según Enedina; solo un herido con seis tiros en la cabeza; una niña de doce años que llega con quemaduras de tercer grado y es remitida al Hospital Universitario del Valle, y muchas personas más que, por lo que escucha, vienen con enfermedades inventadas, las que a los médicos y a las tres enfermeras les da pereza atender.

Martes, 11 de octubre de 2011

–Buenas noches, mami. ¿Cómo ha estado?, –saluda Eneida a su madre–. Hace dos días no te veía. ¿Te han estado aplicando la insulina? Te veo pálida.

–Sí, hija, pero esa joda de esos doctores de quitarme todo lo que me gusta me pone mal.

En la casa de la mamá viven sus tres hermanos, dos sobrinos y su nuera.

–Ene, ¿vas a comer? –le pregunta Fabiola, su hermana mayor. Hay arroz con pollo.

–No, hija, estoy llena. Gracias. En el hospital nos dieron refrigerio.

–Pero si eso allá es un poquitico y pura comida de enfermo.

–Sí, pero hoy nos dieron como para que no jodiéramos hablando de la pobreza de hospital en el que trabajamos –dice Enedina, y se ríe.

En la sala solo están Fabiola y su hermano Javier, hablando de unas platas que prestaron a los “gota-gota”. Javier, con cara de angustia y preocupación, sin camisa, en chanclas y pantaloneta, se para a abrir la puerta. Es su hijo, el sobrino mayor de la negra. De inmediato Enedina se para, lo saluda y lo abraza

–¿Qué más, Andresito? Otra vez usted con esos ojos rojos y en el culo, y oliendo a puro pollito asado. ¿Cuándo es que va a dejar ese vicio?

–Imagínate, pues, mi negra, que falta mucho para eso, y todavía sigo en lo mío, porque esto es lo único que me lleva a otro nivel para olvidarme de todos los problemas que hay en esta puta casa. Que esté bien, tía; nos vemos luego.

“El Shorty” entra a la cocina, saca la caja de fósforos y vuelve a salir, recibíendole los dos mil pesos que le da Enedina.

Después de que Enedina escucha a sus hermanos discutir, se para de la sala y entra donde su mami, le aplica la dosis de insulina que le toca de noche y al terminar le dice:

–Bendición, mami. Ya la vi un ratico. Voy para la casa a ver cómo le fue a Juanma hoy en el colegio. Mañana arrimo un ratico si Dios quiere.

–Bueno, hija, gracias, que el Señor y la Virgen la acompañen.

Martes, 18 de octubre de 2011

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Eneida revisa el turno del próximo día: es el de siete de la mañana a una de la tarde.

–¿Cuál le toca mañana, mami? –le pregunta Mario, su esposo.

–Me toca madrugar; pero ese turno es suave.

En la mañana del día siguiente hace su misma rutina para llegar al hospital y al entrar se encuentra con Tirso.

–Hola negra. Imagínate que hoy también nos toca con ese loco que tenemos por médico. ¡Qué pereza!

–Buenos días, Tirso. Menos mal este turno es suave.

En la cafetería del hospital están las dos enfermeras que entregan turno y Roberto, un médico de tez morena, gordo, alto. La característica que lo define y por la cual le dice que está loco, es que a su uniforme le ha puesto, en cada manga, los escudos del Cali.

–¿Y entonces qué, hermano? –le dice Eneida, en tono sarcástico–. ¿Usted vino a atender o hacerle barra a ese equipo? Mire a ver.

–¡Ah, pero ve!. Yo de aquí salgo a alentar a mi verde que es lo único que quiero, y pues en mi turno vamos a atender a esta gente.

–Pues más le vale que se ponga las pilas. Mire a ver si se para rápido, que allá abajo lo están esperando.

En el turno de la mañana no se ve mucho trabajo. Solo dolores e inyecciones.

–¿Usted atiende aquí? Vea, se me cayó la niña y yo creo que hay que cogerle puntos.

–A ustedes como que les pagan para dejar caer a esos niñitos, ¿no?

–Yo no vine a que me regañara. ¡Negra tenías que ser...!

–Entonces, como usted es tan racista, pues hoy sí se jodió porque los de este turno todos somos negros.

Enedina se ríe y sale de la sala de urgencias.

–Vea, doc, allá hay una vieja que se le cayó la niñita pero no quiere que yo la atienda por negra. Mire a ver qué le hace...

–¡Ay Enedina! Dejé de pelear, hombre, que te vas a salir ganando tu problema.

–Andá mejor pónale una gasa, porque tiene EPS, y acá solo se maneja Sisbén estrato 1 y 2, y decíle que se vaya adonde le toca porque le sale más barato que la cita particular.

A la una de la tarde sirven el almuerzo, pero Enedina lo empaca para llevárselo a Juanma y no tener que llegar a cocinar. Sale del hospital y coge el Villanueva 7.

Jueves, 27 de octubre de 2011

La vida de Enedina no solo se basa en el Carlos Holmes, y en su pasión, como le dice ella; también tiene una vida completamente normal, con problemas como la gente del común, con buenos y malos momentos.

En el transcurso de su vida ha interactuado con muchas personas, pero pocas se han quedado en su corazón; la mayoría muestran su verdadera cara y se alejan, según ella. Pero entre esas que se han quedado, tienen un gran valor y le sirven casi a diario está Tirso, su compañero de trabajo desde hace cuatro años. Este hombre la describe como una mujer sincera, sin pelos en la lengua, capaz de

afrontar cualquier situación con toda la madurez posible. “Es una negra que vale muchísimo y su calidad humana hace que entregue todo su potencial y valores al trabajo. A pesar de ser una vieja jodida y malgeniada tiene un corazón noble incapaz de hacer mal a alguien”, dice él.

Enedina tiene un hogar conformado por su esposo y su único hijo. Mario, su esposo, dice: “Mi negrita es una mujer fuerte, capaz de hacer todo lo que se propone y lograr todo lo que tiene en mente, sueños y metas. Como madre no hay palabras para describirla, porque es increíble la manera como se reparte para compartir y dedicarnos tiempo a los dos. Tiene su carácter muy fuerte, pero gracias a él se ha ganado el respeto de más de uno”.

En el barrio donde reside también es reconocida por ser una mujer *verraca* que no teme enfrentar cualquier tipo de problema: “Es un verdadero ejemplo de madre y mujer trabajadora y por su mal genio se ha ganado varios problemas, pero eso es lo que la caracteriza como una gran líder”, dice Luz Stella, vecina de Enedina.

Martes, 8 de noviembre de 2011

Es otro día más y Eneida sale a ejercer su pasión, pero esta vez tiene el ánimo en el piso y en el bus va comentando:

—No, yo no sé hasta cuándo vaya a aguantar esto, pero en realidad estoy *mamada* de ver día a día la miseria de toda esta gente. Y lo peor es que todavía me quedan ocho años para jubilarme.

Durante todo el camino habla sobre el mismo tema hasta llegar a la nueva sede del Carlos Holmes, el Isaías Duarte Cancino. Había muchísimos heridos y por ende le tocó ponerse a trabajar rápido. A los quince minutos de haber recibido turno llega un hombre con un cuchillo enterrado en la cabeza y Enedina al verlo, sale de la sala de reanimación, y se arrodilla sola, sin que nadie la vea, en el cuarto de enfermería diciéndole a Dios estas palabras:

—Señor, si tú no me das la fortaleza para afrontar y seguir viendo estas atrocidades, sácame de acá y dame el trabajo que creas que pueda aguantar.

Al salir del cuarto, verraca ella como siempre, hace la remisión del paciente con el cuchillo para el Hospital Universitario, y a lo que llega la ambulancia y están sacando al paciente, entra un hombre moreno totalmente ebrio con tres puñaladas, dos en la espalda y una en la mano. Enedina lo ve y le grita:

–¡Vea, hermano! No sea tan inconsciente, y deje de mover esa mano que está salpicando sangre y eso puede generar infección. Más bien siéntese aquí en esta silla que ya vengo con el doctor...

–¡Claro, como no sos vos, negra triplehijueputa, la que te está doliendo y ardiendo la mano por eso me decís eso!, más bien atendeme, que eso es lo que deberías de estar haciendo.

–¡Listo! Vea, mi amor, al son que me toquen yo le bailo, y como usted está de grosero, con eso no llegamos a ningún lado. Entonces me va a tocar sacarlo y que usted espere hasta que llamen a toda esta gente.

Enedina llama al vigilante y este saca al sujeto a la sala de espera. El tipo, lleno de rabia por lo sucedido, le grita a Enedina:

–¡Ya verás que te voy a ver en la calle y ahí arreglamos...!

Después de dos horas de haber atendido a los heridos el hospital entra en calma y no sucede nada. Faltando una hora para terminar el turno de la negra, los doctores y las tres enfermeras suben a comerse un refrigerio y Enedina dice:

–¡Estoy harta de ver a esta gente, que entre más uno les sirve más groseros y patanes son!

–¡Ay, hija! Eso aquí no es novedad, pero uno qué hace; uno necesita la plata y toca hacerse el de la oreja mocha –dice Tirso.

–¡No, hermano, yo ya estoy mamada, y la verdad tengo ganas de largarme de esto y dejar todo tirado! Lo único que me impulsa es saber que yo lo que empiezo lo tengo que terminar; entonces de acá salgo pero jubilada.

Se ríe, come y al terminar, vuelve con la misma emoción a la sala de reanimación.

Tirador selecto

Claudia Puentes

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madruguar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madruguar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madruguar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madruguar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madruguar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madruguar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madruguar; pero ese tur-

Miércoles, 18 de octubre de 2011

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Eneida revisa el turno del próximo día: es el de siete de la mañana a una de la tarde

—¿Un plato, todo empieza a cambiar; resaca. Todos hablan y se ríen entre ellos —hojamos romero”, dice Gloria mientras —así, porque sería eterno estar aquí para

l visitar Litany no sólo se salga satisfecho co a hecho a una excelente nueva amiga. Es ma e todos los visitantes coinciden al expresar q res nte realmente familiar. “Ahora existen varios restaur pero este en especial nos gusta porque realmente tiene alatel se le siente el trigo y su peculiar sabor a garbanzo r s frescos, cosa que de otros lugares no se puede afirmar los lugares del mundo, y puedo decir que este restauran bor libanés”, dicen un cliente y su acompañante, y agre referido para almorzar o cenar cada fin de semana.”

er cómo muchos de los clientes antes de irse pasan por

Steven recuerda esa tarde que salió de la secundaria a recoger a su hermanita de la guardería. Aún siente el aroma a galletas de la fábrica donde trabajaba su madre; aroma que invadía todo el pueblo. De repente vio en su horizonte los camiones militares que lo llevarían a su destino.

Steven nació un 8 de enero de 1988 en la ciudad de Cali. Hiperactivo desde niño –cuentan su tía Marla y sus primos–, tenía unas energías insoportables para los demás. Ya tenía claro desde los ocho años lo que sus formas lo llevarían a ser. Su madre se fue a vivir a España desde que él tenía esa edad, y cuando Steven cumplió los doce años, se fue a vivir con ella a ese país tras haber pasado gran parte de su infancia viajando entre Cali y La Unión (Valle), y con su abuela en Sincelejo.

Al llegar a España fueron años muy buenos para él, de adaptación a un nuevo país donde no conocía a nadie más que a una parte de su familia que vivía en diferentes pueblos cercanos a Madrid.

Siempre fue muy buen estudiante. Cuando estaba a punto de finalizar la ESO (Educación Secundaria Obligatoria) tenía que decidir entre ingresar a estudiar en la universidad, pues le hubiese gustado ser profesor de acondicionamiento físico, pero también tenía la opción de prestar el servicio militar obligatorio para las Fuerzas Armadas durante dos años, y estudiar en las bases militares preparándose en algún grado académico.

Estando en su dilema salió una ley en España en el 2003, que profesionalizaba la carrera militar. Para él fue una luz del cielo que le señalaba el camino a seguir, por lo cual, se enroló en el Ejército y firmó un contrato de preparación profesional de tres años obligatorios, del cual ya no se podría retractar.

“Todavía pienso mucho en ese día y en todas las señales que siento me mostró el destino”, dice Steven.

Rememora el día en que su madre lo acompañó y lo dejó con setenta euros (unos \$ 200.000 pesos colombianos al cambio) para sobrevivir de ahí en adelante. Inicialmente lo enviaron a una unidad de entrenamiento en Segovia y ahí empezó a sentir lo bueno de su decisión. Rápidamente comenzó a estudiar gran cantidad de cosas que no sabía siquiera que existían; también, a entrenarse fuerte físicamente.

“Lo que más hacía era correr y correr varias horas diarias hasta quedar totalmente exhausto, quedaba tirado sin aire, después de quince y a veces veinte kilómetros de entrenamiento. Luego me iba a comer y a descansar hasta empezar cada día nuevamente mi rutina”, cuenta Steven.

De los cuatro meses que estuvo en esa base recuerda la primera arma que tomó en sus manos, un fusil del año 1936 utilizado durante la guerra civil. Fue de las cosas más emocionantes que vivió, por eso decidió inicialmente ser artillero. Luego fue trasladado a Astorga donde, ya como soldado profesional, le empezaron a asignar misiones. El lugar no le gustaba mucho, pero fue ahí donde inició sus primeros combates de fuego no directo. Estuvo en varias bases durante los siguientes tres años, y fue enviado a misiones secretas en Kosovo y el Líbano, donde conoció lo que era el fuego cruzado y arriesgar su vida por la convicción de defender un país el cual ya sentía como propio.

Cuando regresó a España después de esas misiones se entrenó como paracaidista y francotirador.

“Yo quería viajar y conocer el mundo; quería ir a Madrid, a África, donde me enviaran; quería hacer de todo”, dice Steven.

Estando en una base en Oviedo entrenándose en infantería ligera salió una convocatoria sin destino para enrolarse en una misión de paz de la ONU. Era el año 2008, y Steven con todo el gusto se enlistó. Tuvo que esperar dos años para poder ir pero fue solo hasta marzo del año 2010, cuando por fin se subió

al Hércules que lo llevo a su destino: Afganistán, un destino peligroso y desconocido del que la mayoría quería salir huyendo.

Desde su llegada allí recuerda ver la arena en el aire de Jalalabad y entender muy poco de lo que decían. Ver las caras de incertidumbre de sus compañeros, que a pesar de que llevaban más de un año entrenándose sobre el lugar, fue bastante fuerte para ellos.

Su compañía llegó como remplazo a quienes ya habían estado en ese lugar. *“Lo primero que hicimos fue darle el enhorabuena a los que se iban y rendir tributo a los caídos”*, comenta Steven. La estadía máxima de un soldado español era de seis meses. Él, a pesar de todo, sentía ansioso correr la sangre por sus venas; estaba deseoso de aventuras después de tan larga espera. *“Como cualquier soldado al que le gusta defender a su patria”*, dice Steven. Este viaje casi se suspende, porque los americanos no deseaban que nadie más llegara a Afganistán porque que ellos estaban tras Bin Laden.

La misión de su equipo era proteger durante los patrullajes de reconocimiento de zona fuera de la base a los marines estadounidenses. Eran grandes perímetros de hasta treinta kilómetros a la redonda y una patrulla centinela, como la llaman los militares, tardaba dos y tres días el recorrido antes de regresar a la base a descansar.

La base es territorio de la ONU y a quienes se metan ahí sin permiso de ingreso se les puede dar muerte sin juicio previo por invasión a la propiedad privada. Tenían que estar pendientes de todo, y así como había gente mala que quería destruir, también había gente buena, gente que quería ayudar, llevar comida, hacer caminos. El objetivo era que la gente se diera cuenta de que la guerra no la llevaba nadie externo, sino que lo que se deseaba era ayudar a los ciudadanos y hacerles saber que eran los grupos armados de allí quienes hacían permanente el campo de combate fuera de sus casas.

“Los talibanes no tienen sueños, por eso llevan la guerra ganada. Ellos la llaman la Guerra Santa, luchan por Alá y piensan que por ponerse diez kilos de explosivos y detonarlos en un jardín lleno de niños van a ir al cielo a encontrarse con Alá y a recibir toda su sabiduría. Por eso es imposible luchar contra esa gente, porque no cuidan su vida, porque no les importa, y por eso yo no puedo entender a esta gente. Uno tiene que estar pendiente de lo que se mueva, ser muy cuidadoso, porque cualquiera, un niño, una mujer y hasta los animales pueden ser una bomba”, asegura Steven.

Una noche salieron a hacer patrulla. Hacía muchísimo frío en La Laguna –ese era el nombre que le daban al lugar en que estaban–, un pequeño desierto donde según cuentan las leyendas urbanas, cuando hace mucho calor se ven oasis en el horizonte. Steven comenta que él nunca llegó a verlos, ya que casi siempre hacían patrulla en la noche. Al día siguiente, ya a la madrugada, eran las tres de la mañana cuando se encontraban listos para descansar dentro de la Hamby –un vehículo blindado de ataque– y estando rodeados de colinas bajo las cuales no podían quedarse expuestos. A Steven y su pareja o binomio como les llaman ellos, les tocó hacer guardia casi a ciegas, porque no se veía ya nada en la oscuridad de esa noche, Steven decidió ponerse, sin autorización, sus gafas de visión nocturna, casi como una cuestión de instinto...

Su binomio estaba entredormido por el cansancio y él también se sentía agotado, pero seguía vigilando. Repentinamente empezó a ver fuego que venía de todas partes estando ellos en medio de la nada... Inmediatamente, gritó para dar alerta a su pelotón y empezó a disparar la ametralladora desde la parte superior del Hamby para defenderse, pero no se veía a nadie. Le dio a su binomio las coordenadas para que llegaran los apoyos y así se desencadenó el combate.

“Cuando uno sale con los marines ya sabe a lo que va, pero ese día en realidad sentí miedo... Me replanteé el hecho de que podía morir en ese instante de fuego directo, mientras disparaba a la nada mi ametralladora, una Gabin 1270, la mejor de toda Europa. No sabía a qué le tiraba; solo al fuego cruzado que venía hacia nosotros. Pensaba en mi madre y en las cosas buenas y malas de mi vida, en mi niñez, en los instantes de felicidad, y a la vez en la angustia y el extraño placer de estar en ese instante de combate”.

Armaron un 5 – 25, esto es, un perímetro de seguridad armado por marines y militares: son cinco metros y luego otros veinte a la redonda de la Hamby. La posición ideal hubiese sido estar a cubierto, es decir, que ellos pudieran ver el fuego enemigo y disparar a los objetivos; pero no, esa noche contaron con la mala suerte de estar a rebujo. *“Es una mala posición, porque ellos me ven y yo no a ellos, me pueden disparar y matarme”.* Los marines, en cambio, simplemente como máquinas se paran a disparar en automático, ellos son los Rangers, llevan allí casi 8 meses y otros hasta un año en combate. En cambio esta unidad española solo llevaba una semana en campo. A Steven y sus compañeros las balas le silbaban en los oídos, cerca de sus caras; la visión nocturna le permitía ver el fuego que venía directo, y él, como el tirador selecto en el que se convirtió durante sus entrenamientos, se quedó en el centro de todo. Allí, arriba de la Hamby dispa-

rando, con la adrenalina a millón por tener que proteger con su ametralladora a toda la patrulla que estaba abajo expuesta igual que él, al fuego directo.

“Esa fue la primera vez que me dispararon directamente a mí, allí en Afganistán, y es cuando te das cuenta de que todo lo que aprendiste vale y que vos valés, te sentís un soldado de verdad”.

De la ametralladora y de su tirador, depende en gran parte que el Hamby no sea tomado por los enemigos y los hagan prisioneros o los maten. Steven podría haber bajado la ametralladora e ir combatir, pero no, él se quedó allí intentando, así fuese con su vida, proteger a sus compañeros; además, la Hamby siempre está ubicada de una manera estratégica, siempre están apuntando hacia el norte, donde pueden ubicar la estrella polar, la marca de un norte fijo, pues no pueden confiarse de la brújula ya que podría fallar y unas milésimas artilleras (medición más exacta que los grados sexagesimales) de error les puede costar la vida.

Cuando el binomio finalmente marcó en el mapa desde los lugares de los que les disparaban, pasó las coordenadas al capitán de los Rangers americanos, quienes radiaron la posición en la que estaban y solicitaron apoyo aéreo a la base, el que llegó en cuestión de instantes bombardeando la zona dando alto al fuego enemigo. Steven soltó la ametralladora que ardía casi como una hoguera y cayó sintiendo que nuevamente y de a poco su respiración regresaba.

El combate duró menos de veinte minutos, pero fue intenso. Cuando terminó, los marines bajaron a reconocer el armamento y la zona de combate, se dieron cuenta de que quienes los atacaron fueron los talibanes, les estaban disparando con ametralladoras de alto calibre.

Este reconocimiento de zona lo hace para conocer más al enemigo e intentar evitar que los ataquen nuevamente de esa forma. Es por esto que dejan ahí un binomio de observadores avanzados: dos militares que durante tres días se quedan en la *zona caliente* por si vuelven los enemigos, observando todo lo que sucede en la zona y espionando, cuando se puede, los pasajes enemigos. Los dejan solos con una ametralladora y un radio para que den las coordenadas en caso de ser necesario y así el ejército llegue de inmediato a atacar directo al flanco.

“Los talibanes son como ratas. Nosotros hacemos trincheras; ellos, como son de allá y conocen el lugar, se meten por las cuevas. Nosotros siempre íbamos a estar en desventaja, porque ellos sabían casi siempre donde estábamos y saben así donde esconderse y desde que lugar disparar. Tienen dentro de las colinas túneles que han

acondicionado y son extremadamente peligrosos porque no se sabe con qué te vas a encontrar”, dice Steven.

Otra parte, la más compleja tal vez, es la del reconocimiento de los cuerpos de los caídos en combate, hacer el conteo de las pérdidas humanas del pelotón y también la de los enemigos. Luego Steven comenta:

“Nosotros podíamos matar, pero quienes se daban cuenta eran los marines que eran los que hacían reconocimiento de zona, yo nunca supe la gente que, tristemente, maté”.

Cuando volvían después de los tres días de patrullar, los recogió un convoy, que son varios Hamby´s en un agrupamiento estratégico defensivo; en uno de ellos iba la novia del binomio de Steven, ella tenía el mismo puesto, una tiradora selecta quien tenía tres meses de embarazo. Había quedado embarazada dentro de la base, pero a las mujeres les dan de baja solo hasta los cinco meses y deben volver tres meses después de que nace el bebé y lo que no se puede incumplir porque es un contrato.

En el camino había civiles por todos lados, y de repente empezaron de nuevo a disparar. De nuevo el combate, apenas llevaban cuatro kilómetros de recorrido, cuando repentinamente una mina explotó una de las Hamby, la de la retaguardia, donde ella estaba defendiendo cuando explotaron los treinta kilos de TNT; todos los que iban ahí murieron, de ella ni siquiera se encontró el cuerpo.

“Ahí fue cuando me desmoroné y empecé a llorar a pesar de que yo casi no lo hago; son situaciones que te cuesta hasta recordarlas, sobre todo por la gente con la que compartiste todo: juegos, borracheras, chistes y combates, lo quisieras o no”, dice.

Steven entró en un ataque de rabia y salió sin protección de la Hamby a disparar. Varios hombres se le tiraron encima para detenerlo, el binomio quedó en shock. Una semana después ya en la base, se escuchó un disparo en uno de los hangares, su binomio se había suicidado:

“Solo dejó una carta a sus padres diciendo que lo sentía pero ella era la mujer que amaba y la madre de su hijo, quienes lo estaban esperando en un mundo mejor. Eso fue lo más fuerte que yo viví allá; después de ese día solo espere el momento de la notificación del fin de la misión”.

De ahí en adelante, hizo lo que tenía que hacer, luchar con convicción por todo en lo que creía hasta que se acabaron estos seis meses de tortura, cuando

salieron los pasajes de regreso, inmediatamente buscó su nombre en la lista y ahí estaba, su boleto de vuelta.

“La verdad es que a pesar de toda la emoción con la que fui, sinceramente no quería estar más en ese lugar.

Cuando me bajé de nuevo del Hércules a respirar el aire de mi patria y con el cansancio de seis meses, me di cuenta de que fue tal vez lo más raro que viví y que seguramente pasaran más cosas en mi carrera, pero esto me marcó para siempre. Le di gracias a Dios por estar de vuelta, abracé a mi madre como si fuera la primera vez que la viera y sentí nuevamente el olor a galletas...”

Ahora está de nuevo en su rutina, un trabajo como cualquier otro, de lunes a viernes, veintidós día de vacaciones al año, un sueldo y a la espera de su próxima misión.

“En la guerra los únicos que conocen el fin de la misma son los muertos, porque la guerra va a seguir hasta que se acabe el mundo. A mí porque me gusta, pero allá pasan cosas que nunca había visto. De todas formas amo mi misión y me encanta ser un tirador selecto, pues sé que soy uno entre cien”.

Los aplausos se desvanecían entre los reflectores del Teatro Municipal de Cali. Momo, la obra basada en el libro de Michael Ende, se estrenaba esa noche. Los estudiantes del Conservatorio de Bellas Artes participaban en ella.

“La interpretación del mejor amigo de Momo, el cuentero, fue espectacular. La gente se paró de sus sillas, aplaudía y silbaba a este personaje. De verdad se merecía esos reconocimientos, más aún por el hecho de ser una mujer quien interpretó este papel”, decía uno de los espectadores que asistió a la obra.

En ese entonces Jennifer Moreno tenía dieciseis años de edad y no había terminado su bachillerato. Ahora “Jemo”, como le dicen sus amigos estudia teatro en Bellas Artes, y lleva un año tocando la viola en el Conservatorio de Decepaz.

“Estas carreras son totalmente pasionales, uno tiene que sudarla para ganarse la vida. Un músico o un artista normalmente no están tapados en plata, y los que lo están es gracias a la trayectoria y la experiencia que tienen y adquieren en su vida. Yo no estudio esto para volverme millonaria ni nada de eso. Simplemente lo hago porque amo esta carrera,” dice Jennifer con una sonrisa.

Hace cinco años al barrio Compartir llegó una orquesta a hacer *casting* a los niños que quisieran participar en un coro. “Aunque siempre he sido tímida le dije a una amiga que lo intentáramos porque me llamaba la atención este mundo, así que fuimos y quedamos”, comenta Jennifer.

Después de haber quedado en el coro, ella y su amiga comenzaron a asistir a los ensayos. Entre esas clases había una llamada Expresión Corporal que contribuía a desarrollar la sensibilidad y la imaginación: unos días se hacía teatro. “Las clases de teatro me encantaban, empecé a perder el miedo al público y al ridículo y desde ahí seguí en la orquesta pero en toda obra que hacia el conservatorio participaba”, dice Jennifer.

“Es que cuando mi grupito de amigos y yo vimos ese coro en nuestro barrio nos intrigó mucho –cuenta Jennifer. Era extraño que mientras los niños de mi edad –yo tenía apenas doce años– se interesaban por jugar fútbol, muñecas, maquillarse, o la bici por aquí y por allá, yo, y algunos de mis amigos queríamos solamente estar metidos e interesados por lo que iba a empezar a pasar ahí”, dice Jennifer.

Lunes, primer día de ensayo para el futuro coro de la orquesta de Decepaz. “El domingo anterior no dejaba de pensar en el primer ensayo, ¿Qué nos pondrían a cantar? ¿Habrá gente mejor que yo?”. Esa y miles de preguntas se le pasaron por la cabeza. Y no solo se le pasaban por la cabeza: “Me tenía estresada preguntándome todo el día lo mismo”, dice su amiga.

El conservatorio de Decepaz a las cuatro de la tarde del lunes esperaba en el salón número dos a los coristas. Había un atril para cada tres sillas con dos canciones que ese día estos futuros músicos aprenderían, y su maestro, un músico de la orquesta. “Éramos como cuarenta, creo –refiere Jennifer–. Me sentí muy extraña, me miraban raro, tal vez por mi forma de vestir para mi edad, o no sé si era impresión mía”, dice Jennifer.

El profesor dijo: “En grupos de tres me cantarán la canción que tienen en su atril, pero yo diré quién empieza”. Era un tema religioso. En ese momento el silencio hizo presencia en el salón, después de un minuto y medio, más o menos, comenzaron a escucharse los susurros de los estudiantes.

“Cuando escuché mi nombre quedé paralizada, no podía creer que fuera la primera que cantaría con mi grupo”. Con una sonrisa en su rostro Jennifer se levantó de su silla, observó la canción, la intentó acomodar en el atril para que los tres la pudieran leer pero sus manos temblorosas hicieron que soltara las hojas y cayeran al suelo. Su compañero de atril las levantó, sonrió con ella y se miraron con la otra muchacha.

Cantaron. Pero no llevaban ni quince segundos cuando el profesor los interrumpió: “Para ser la primera vez no estuvo tan espantoso”, les dijo.

Jennifer dice: “Quedé confundida no sabía si alegrarme, o ponerme a llorar, o simplemente no hacer nada”. Él ni nos miraba a los ojos, pero de todos modos agradecí su observación”. Cuando el profesor alzó su rostro, un juego de miradas con Jennifer atravesó el salón de clases.

Así fueron pasando los grupos hasta el último sin ninguna observación del profesor. Hablaba exclusivamente para detener a un grupo y darle paso al que seguía. “Esta actitud me intrigó mucho, pero me llevó a pensar muchas cosas favorables para mi comienzo en este mundo, porque este es solo el comienzo de una muy larga carrera”.

A las 5:30 p.m. los jóvenes comenzaron a salir del Conservatorio de Decepaz; más o menos a las seis de la tarde casi todos los estudiantes se habían ido de este sitio, casi todos a excepción de Jennifer. Ella se encontraba aún en el salón donde tuvieron el ensayo practicando la canción que les había tocado cantar frente a todos, y otra canción que seguía a esa: *El himno a la alegría*. Sin salir de ahí, sin dejar de cantar, y sin ninguna compañía estuvo hasta las ocho de la noche.

“No había visto qué horas eran, se me pasó el tiempo volando, estaba realmente feliz”. Cuando iba en la esquina del Conservatorio una voz masculina llamó su atención. Era su maestro. Ella se devolvió y, sin cruzar palabras, él le entregó las dos hojas de las canciones vistas y dos canciones más, y debajo de una de las hojas decía: “Espero que las aproveches. No a todos les doy este tipo de oportunidades, ni les brindo mi apoyo en la primera clase, no me defraudes”. Ella lo miró sonrió mucho más y sin hablar le dio un abrazo y se dirigió corriendo a su casa.

Fue así como, poco a poco, Jennifer fue demostrando su potencial artístico en el coro: “jamás imaginé que mi vecina, la que no hablaba ni cuando jugábamos a policías y ladrones hace tres o cuatro años, estuviera en el coro y sobresaliera como lo estaba haciendo”, dice Bryan Rengifo, amigo de infancia.

Los ensayos en el coro se convirtieron en su pasatiempo, en su *hobbie*, en su pasión, en su todo. Ella llegaba todos los días con las expectativas de aprender, pero un día su profesor, el Multicolor, como le decían los estudiantes, ya que todos los días llegaba con el pelo de diferente color, fue despedido del conservatorio de Decepaz. “Yo iba a ver a Jennifer en el coro, iba a tocar el cello con la orquesta, y nunca me di cuenta la razón por la cual despidieron al profesor del coro”, agrega Bryan, músico de la Orquesta Filarmónica de Cali. Heder M. se despide de sus alumnos sin explicación alguna. Jennifer lo abraza y llora. Él le dijo: “no te preocupes, mi Jemo. Conmigo o sin mí vas a ser grande”. Ahora Heder es violista de la Orquesta Filarmónica de Antioquia.

Tres días después Jennifer y Andrés, su mejor amigo, salen del conservatorio, ella del coro y él de la orquesta; ella con sus canciones en la carpeta, y él con su viola y se dirigen a casa cansados de un ensayo de tres horas. “Yo soy muy tímida pero con Andrés no, así que le pedí un helado de los que vendían en el parque y me dijo que sí; pero con lo que yo no contaba era que allí encontraría a la persona con la que comparto mis días”, dice ella mientras ríe. Cuando Andrés y Jennifer llegaron al parque a comprar el helado, los *skaters* se encontraban ahí sentados, a excepción de uno que no paraba de hacer piruetas con su tabla. “Ese *men* me atrapó, y le conté a Andrés. Él me dijo ‘vamos a hablarle’, pero yo casi me muero del susto”. Andrés lo saludó. Su nombre era Gustavo. Hablaron como una hora los tres hasta que Andrés los dejó solos. Ahí quedaron de verse en un concierto de la Filarmónica de Cali. “¡Me encantaba tanto, y sentía cosas como nunca antes las había sentido en mi vida!”. Al final del concierto Jennifer ya tenía novio.

En una ocasión, al llegar al salón de clase Jennifer encontró en la puerta del conservatorio de Decepez una nota que decía que la clase había sido cancelada porque había ensayo de los violistas de la Orquesta Juvenil de Cali. “En esa orquesta estaba mi mejor amigo pero yo nunca lo había visto ensayar ni tocar con la orquesta completa, o por lo menos con el grupo de violistas. Ese día me enamoré otra vez”. Ese día Jennifer llegó a la casa, destapó una alcancía que tenía para alguna emergencia y vio que había ahorrado trescientos mil pesos, pero para la viola más barata le faltaba la mitad de lo que allí había reunido. “Mi primera opción fueron mis papás, pero no me ayudaron. Ellos nunca me ayudan en estas cosas que tienen que ver con el arte y eso; así que recurrí al mismo plan con el que me había financiado el viaje a Bogotá para ver *Héroes del silencio* y a su vocalista Bunbury: rifas y cosas por el estilo”. En una semana Jemo ya tenía viola e iba a empezar clases en el formativo de Decepez.

“Ahora que estoy tratando de entrar a la Orquesta Juvenil de Cali, con un año exacto de haber empezado a estudiar con la viola, lleno de clases exigentes y agotadoras, ensayos por fuera de clases, me he dado cuenta de que esto y el teatro son lo mío”. Dice Jennifer, viola en mano y con las notas de una canción que llevaba todo el día ensayando sola, encerrada, para no molestar a su familia.

“Ahora que Jennifer dejó el coro por la viola y los talleres de teatro para estudiar la carrera ya como profesional se le han venido muchas personas encima”, dice su mejor amigo, Andrés. Jemo recuerda que hace dos meses en una reunión familiar con todos sus primos de la misma edad, se tocó el tema del estudio y una de sus tías le preguntó a Jennifer qué quería estudiar. “Yo, muy emociona-

da, le respondí que no quería estudiar, que ya estaba estudiando teatro. Pero entonces sentí un dolor profundo en el corazón cuando mi tía dice: ‘¡Ay, hija, tu mamá y la familia se van a morir de hambre!’ . Fue un día espantoso para mí, pero con ayuda de Dios, de mis amigos y ahora de mi mamá, me acostumbré a esos comentarios y no me afectan”.

“El cuatro de mayo hay concierto de la Orquesta Juvenil. Jennifer, ensaya con ellos, y si te aprendes todo el concierto tocas ese día”, dice el profesor de la escuela formativa de violas. Jennifer se paró y abrazó a Juan, su profesor, y le dio las gracias por confiar en ella. “Ahora solo me quedaba ensayar las diez hojas que me dio el profesor para presentarlas el dos de mayo con el profesor de la juvenil a ver si me acepta”. En la Orquesta Juvenil una de las violistas se fracturó el brazo derecho y no podía tocar, así que la formativa mandó a Jennifer, en este momento la mujer más preparada, para ver si logra aprenderse el concierto. “Si no es capaz ella, no es capaz nadie en este grupo; además estas canciones ya las hemos ensayado, solo tiene que pulirlas porque tienen un grado de dificultad alto, pero yo confío en ella”, dice Juan, su profesor.

El dos de mayo Jennifer fue confirmada como parte de la Orquesta Juvenil, para el concierto del cuatro de mayo. “A pesar de que aún no hago parte de la orquesta tocaré con ellos y eso me tiene muy feliz, aunque nerviosa”. Cuenta Jennifer, mientras alista su vestido negro, sus únicos tacones negros, y una cadena de oro que le regaló su madre para la gran presentación, tal vez la más importante hasta ese momento.

A las 7:10 p.m., a la sala Beethoven no le cabía una persona más. Era el primer concierto de la Orquesta Juvenil del Conservatorio de Bellas Artes de Cali, en el año. “Cuando nos sentamos cada uno con su atril se me quería salir el corazón, sentía que se me iba a olvidar todo. Justo a punto de empezar me dieron ganas de orinar pero nada pude hacer, solo quedaba esperar la orden del director”. En ese momento se interpretaron *Las cuatro estaciones* de Antonio Vivaldi. Ella estaba parada justo debajo de los reflectores, aturdida por los aplausos exaltados de la gente. Y junto a ella, el instrumento que le dio noventa minutos de fama.

“Ese día salí, y en la puerta de salida de la Beethoven estaba más bella que nunca, con un vestido rojo y unos zapatos altos, mi mamá”. Un abrazo y unas lágrimas culminaron esa noche, la noche en la que brilló ella, la joven del Formativo hasta ese día. “Todos sabíamos que a ella en el Formativo no la van a dejar, solo tiene que esperar una llamadita, y ya”, dice Bryan mientras sonrío.

El viernes 13 de mayo, a las ocho de la mañana sale Jennifer de su casa con un libreto en sus manos y corre hasta la parada del A47 en el barrio Compartir. “Para llegar a Bellas Artes me demoro una hora y mi muestra final la tengo a las ocho y media”. La clase empezó a las quince minutos más tarde por un problema personal de la profesora y Jemo alcanzó a llegar, ella sabía que empezaba, y aunque llegó temblorosa su sonrisa nunca se apagaba.

“El primer cuadro, llamado *Desahogo* lo realizará Jennifer Moreno con ayuda de su compañero Juan Carmona que le complementará la escena, pero la calificación de este será exclusivamente para Jennifer, espero que les guste, empecemos”, dijo la profesora. Con la escenografía perfecta, como Jemo la quería, el público en ese auditorio era poco, solo algunos padres, los estudiantes y los docentes evaluadores. Cuando Jennifer salió, el auditorio centró su atención en ella y su compañero, las risas no faltaron en su momento, el silencio total también hizo presencia y al final, los aplausos le dieron el toque final a una mini obra preparada durante un mes por Jemo.

“Ahora solo me concentraré en continuar mis estudios, porque no hay nada que me guste más que actuar, y en segundo semestre se pone más duro, pero yo sé que soy buena y que tengo potencial para dar. Obvio, no quiero dejar la viola a un lado. Esto es un complemento perfecto para la vida cultural que quiero llevar de ahora en adelante”, asegura Jennifer cuando sale de su muestra de teatro con la hoja del libreto, ahora con unas cuantas observaciones. Su calificación es perfecta: la mejor estudiante de la clase.

A las seis de la tarde en la cafetería, afuera de Bellas Artes, Jennifer y sus amigos celebran el éxito de sus muestras con una cerveza cada uno y hablando de lo que se les viene para segundo semestre. “Si no fuera por mis amigos no estaría donde estoy ahora o simplemente estaría estudiando otra cosa. Ellos, después de Dios, me dieron fuerza para enfrentar a mis padres y al resto de problemas que vinieron detrás. Estoy feliz con lo que me pasa y seguiré feliz”.

Terminada su cerveza Jennifer agarró el maletín y se dirigió a su casa donde la esperaba orgullosa su madre, con una comida familiar hecha especialmente para celebrar. “Después de terminar de comer y de hablar un rato, le dije a mi mamá que subiría a ensayar con la viola y luego a dormir; y cuando iba subiendo me dijo: ‘Jemo, buenas noches’. Ella nunca me había dicho Jemo, pero es la persona a quien más bonito le suena. De ahora en adelante solo quiero que me digan así”.

Sembrado junto al semáforo

Gina Castillo Rodríguez

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día
entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madrugar, pero ese tur-
—Cual le toca mañana, mamá! —le preguntó
—Me toca madrugar, pero ese tur-

—Me toca madrugar, pero ese tur-
—Cual le toca mañana, mamá! —le preguntó
—Me toca madrugar, pero ese tur-

—Me toca madrugar, pero ese tur-
—Cual le toca mañana, mamá! —le preguntó
—Me toca madrugar, pero ese tur-

—Me toca madrugar, pero ese tur-
—Cual le toca mañana, mamá! —le preguntó
—Me toca madrugar, pero ese tur-

—Me toca madrugar, pero ese tur-
—Cual le toca mañana, mamá! —le preguntó
—Me toca madrugar, pero ese tur-

—Me toca madrugar, pero ese tur-
—Cual le toca mañana, mamá! —le preguntó
—Me toca madrugar, pero ese tur-

—Cual le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar, pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madrugar, pero ese tur-

—Cual le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar, pero ese tur-

—Cual le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar, pero ese tur-

—Cual le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar, pero ese tur-

—Cual le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar, pero ese tur-

—Cual le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar, pero ese tur-

—Cual le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar, pero ese tur-

—Cual le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar, pero ese tur-

—Cual le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar, pero ese tur-

—Cual le toca mañana, mamá! —le preguntó

—No mijo, gracia

—A uno por allá no le dan

la muchachera

—Ustedes s

chias veces

—Ustedes s

chias veces

—Ustedes s

chias veces

—Ustedes s

chias veces

—Ustedes s

chias veces

—Ustedes s

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Eneida revisa el turno del próximo día: es el de siete de la mañana a una de la tarde.

er cómo muchos de los clientes antes de irse pasan por

Rojo, amarillo, verde. Los carros aceleran y siguen su ruta. Treinta y tres segundos. Rojo para un automóvil gris. Luego un taxi, y una moto. Otro carro gris, y uno blanco. Víctor se acerca al primer carro que frena frente al semáforo. La ventanilla está cerrada. Toca el vidrio al conductor y le muestra la caja que sostiene en su mano izquierda, llena de barritas de *frunas*. El conductor se limita a mover la cabeza para indicarle que “no, gracias”. Ni siquiera lo mira.

Dos muchachos, uno un par de años mayor que Víctor y el otro mucho más joven, se mueven rápidamente en medio de los carros para asediar también a la clientela. Ellos venden películas “piratas” y pasabocas de maíz expandido *JuanShis*.

Siguiente carro. El conductor lleva el vidrio abajo. Víctor se aproxima, pone su mano sobre la puerta, se inclina y le dice al conductor:

–¿Me colabora comprándome una *fruna*?

–Ahora no; gracias.

–Haga el favor, ayúdeme, ¿sí?

–No, no, gracias; otro día.

Un minuto y cuarenta segundos. Arrancan los vehículos. Se aleja la primera tanda de carros, en la que Víctor no vende ni una sola *fruna*. Pasan treinta

y tres segundos. Víctor espera a que todos los automóviles se acomoden y se apresura hacia el semáforo para comenzar de nuevo su ritual: golpecito al vidrio, muestra de la cajita.

La escena se repite sin variaciones:

–Ayúdeme con una fruna.

–No, gracias.

–Hágale, una fruna.

–Otro día. Gracias.

Recostado en el semáforo hay un señor que sostiene un cartel que dice: “Soy desplazado perdí todo por favor denme una colaboración dios se lo pague”. Una pareja ofrece toallas que exhibe colgadas en una cuerda clavada en un árbol y amarrada al poste. En el mismo separador se sienta una señora con una malformación en los pies, a quien su hijo lleva en bicicleta por las mañanas y recoge en las tardes. En esta esquina se vive, con la misma intensidad, la versión no motorizada del fenómeno urbano llamado “la guerra del centavo”.

Víctor tiene dieciocho años de edad y lleva más de la mitad de su vida vendiendo chicles y frunas. Desde que llegó por primera vez a un semáforo del barrio Nueva Tequendama, en la Carrera 50 con avenida Roosevelt, siendo aún niño, no ha hecho otra actividad diferente ni se ha movido a otro lugar: todos los meses, todos los días de la semana y los fines de semana y festivos, desde la mañana hasta la noche, sin falta, en el mismo lugar.

Se queda parado en el cordón del andén, mirando hacia las copas de los árboles sembrados en la acera del frente. Pareciera hacer un gesto de saludo. El semáforo cambia dos veces. Víctor los deja pasar. “Algunas veces dejo que pasen varios carros sin ofrecerles nada, pa’ no *azarar* tanto a la gente y si alguien va a comprar, pues me llama”, comenta. “Si no pasa nada, pues me toca seguirme moviendo porque o sino *paila*, quedo *asado* todo el día”.

–Ve, ya está hablando con las matas otra vez. Él está como loquito –comenta, muerto de la risa, uno de los *pelados* del semáforo.

–Hay días en que empieza a alegar con todo el mundo y si ve a alguien comiendo en un carro, Víctor pide y pide hasta que le dan, pa’ saber que después lo bota, aunque tenga hambre. ¡Yo no sé qué le pasa a ese *man*! –se burla otro muchacho–.

Por ahí dicen que está *rayado* porque como se la pasa todo el tiempo aquí, no tiene con quién hablar, no tiene amigos. Pero, vaya uno a saber qué *guardado* tenga. Ese marica es muy raro”.

A finales de los noventa llegaron a Cali muchas mujeres jóvenes de raza negra y bajos recursos desplazadas por la violencia o porque deseaban probar suerte en algo que les resultara. Empezaron a vivir del rebusque. Se sentaban con sus hijos en algunos semáforos de la ciudad y pedían dinero al que pasaba. Además de esto, en aquel entonces empezó a correr el rumor de que en un par de lugares de la ciudad llegaba en Navidad una camioneta a dar regalos a los niños de las calles. Con esa ilusión aparecían cada vez más muchachitos, como brotados de la tierra.

Así llegó Víctor, un día de diciembre del año 1998, a un cruce de semáforos diagonal al centro comercial Cosmocentro. Su mamá se sentaba a amamantar a su hermanita recién nacida, mientras él y sus siete hermanos se iban encima de los carros a pedir “una monedita”.

—¿Y su mamá dónde está? —recuerda Víctor que les preguntaban todas las personas de verlos indefensos en medio de tanto carro.

—Es la que está allá —y señalaban a la mujer sentada a la sombra del árbol.

“Un día me dejaron nomás a mí. Yo no quería quedarme solo, me daba mucho miedo. Mi mamá me *tramó* diciendo que si me veían a mí solo, a la gente le daría más pesar y me darían más monedas; porque había mucha gente que ya no quería regalar más plata, que decían: ‘¿pa’ qué?, si después los malparidos de los papás les quitan todo’. Y pues sí, casi siempre era así”, rememora Víctor.

“Mis hermanos se cansaron de estar de un lado al otro en los semáforos: ‘Pa’ *tostarse* uno en este sol tan bravo y nomás ganarse una *chichigua*, mejor nos vamos a rebuscarnos en la calle’. Comenzaron a hacer sus vueltas raras y ya mataron a cuatro”, cuenta Víctor. No fue sólo Víctor quien se quedó en la calle. Su papá, don Antonio, vende mentas frente a la entrada peatonal de Cosmocentro y su mamá, doña María, vende mentas, chicles y cigarrillos, diagonal a un restaurante sobre la avenida Roosevelt, a sólo dos cuadras del semáforo. Así que durante su niñez y hasta hoy sus padres han estado más o menos cerca, pero no precisamente para cuidarlo sino para cada uno “rebuscarse”, por la misma zona, la plata para subsistir.

Después de un rato en silencio dice: “Es que yo tenía como... tal vez ocho años... Bueno, no sé cuántos...No me acuerdo bien... Sí, ocho...”. Mientras habla se rasca continuamente la cabeza porque tiene el pelo sucio y enredado, aplastado bajo una gorra. Con la otra mano se rasca la parte baja de la pantorrilla, visiblemente picada por los mosquitos que viven en el monte del separador. “Yo fui el único que me quedé en este semáforo. Es que un señor de un carro muy bonito se me llevó mis tarjetas con toda mi plata. Él me dice que me las devuelve, que me quiere sacar a vivir bien, y yo ya no sé qué hacer; si creerle o no, no sé... Sigo esperándolo, a ver...”.

La historia que da origen a los comentarios de Víctor, al “espejismo del señor del carro bonito”, es dolorosa. Es uno de los muchos peligros a los que están expuestos los niños que se crían en la calle, a la intemperie, sin nada ni nadie que los proteja; y, como todo lo que sucede de puertas para afuera, muchos ciudadanos son testigos pero nadie se mete. Sólo lo padece, lo sufre y lo soporta quien está involucrado. A la sociedad no le importan “los hijos de los semáforos”.

“A Víctor lo violaron cuando tenía como ocho años”, cuenta la mamá, con la voz de quien va a una estación de policía a poner una denuncia, entre acongojada por el hecho y resignada porque ya pasó, porque ya no se puede hacer nada, por saber claramente que ni siquiera ella misma hizo nada en su momento.

“Yo me acuerdo que había un señor que arrimaba mucho al semáforo, mejor dicho, pasaba a toda hora por ahí y siempre le compraba mil pesos de *frunas* a Víctor, y le daba mil más”, dice la madre. “Al principio nosotros no sabíamos que este señor existía porque como dejábamos a Víctor solito y pasábamos a echarle ojo de vez en cuando, entonces, pues estábamos *sanos*.”

“Luego, cuando lo conocimos, lo veíamos como un amigo, porque se preocupaba por el muchacho y a veces hasta le traía unos zapatos o una camiseta a regalar. Nunca pensamos que un tipo tan buena gente fuera tan dañado. Él se veía tan *bacano*, tan *chévere* con todos, que nosotros le cogimos hasta confianza porque iqué íbamos a pensar que a un ricachón de esos le gustaran los niños!

“Un viernes Víctor no apareció por la casa y al otro día tampoco. Apareció por allá el domingo. Todo raro, callado, no nos decía en dónde había estado por más que le preguntábamos. Nosotros le decíamos algo y contestaba que allí estaba la plata, que de todas formas había traído plata. Decía cualquier cosa menos lo que le estábamos preguntando y se iba.”

“Al otro día, que era un lunes, se fue *pa'l* semáforo como si nada. No nos dimos cuenta de lo que pasó sólo hasta semanas después porque el tipo lo buscaba más y más, y se lo llevaba dizque a pasear. A nosotros tanta paseadera no nos cuadraba, pero Víctor no nos decía ni pío. Fue por los chismes y el bochinche de los otros vendedores del semáforo que nos dimos cuenta qué había pasado y qué estaba pasando con ese señor del carro blanco polarizado.

“Yo no me imaginaba nada de eso hasta un día que escuché una conversación entre la metida de la Fabiola, que es la señora que vende mecató en el carrito del otro lado, y Wilson, uno de los pelados que vendían el periódico El País en ese tiempo:

“-El viejo del carro está *mariqueando* a ese peladito.

“-Sí, esa buscadera tan rara y esos regalitos no son porque sí.

“-¿No ven que ya camina todo quebrado y hasta habla suavcito?

“-¡Va la madre si ese viejo *cacorro* no es el marido de Víctor!

“-Quién sabe qué cosas lo pondrá a hacerle y le paga con camisetas *chimbas*.

“-¡Deberíamos echarle los *tombos* a ese viejo *hijueputa*!

“El tipo del carro se dio cuenta de que ya todos los del semáforo hacíamos comentarios, que ya todos sabíamos que él era un viejo verde, y nunca más apareció por el semáforo”, relata Fabiola. “Es que ese viejo corrompido tuvimos que haberlo linchado. Venir aquí a dañar a Víctor, y quién sabe a cuántos niños más que andan por ahí solos se los habrá comido el viejo asqueroso ese.

“Por eso es que Víctor habla de unas tales tarjetas que se le robó un señor y una plata que le debe; porque el viejo le prometió plata y quién sabe qué más mentiras, si se dejaba hacer de todo. Así que al Víctor, de vez en cuando, se le corre el *caspero* y comienza a hablar un poco de cosas enredadas de ese señor”, concluye Fabiola, siguiéndolo con la mirada, desde el otro lado de la calle, mientras él se mueve entre los carros.

Las veces que Víctor ha tenido que ver con la policía no ha sido precisamente para respaldarse en esa institución para defender sus derechos: “A toda hora ellos pasan en moto por acá y no pasa nada. Es cuando llegan al semáforo con los *macancanes* del Gobierno que nos *azaramos* todos. Los vendedores que los ven primero, gritan: ¡*Ahí viene el lobo, ahí viene el lobo*! Ese es el aviso para que

todos recojamos la mercancía antes de que se la lleven”, cuenta Víctor al recordar la última visita de los funcionarios encargados del desalojo y recuperación del espacio público en la ciudad. “Ellos pasan por acá varias veces para quitarnos de aquí; porque dicen que está prohibido vender en las calles; pero, yo creo que es la gente de estas unidades los que los llaman. A la gente rica no le gusta que nosotros estemos aquí; les parecemos feos”.

Desde que entendió que su función en la familia no era otra que conseguir dinero, Víctor se consagró al oficio de la venta callejera y redujo la mayor parte de su vida a esa esquina. Nunca ha tenido la oportunidad de ir a la escuela. Aunque no sea capaz de admitirlo, no sabe leer ni escribir: “Es que esa letra está muy chiquita... Yo no veo muy bien... Yo en estos días me compro unas gafas... ¡Ah! Cuando me pague mi plata el señor del carro bonito”, contesta Víctor, e inmediatamente cambia el tema: “Es mejor estar acá trabajando como Dios manda que irme a robar o a meterme en problemas, ¿sí o qué?” Mira las tres luces de la señal de tránsito con la misma concentración que un atleta aguardaría la indicación de salida: Rojo, amarillo, verde...

Comandante Uno, Rosenberg Pabón

Juliana Escudero Escobar

—¿Cuál le toca mañana, mamá! — le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día
entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día
entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día
entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día
entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día
entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madrugar; pero ese tur-

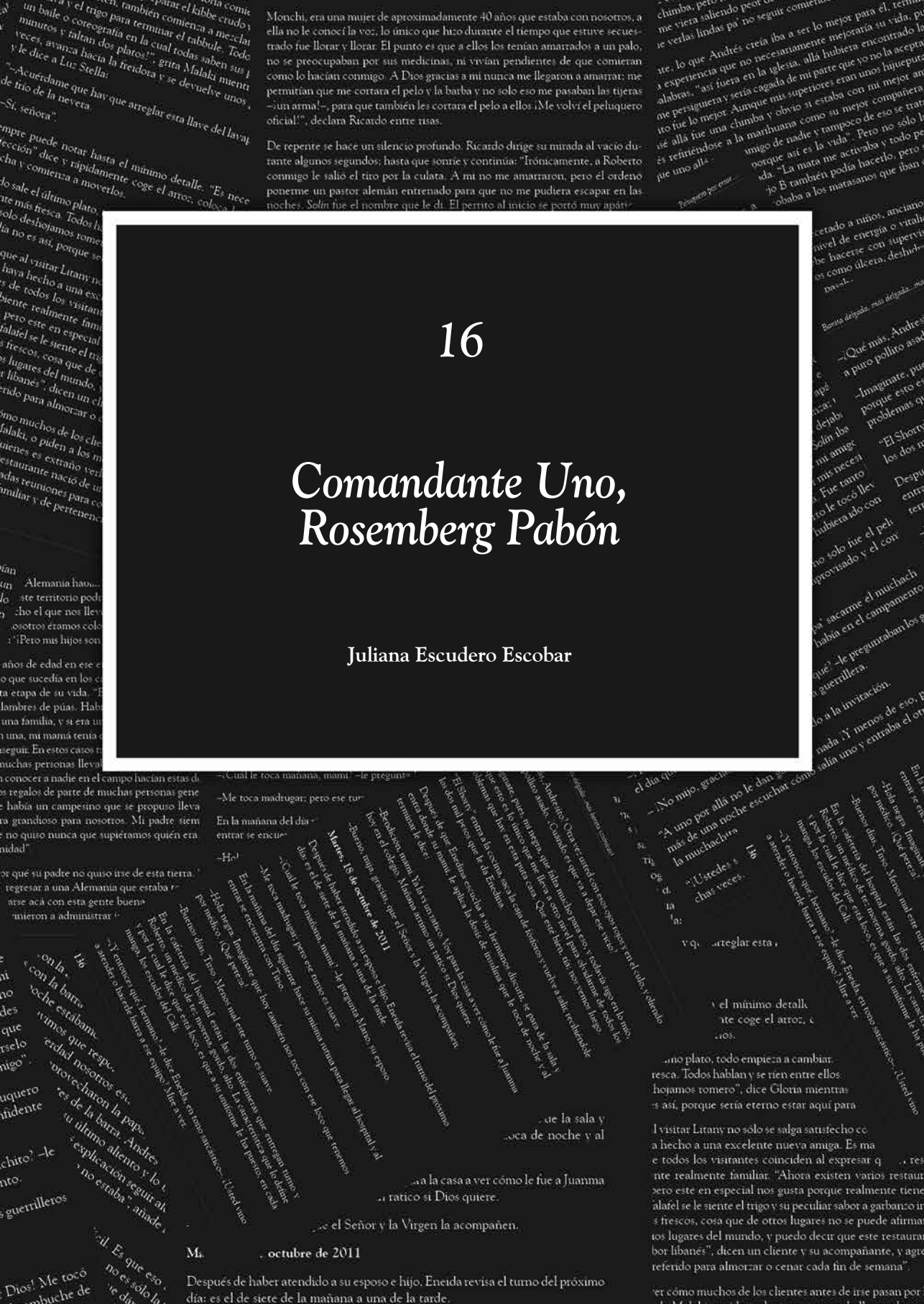
En la mañana del día
entrar se encue-

—Hi!

—Me toca madrugar; pero ese tur-

Ma... octubre de 2011

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Eneida revisa el turno del próximo día: es el de siete de la mañana a una de la tarde.



Bogotá, 27 de febrero de 1980. Segundo año de gobierno del presidente Julio César Turbay Ayala.

Estaban concentrados, y el operativo había empezado. Acordaron planes de seguridad en caso de que el enemigo apareciera; armaron un dispositivo militar y se distribuyeron las guardias: “A usted le toca hacer el desayuno. El último de la guardia levanta a todos; se baña primero esta escuadra, después aquella; el baño son tres minutos”. Todo es matemático, la gente funciona como un reloj.

Al otro día se levantaron. La vestida, el desayuno, las compañeras arreglando la ropa de los “invitados”: que la camisa no esté arrugada, que camine así, que coja la muchacha así, que camine con elegancia, mire adelante, saque pecho, como queriéndose reír pero sin reírse, como mirando a todo el mundo, pero sin mirar a nadie... Mientras tanto los demás compañeros limpiaban las armas y arreglaban los últimos detalles.

Cuando llegaron a la embajada, la mayoría de los guardaespaldas de los embajadores estaban reunidos en la cigarrería Belalcázar, así que los otros dieron vuelta a la manzana y se bajaron cerca de allí. “Bueno, ahora sí, los *invitados* cada cual con su compañera”. Se arreglaron, caminaron, y al pasar por la cigarrería, Rosenberg, el Comandante Uno, siente que puede haber algún tipo del DAS o del F-2 que vaya a reconocerlo. Y dice a la otra pareja: “Pasen adelante, tapándome”.

Las escuadras se acercan a su punto de arranque lentamente, ya que cada paso del Comandante Uno era referencia para ellos. Cuando él estuviera a cuatro pasos de los escalones de la puerta, ya todos tenían que estar en sus puestos. Todo tenía que ser exacto porque cuando él llegara a la puerta tenían que correr disparando hacia la entrada.

Cuando dejaron a los guardaespaldas atrás, se adelantan con su pareja y ven el interior de la casa. “¡Uy hermano, ya casi coronamos! ¡Uy, mamita..! Pero yo veo que la puerta se aleja, como que camino y camino y la puerta sigue estando lejos”. Cuando llegaron a la puerta había una persona controlando la entrada.

–Doctor, bien pueda, siga –dijo el guarda.

–Muchas gracias, caballero.

“¡Esto está ganado ganado, carajo! ¡Ya estamos hechos!

Cuando entraron, en cuestión de milésimas de segundo observaron a toda la gente en sus grupitos. “Está la cosa bien arreglada, como si nos estuvieran esperando. Va a haber fiesta aquí... Seguramente será una fiesta rica...”

–¡Esto es un asalto! ¡Al suelo! ¡Tírense al hijueputa suelo!

En ese momento siente que los compañeros corren a mil. Un compañero le había dicho en días pasados:

–Hermano, tenga cuidado: en la entrada, al lado izquierdo, hay un espejo grande. Ojo con ese espejo.

–¿Qué voy a pensar en un malparido espejo? ¿Cómo voy a pensar en una güe-
vonada de esas si estamos en una vaina grande?

“Entro con el arma en la mano, miro hacia los lados y me encuentro con un hijueputa armado. ¡Mierda! Esto no estaba en el plan. Disparo y me tiro al suelo. Me incorporo poco a poco y ahí está la cabecita del hombre que me sigue apuntando. Ve, este berraco no se murió... Tenga: otros dos disparos. ¡Lo maté! Oigo entonces que caen vidrios y me doy cuenta...: le metí tres tiros al espejo. Me maté yo mismo...”

La puerta principal se cerró, pero uno de los compañeros la rompe y entran todos. El último lo vio dando un salto largo para pasar la puerta, hace la “V”

de victoria, parece que va a sonreír, pero segundos más tarde lo ve tirado en un charco de sangre. La Chiqui, una de las guerrilleras, se le tira encima para cerrarle los ojos, y se queda ahí, llorando. “No hermana, apúrele, quítele el arma y quítese rápido que la van a matar. ¡Rápido, rápido! Hay tiros por todos lados”, le dice otro de ellos.

Los tiros llegaban de todas partes. Los invitados intentaban escapar por el garaje a través de la cocina. “¡Mierda! El garaje está abierto y la gente se va a salir por ahí. A detenerlos, a cerrar todas las puertas”. Pero estas eran de vidrio, muy grandes; si pasaban por ahí iban a ser un blanco fácil. Pusieron unas mesas, unas botellas, para oirlas por si entraban.

Le pasan reporte de que en el segundo piso todo está ganado, pero empiezan a caerles gases lacrimógenos... “¡Ay! ¡Nos mataron! ¡Coronamos, pero nos mataron!”. En ese momento pensé en la muerte y recordé toda mi vida: Cuando era peladito, cuando mi papá llevaba una maleta y un colchón; yo iba cogido de la mano con mi mamá. También recordé que me volaba de la escuela y me iba a caucherear; recordé los años en la universidad; mi mujer, mis hijas y vi el mañana, me vi en la página roja: “Muertos terroristas”.

De inmeditao le dice a sus compañeros:

–Pásennos agua. ¡Pañuelos para todo el mundo! Mójenlos, cojan las bombas con los pañuelos, tírenlas a las calles o a los patios.

Después piensa en cambiarse de ropa, pero así está bien vestido y desde afuera lo pueden confundir con los diplomáticos. En medio del tiroteo se acuerda de la orden que le habían dado: “Hermano, pare los rehenes en las ventanas; es la única forma de calmar el fuego”. Grita:

–¡Que se paren los embajadores! Que se pare todo el mundo en las ventanas! Saquen pañuelos blancos y griten que son embajadores, que no disparen.

Hacen esto, pero les responden con fuego.

La vaina era dura, no podían pensar en nada suave. La sala del primer piso está llena de gente. Los cuenta rápidamente: “¡Uy son como veinte! Estamos hechos; esto está ganado”. En ese momento miró a una compañera que estaba herida en la cabeza y la cara llena de sangre. “Esta se va a morir”. Otro compañero tenía sangre; y un tercero, el ojo negro. Uno, dos, tres. “Van a ser cuatro muertos, quedamos doce”.

Desde el otro lado de la Carrera 30 unos cien o doscientos estudiantes de la Universidad Nacional empezaron a gritar: “¡Estamos con la toma de la embajada!”.

–¡Uy hermano! –dijo el Comandante Uno–. ¡Cheverísimo! La gente ya se dio cuenta. ¡Esto está ganado!

Mientras tanto, la radio transmite la noticia como si se tratara de un partido de fútbol: *Estamos transmitiendo en vivo y en directo la toma de la embajada... Se están acercando varios carros del Ejército... ¡Eeee, esto es algo espectacular! Los encapuchados se asoman, van a disparar...*

Los militares no dejaban de disparar contra ellos. A lo mejor creían que eran estudiantes de la universidad y que sería más fácil tomarse la embajada por asalto. Pero se pusieron a raya; no imaginaban que responderían con un tiroteo. Fueron tres horas y media dándose bala.

Un señor cae herido.

–Hermana, usted es médica, atiéndalo.

–Pero tenemos un herido nuestro, Comandante.

–No importa; ellos primero, garantice que ninguno se muera. Apúrele, atiéndalos bien.

Recibe una llamada de un periodista español que se comunica desde Sao Paulo.

–Aló, ¿quién habla?

–Aquí José Fajardo, de *Jornal do Brasil* y *Cambio 16*. Le agradecería que se identificara.

–Soy el comandante del operativo Democracia y Libertad.

–¿Podría identificarse más concretamente, con un nombre?

–Soy el Comandante Uno.

–Gracias. Las noticias son contradictorias. ¿Son ustedes del ADO?

–No, del Movimiento 19 de Abril.

–¿Por qué se toman la embajada?

–Para denunciar al régimen militarista de Turbay, la violación sistemática de los derechos humanos y demostrar que aquí en Colombia sí hay presos políticos.

–¿Y qué condiciones le exigen al Gobierno?

–Primero, la retirada total e inmediata de la tropa; segundo, la liberación de todos los presos políticos; tercero, cincuenta millones de dólares; y cuarto, la publicación de un manifiesto en la prensa nacional e internacional.

–¿Tiene el manifiesto a la mano, Comandante?

–La organización lo entregará en el momento oportuno. A propósito, Fajardo, aquí tenemos al embajador de Brasil.

–¿Puedo hablar con él?

–¡Claro!

El Comandante mandó a buscar al embajador Nascimento, y cuando este pasó al teléfono le explicó al periodista que se les estaba dando un buen trato y que por favor llamara a su familia en Río de Janeiro y les dijera que no se preocuparan, que todo iba bien.

Habían pasado más de tres horas y todavía no sabían el número exacto de rehenes, ni quiénes eran todos. Le encargó a Martha, una compañera, que elaborara una lista de la gente con su respectivo cargo. Minutos más tarde le entregó una lista de 57 personas en la cual estaban los embajadores de Estados Unidos, el Vaticano, México, Venezuela, Brasil, Israel, Suiza, Egipto, República Dominicana, Haití, Guatemala, Costa Rica y Australia. Aparecían además los encargados de negocios de Bolivia, Paraguay, Venezuela, Perú, Guatemala, Costa Rica, República Dominicana y Jamaica. También las esposas de varios de ellos, dos funcionarios de la cancillería, algunos invitados y el personal de servicio.

Cuando planearon el operativo, pensaron que con cinco personas que retuvieran sería suficiente. Ahora piensa que con cinco personas los hubieran matado. “En realidad es el secuestro más grande hecho en el mundo entero”, comenta ahora el Comandante.

Al conocer la lista, le ordenó a Omar, otro compañero, que arreglara un lugar seguro en el segundo piso para hablar cinco minutos con los embajadores. Dispuso una salita donde no llegaban los tiros. Se sentaron todos en el piso y el Comandante empezó hablar: “Somos una organización patriótica y nacionalista

que lucha por la democracia en Colombia. También aclaro y les garantizo que se les tratará con todo el respeto debido. La vida de ustedes, señores embajadores, está por encima de la nuestra, pero que quede claro que el mando lo tenemos nosotros”.

Siguen los tiros afuera y hay una cantidad de periodistas exponiéndose, queriéndose meter en la embajada. Alguno de los compañeros propone que permitan el ingreso de uno de ellos. El comandante piensa que la idea no es mala y desde la ventana del primer piso grita:

–¡Que venga un periodista!

Inmediatamente, siete se van como tromba hacia ellos.

–¡Paren! ¡Desvístanse!

En un instante, cuatro se quitan la ropa y quedan en calzoncillos. Pero pide que venga el que está enseguida de la cigarrería. El hombre se acerca como un robot.

El Comandante pide al Nuncio Apostólico que se pare frente a la ventana del lado izquierdo; desde ahí podía ver el garaje y prevenir cualquier intento del ejército. Le indica al periodista que entre con los brazos en alto y mirando hacia el frente. Pasa su tarjeta de identificación profesional por la ventana, y verifica que es Guillermo Franco, reportero de la revista colombiana *Vea*. El Comandante le dice:

–Señor Franco, necesitamos comunicarnos con el Presidente de la República; dígame que nos llame.

–Sí, como no, Comandante. ¿Qué otra cosa se les ofrece?

–Mire, en las escaleras hay una tula grande que se nos cayó al entrar; déjela en el garaje.

Mientras el hombre, dudoso, va por la tula, el Ejército le grita que no toque eso, y el Comandante le grita:

–¡Hágalo! ¡Aquí usted recibe órdenes más!

El hombre agarra la tula y lentamente la lleva al garaje

–¿Qué más hago, Comandante?

–Empuje esa escopeta que está junto a la entrada. Además, necesitamos una walkie-talkie para hablar con la gente que está afuera.

No pasa mucho tiempo y vuelve el periodista, siempre en calzoncillos, con el aparato de comunicaciones.

Los militares también podían comunicarse y querían imponer sus condiciones.

–No, señor –contestaba el Comandante Uno–. Usted aquí no manda; usted manda afuera a sus soldados. Acá mandamos nosotros, los del M19. ¡Y póngaseme firme! ¡Cambio y fuera!

“El hombre quedaba berraco; y mientras tanto nosotros gozándonos la vaina”.

Esperaban que el Gobierno los llamara en cualquier momento, pero entraban llamadas de todas partes: “¡Estamos con ustedes!” “¡Que verraquera. Así se hace!”.

Dice el Comandante Uno: “Uno con los nervios crispados, y el teléfono repicando sin cesar...”. Por fin llegó la llamada que esperábamos, a las cinco de la tarde. Era el canciller. Contestó el embajador Ricardo Galán: “Qué tal Diego... Sí, el Movimiento 19 de Abril se tomó la embajada y nos tiene como rehenes. Ellos piden que venga una persona para mandarle un mensaje al Gobierno. Dicen que aceptan hablar con Daniel Samper, Enrique Santos Calderón, Gabriel García Márquez, o con Alfredo Vásquez Carrizosa”. Al rato el canciller Uribe Vargas vuelve a llamar para comunicarnos que Vásquez aceptaba la misión.

El Gobierno iba a conocer sus demandas y eso acercaba la posibilidad de una negociación. Por primera vez el gobierno colombiano se sentaría a negociar con la guerrilla.

A las nueve pasadas anuncian que el negociador y su acompañante han llegado. La reunión tendría lugar cerca de la puerta, donde había un muro y una ventana grande. El Comandante Uno se dirige a Vásquez: “En primer lugar, doctor, queremos agradecerle que haya aceptado venir; esto es un problema grave, y nuestra organización no desea este tipo de acciones. Nos hemos visto obligados a realizarla por circunstancias que usted como presidente del Comité de Derechos Humanos conoce mejor que nadie”.

Al tercer día Pedro, un compañero del Comandante, propone izar la bandera de la organización, que fue elaborada con tela de algún vestido, en la azotea de la embajada. Mandaron a eso a un joven y al cónsul de Jamaica; con ellos

subieron Omar y Pedro, y la plantaron a la vista de todo el mundo. Ese día recibieron una llamada del canciller. Acordaron con él iniciar un diálogo al día siguiente, sábado, a las nueve de la mañana. Pero la vaina no era así de fácil, y comenzaron las peleas por cómo iban a hacer el diálogo, en dónde y con quién.

Primero les propusieron ir a alguna oficina cercana del Gobierno. “Eso nos da risa; nos parece una falta de seriedad. ¿Quién garantiza la seguridad de nuestro legado? ¿Cómo así que vamos a negociar a puerta cerrada? Si quieren un cuarto cerrado vengan a la embajada. Aquí sobra espacio. Nos comprometemos ante el mundo entero a respetar la vida de las personas que vengan a dialogar...”. Pero no aceptan. Proponemos entonces una fórmula intermedia: que sea en la zona verde que esta frente a la embajada a plena luz. Pero tampoco aceptan. Entonces, pues hagámoslo en una camioneta pero sin puertas; necesitamos tener control sobre la situación.

Que viene una camioneta el sábado y el Gobierno envía dos representantes. Todo se acordó por teléfono.

El Gobierno escogió como representantes a Camilo Jiménez y Ramiro Zambrano y ellos escogieron a un representante del grupo de los diplomados y la Chiqui, “una compañera disciplinada y clara en su concepción política”. Con la lista que el Comandante Uno había hecho, se demostraría que en Colombia sí hay presos y que se les está dando un mal trato. También se tocó el tema del rescate, los países a donde podrían viajar y las condiciones de salida. El M19 pensó que salir para Cuba era, desde todo punto de vista, la mejor opción. Pero no sabía si el Gobierno la aceptaría. Por esos días Fidel Castro envió una carta donde les ofrecía asilo como un aporte a la búsqueda de una salida incruenta al conflicto.

Los días pasan.

Ahora están todos reunidos en el segundo piso, cada cual con su maleta. Es el momento que han esperado segundo a segundo por dos meses. Todos con su boina negra, nueva y un pañuelo con los colores de la bandera del M19 cubriéndose medio rostro. Sus sudaderas lavadas y sus armas limpias. Son las siete del día 27 de abril.

Frente al avión todo es tensión. Cuando se encuentran allí, lo primero que dice el Comandante Uno es:

—Ahí está el avión. Es de Cuba. Pero no están encendidos los motores. Advierto que no subimos hasta que no esté listo.

Como ninguno de nosotros conocía al embajador cubano, podían haberlo suplantado.

El avión prende sus motores.

–Vamos subiendo –dice el Comandante Uno.

El avión empieza a carretear, toma velocidad y despegue. Todo el mundo vio el despegue del avión. “¡Allá van los muchachos! ¡Se salvaron! ¡Salieron con vida!”. La alegría del pueblo era inmensa: en sábanas pintadas que la gente había puesto en los tejados se leía: “¡Adiós, muchachos! ¡Regresen pronto!

Rosenberg Pabón, cuenta que luego de los acuerdos de paz firmados por el M 19 y el gobierno nacional, se lanzaron a la vida política en las ciudades. En la Asamblea Nacional Constituyente, la Alianza Democrática M-19 y el Movimiento de Salvación Nacional decidieron lanzar listas únicas. El movimiento M 19, obtuvo 19 escaños, gracias a los votantes que estuvieron cerca del millón. De esta manera se vincularon a la sociedad civil. Posteriormente, Pabón fue Alcalde del Municipio de Yumbo, y en el segundo mandato del Presidente Uribe lo nombraron Director General del Departamento Nacional de la Economía Solidaria, Dan-Social.

Cuando uno llega al Hospital San Juan de Dios, en la ciudad de Cali, siente el ambiente difícil, duro y tenso que rodea todo el sitio, y ve rondar por todas partes personas que viven en la miseria.

Pasar adentro es otra cosa: paredes viejas con pintura deteriorada y pisos picados. El visitante no tarda en darse cuenta de cómo se maneja la salud para ciertos estratos que no tienen como pagar una EPS y esto no les permite tener una atención adecuada.

Seis de la tarde. El pasillo de la sala se encuentra lleno; sin embargo, todo está en calma.

Lleva zapatos rotos, ropa sucia, uñas largas y mugrientas. Se llama Pedro o por lo menos así dice llamarse. Es un habitante de la calle. Acaba de tener una pelea “con *una gonorreíta*”, como dice él en tono fuerte, por tres pedazos de cartón donde descansa en las noches en una calle vecina al hospital. Dice que le duele mucho el abdomen.

La rutina en esta sala de urgencias obliga a los pacientes, o por lo menos a pacientes como Pedro, a esperar varias horas antes de ser atendidos, si están casi muertos la cosa cambia, pero por el momento Pedro tendrá que esperar un largo rato sentado allí.

Dice una aseadora que trabaja hace muchos años allí: “Me parece injusto que los pacientes tengan que dormir en el piso de los pasillos y muchas veces cuando todo está tan congestionado, hasta en la calle, porque no hay dónde estar aquí adentro, pero uno no puede hacer nada. A la final el rico se roba la plata y el pobre paga los platos rotos”. El estado del hospital a veces es crítico y al paciente le toca sentarse a pedirle a Dios que haya medicamentos para él.

El Hospital San Juan de Dios de Cali es una entidad privada, sin ánimo de lucro, que se asemeja en todo su funcionamiento a una entidad pública. Además, más del 65 % de sus recursos provienen del Estado. Una de las causas primordiales de la problemática actual que está identificada en dicho centro es la elevada carga prestacional y por lo tanto, la solución es el reordenamiento institucional del hospital con los costos sociales y financieros que ello implica. Sin embargo, el origen de esta problemática es multifactorial; es decir, no depende únicamente de la planta de personal del hospital.

Junto a Pedro se encuentran cinco o seis personas conectadas a una pipa de oxígeno y una mujer con una necrosis en su pierna derecha esperando una orden del médico de turno para amputar su extremidad.

Caras diferentes día a día son las que arman la historia de esta sala de urgencias. “En un lugar como este el ir y venir de historias es constante, un sinfín de situaciones llegan aquí cada día”, dice el jefe de esta unidad quien está cubriendo su turno de 24 horas. Sus ojos rojos son sinónimo de la falta de sueño, un internista, un cirujano, dos médicos generales, cuatro enfermeras y unos cuantos médicos internos hacen parte del personal de esta noche. Varios médicos especialistas hacen guardia desde sus casas.

Los médicos internos con sus ganas locas de graduarse parecen saltamontes de un lado a otro recogiendo información de todos los pacientes que se encuentran en el pasillo de la sala para luego definir el orden de entrada a los cubículos de esta. Sin duda esto para ellos es algo nuevo y en comparación al jefe de la unidad tienen las energías al 100 %. En una charla entre un grupo de internos y un médico internista se escucha cómo este les cuenta un caso particular: “Hace pocos días a esta misma sala llegó una paciente con episodios febriles, vómito, una anemia muy marcada y al parecer inmunodeprimida por culpa de un VIH avanzado. Aquí no logramos hacerle nada y decidimos remitirla a otro hospital donde antes de llegar murió, ahora el hospital está en proceso por supuesta negligencia pero no se trata de eso, se trata de que cuando ya no se puede hacer nada por alguien es mejor salirse del problema. Por su inexperiencia es duro, así mismo es para todos las primeras veces, pero estas decisiones se aprenden

a tomar con el pasar del tiempo”. Este caso fue portada de periódico y noticia de televisión.

Diez de la noche. En la ciudad muchas personas ya duermen, pero la sala de urgencias aun está despierta, aunque con la noche llega un poco de silencio, los pasos del personal se escuchan más firmes y un molesto ruido procedente de un viejo aire acondicionado que interrumpe el sueño de aquellos pacientes que en su larga espera deciden dormir.

Una ambulancia en las afueras del hospital espera ser llamada a una emergencia, aunque no todas las emergencias son tan afortunadas de llegar en alguna ambulancia, muchas llegan como pueden: en taxi, moto o muchos a pie como Pedro que ya logró entrar a uno de los cubículos de la sala para ser atendido.

Suena una sirena de ambulancia. Parece que se le adelantaron a la que espera afuera del hospital, de repente todo se convierte en caos, médicos y enfermeras entran rápidamente con una joven en una camilla, enseguida llegan los padres, la puerta de la sala de urgencias se cierra y una enfermera les dice: “Hasta aquí pueden pasar, tomen asiento, si es apendicitis será necesario operar, tengan calma”. La madre hace caso omiso e insiste en seguir gritando frases que nadie entiende, su esposo logra calmarla. “Tiene peritonitis, una avanzada infección intestinal, no hay esperanzas, si se salva es un milagro, solo queda esperar la evolución después de la operación”, dijo el médico un rato después de que la joven entrara a la sala, efectivamente las esperanzas no existían, el milagro nunca sucedió y nunca pudieron ver la evolución. Luego de la operación la joven murió.

A veces se arma un alboroto entre algunas enfermeras: hablan sobre el fantasma de una monjita. Este viejo hospital lleva más de 250 años funcionando, tiene misterios que se salen de los parámetros de cualquier enigma médico. Sandra, una de las enfermeras del alboroto lleva trece años laborando en el hospital, se conoce de pies a cabeza la historia de este y sobre todo de la que están hablando en ese momento: “A mediados de los cincuentas, hubo una explosión de varios camiones del Ejército Nacional cerca al hospital. Esta produjo la muerte de una hermana de la caridad que en ese tiempo trabajaba aquí. Desde ese momento dicen que sus pasos se pierden a lo largo pasillo de la sala de urgencias; muchos la vemos, otros escuchan sus pasos, pero eso sí nunca habla”. Siendo una de las personas que la ha visto, Sandra da fe que esta historia es real y asegura que todavía siente terror cuando pasa tarde de la noche por esos pasillos sola; sin embargo, otros miembros del personal están muy lejos de sentir miedo. Edward, otro enfermero que está tomándose una taza de café en una silla del pasillo dice con mucha naturalidad y cierto tono burlesco: “Sí, por ahí se escuchan cosas

raras pero ya es costumbre, luego se nos olvida y seguimos trabajando normal. La mayor impresión es para los nuevos que son los que se pegan severos sustos, sobre todo en sus rondas nocturnas cuando de repente ven caminar por algún pasillo a la monjita”.

En el mismo pasillo donde Edward toma café hay un cartel informativo, tiene pegados varios afiches que hablan sobre prevención de ciertas enfermedades, horarios de turnos del personal y uno que llama mucho la atención por ser el más grande y por su contenido: “Los trabajadores solicitamos y exigimos de manera cordial el pago de nuestro salario del mes de mayo y las primas semestrales”. Notablemente el hospital atraviesa una crisis económica y esta se ve reflejada en muchos aspectos.

La situación en el Hospital San Juan de Dios de Cali cada vez es más crítica.

El anuncio lo hizo el presidente del Sindicato, Pablo Julio Rodríguez, quien denunció que 140 trabajadores de los 227 que hay en el centro asistencial no tienen seguridad social. “Aquí la afiliación es para el que tiene una enfermedad terminal, sino no tiene derecho”.

Lo mismo dijo un auxiliar de enfermería que lleva 19 años vinculado al hospital. “De la única manera que uno puede tener una EPS es cuando resulta con una enfermedad grave”, precisó el hombre que prefirió no dar su nombre.

La situación fue confirmada por Iván González, director del San Juan de Dios. “No son tantas personas desafiadas porque hemos tratado de responder dándoles soluciones a las personas que tienen una situación aguda de salud. Para nadie es un secreto que venimos de una lamentable crisis y estamos tratando de sanar dificultades.

“Nosotros mantenemos totalmente copados, si se desocupa un cubículo o una camilla del pasillo ya hay cinco o seis personas peleándose para cogerla, aquí se hace todo lo posible por mantener en buena forma la cuestión de los medicamentos e insumos a pesar de la situación crítica”, afirma el administrador de la sala de urgencias y concluye diciendo: “Tenemos buenos médicos especialistas y cirujanos, eso es un punto a favor”.

Pero los problemas de iliquidez no sólo los enfrentan los empleados y jubilados. Carlos Valencia todavía con sangre corriendo por su cara, después de un accidente automovilístico, sostuvo que “los médicos son buenos, pero qué hacen ellos si no hay con qué atenderlos. Es lamentable porque en el hospital se trabaja con las uñas”.

Contó que llevaba cuatro horas en el pasillo de urgencias esperando la atención. Dicha situación también es lamentada por el director del hospital.

González dice que los proveedores “le han dado una mano con los insumos”, pero asegura que el inconveniente más grave que enfrenta el centro asistencial de segundo nivel es el sobrecupo. “Necesitamos que la gente nos entienda. Este no es un problema sólo del hospital, es un problema por falta de más centros de mediana complejidad”.

El jefe de la unidad, que de las 24 horas de su turno apenas lleva 12, dice: “A veces hacen falta insumos; a veces hay que decirle a los familiares de los pacientes que compren las cosas para poderlos atender. Cuando un hospital tiene sobrecupo y hay tantos pacientes como aquí que llegan más de 100 diarios, entonces uno trabaja con presión porque no se puede dedicar bien a cada persona y en ocasiones todo se termina haciendo a medias; sin embargo, hay mucha disposición para trabajar bien con todos los pacientes y los internos ayudan demasiado. A pesar de mantenerse constantemente copado, los días críticos son los fines de semana; sobre todo quincena o fines de mes y si hay un partido de fútbol uno se prepara para tener un día y una noche de locos”.

Cada mañana los cinco cubículos donde se atienden a los pacientes están igual de llenos que el día anterior. En el pasillo solo se encuentran un par de internos. Es hora de cambio de turno.

Aquellos cubículos han visto más que los propios médicos y guardan anécdotas que tal vez nunca se sabrán. Hoy, en los cubículos, hay una mujer embarazada con contracciones pero los médicos creen que aún no es momento, así que debe estar controlada. También se encuentra un hombre grave, quien recibió una puñalada, y que está acompañado de su madre que solo llora. Un niño muy pequeño con su mano inflamada producto de un aplastamiento con un bloque de cemento, y dos borrachos que terminaron siendo golpeados por un par de indigentes completan la población de los cubículos. Una enfermera que cura las heridas de estos, asegura tener buena espalda para los borrachos. Dice que en casi todos sus turnos atiende hombres borrachos que se han quedado dormidos en la calle; que han sido atracados, golpeados o que han sufrido algún accidente. Esta buena espalda la confirman los dos borrachos que está atendiendo.

Luego llega una patrulla de policía con su sirena encendida. “Usted estaba tomando”, le dice la enfermera en tono fuerte y dándole palmadas en los pómulos a un hombre que llega en una camilla inconsciente, custodiado por un par de policías; el hombre, dicen, es un posible asesino.

Carlos Arturo, es el encargado de vender minutos y tintos en las afueras de la sala de urgencias desde hace seis años. Hoy es un conocedor de todos los procedimientos que se llevan a cabo en este lugar y ha sido testigo del dolor, de la tristeza, del mal genio de la gente que allí llega; pero él dice que ha aprendido a entender esas situaciones: “La sala de urgencias es una parte que no tiene consistencia; hay momentos críticos y otros calmados. Es un área donde prácticamente de un momento a otro llega la emergencia; hay gente que llega muy desesperada, agobiada; o de mal genio y muy grosera. Uno los atiende dependiendo de la situación en la que lleguen”.

Llega un niño con un golpe la cabeza, en compañía de su madre que no se le separa ni un minuto debido a que la enfermedad mental que sufre Marcos no se lo permite. La misma enfermera que atendió a los borrachos revisa al niño, “hay que tomarle unas radiografías”, exclama, y se lo llevan a realizárselas.

Ella dice: “Lo más complicado o no complicado, sino cruel, es atender niños, porque los niños lo incapacitan mucho a uno, como Marcos que no es capaz de explicar cómo es su dolor; entonces uno no logra entender que le duele”. Más tarde llegan las radiografías y deciden dejarlo en observación.

A las ocho de la noche Marcos duerme en un cubículo; el presunto asesino está en sala de observación. Cuando despierte tendrá uno de los peores guayabos de su vida. Los policías no se han separado de él ni un segundo. Esperan que despierte para llevarlo a declarar.

Llega la medianoche, es fin de semana. Consultorios llenos al igual que los cubículos de la sala. Pasillos llenos de pacientes con el rostro demacrado, caras ansiosas, médicos, internos y enfermeras tratan de mantener el control de los pacientes. El sonar de una ambulancia los pone en alerta. “Ingrésenla rápido a la sala de cirugía”, grita uno de los paramédicos de la ambulancia que llegó con una bebé de un año al hospital. Luego se pierden al final del pasillo.

El área administrativa se encuentra vacía, el vigilante de turno en la entrada principal, trata de controlar a una persona que exige entrar pero adentro todo está copado; deberá sentarse en el andén y seguir esperando. Carlos Arturo con su carrito de tintos se despidió del visitante con una simpática sonrisa y un sencillo pero agradable “¡hasta luego!”.

¿No le da miedo trabajar tan cerca del M19?

Lina María Ceballos Ospina

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó.
—Me toca maadugar; pero ese turno...

En la mañana del día...
—¿Hé...?

—Me toca maadugar pero ese turno es...
—Hala, pero... Imagínate que los guardan...
—Buenos días, Tino. Me voy a ir...
—En la oficina del hospital...
—Por lo cual le dice que...
—¿Entonces qué hacemos...? —le dice Enaida...
—Hala, pero... Imagínate que los guardan...
—Buenos días, Tino. Me voy a ir...
—En la oficina del hospital...
—Por lo cual le dice que...
—¿Entonces qué hacemos...? —le dice Enaida...

—Bueno, mi hijo, que el Señor y la Virgen la acompañen...
—Buenos días, Tino. Me voy a ir...
—En la oficina del hospital...
—Por lo cual le dice que...
—¿Entonces qué hacemos...? —le dice Enaida...

—Bueno, mi hijo, que el Señor y la Virgen la acompañen...
—Buenos días, Tino. Me voy a ir...
—En la oficina del hospital...
—Por lo cual le dice que...
—¿Entonces qué hacemos...? —le dice Enaida...

—Bueno, mi hijo, que el Señor y la Virgen la acompañen...
—Buenos días, Tino. Me voy a ir...
—En la oficina del hospital...
—Por lo cual le dice que...
—¿Entonces qué hacemos...? —le dice Enaida...

—Bueno, mi hijo, que el Señor y la Virgen la acompañen...
—Buenos días, Tino. Me voy a ir...
—En la oficina del hospital...
—Por lo cual le dice que...
—¿Entonces qué hacemos...? —le dice Enaida...

—Bueno, mi hijo, que el Señor y la Virgen la acompañen...
—Buenos días, Tino. Me voy a ir...
—En la oficina del hospital...
—Por lo cual le dice que...
—¿Entonces qué hacemos...? —le dice Enaida...

—Bueno, mi hijo, que el Señor y la Virgen la acompañen...
—Buenos días, Tino. Me voy a ir...
—En la oficina del hospital...
—Por lo cual le dice que...
—¿Entonces qué hacemos...? —le dice Enaida...

—Bueno, mi hijo, que el Señor y la Virgen la acompañen...
—Buenos días, Tino. Me voy a ir...
—En la oficina del hospital...
—Por lo cual le dice que...
—¿Entonces qué hacemos...? —le dice Enaida...

—Bueno, mi hijo, que el Señor y la Virgen la acompañen...
—Buenos días, Tino. Me voy a ir...
—En la oficina del hospital...
—Por lo cual le dice que...
—¿Entonces qué hacemos...? —le dice Enaida...

Ma... octubre de 2011

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Enaida revisa el turno del próximo día: es el de siete de la mañana a una de la tarde.

—¿Entonces qué hacemos...? —le dice Enaida...
—Buenos días, Tino. Me voy a ir...
—En la oficina del hospital...
—Por lo cual le dice que...
—¿Entonces qué hacemos...? —le dice Enaida...

—Bueno, mi hijo, que el Señor y la Virgen la acompañen...
—Buenos días, Tino. Me voy a ir...
—En la oficina del hospital...
—Por lo cual le dice que...
—¿Entonces qué hacemos...? —le dice Enaida...

—Bueno, mi hijo, que el Señor y la Virgen la acompañen...
—Buenos días, Tino. Me voy a ir...
—En la oficina del hospital...
—Por lo cual le dice que...
—¿Entonces qué hacemos...? —le dice Enaida...

—Bueno, mi hijo, que el Señor y la Virgen la acompañen...
—Buenos días, Tino. Me voy a ir...
—En la oficina del hospital...
—Por lo cual le dice que...
—¿Entonces qué hacemos...? —le dice Enaida...

Eran los tiempos del M19. Cuentan que en sus inicios –corría el año de 1974– los periódicos de mayor circulación en el país publicaron en primera plana durante cinco días en recuadros de no más de 10 cm y con tinta negra frases como:

“¿Decaimiento... falta de memoria? Espere M19”.

“¿Sabe usted qué es el M19?”.

“¿Falta de energía... inactividad? Espere M19”.

“¿Parásitos... gusanos? Espere M19”.

“Ya llega M19”.

Con estos anuncios el pueblo colombiano estuvo a la expectativa. Se especulaba que era una campaña publicitaria de un producto que podría ser desde una pastilla para la memoria hasta un laxante. Las amas de casa creyeron que se trataba del lanzamiento de un detergente. Lo que fuera sería un producto más para arrojar a su carrito de compras.

Pero toda esta incertidumbre terminó cuando los medios de comunicación informaron que el 19 de enero de 1974 de la Quinta de Bolívar hurtaron la espada del Libertador. Esto causó una gran conmoción en el Gobierno y en toda la nación. Fue un golpe de opinión y el comienzo de un dolor de cabeza más para las autoridades.

Fue así como el M19 inició su lucha ideológica marcada por la inconformidad por los resultados de las elecciones del 19 de abril de 1970, y conformado en su mayoría por disidentes del partido Anapo, derrotado por el Frente Nacional en cabeza de Misael Pastrana Borrero, y bajo la sospecha de fraude electoral. Eran profesores y estudiantes de varias universidades del país dispuestos a dar a conocer su mensaje revolucionario con el poder de la voz y de las armas.

Era el año de 1985. El M19 estaba próximo a cumplir su undécimo aniversario. Once años en los que la violencia de este grupo sacudió al país, entre secuestros, ajusticiamientos y tomas guerrilleras. Hubo algunos intentos de diálogos de paz con el grupo sin ningún resultado y el 6 de abril Carlos Alonso Lucio, vocero de este grupo, declaró ante los medios de comunicación:

“Los diálogos de paz están rotos, por lo que nos vemos ad portas de una guerra civil. Los miembros de la Policía Militar irrumpieron en nuestro campamento de paz, destrozaron nuestros símbolos, nuestra bandera y capturaron a veinte de nuestros miembros sin razón alguna”. Esa resolución fue comunicada a todos los líderes de los diferentes frentes en el país.

En la ciudad de Cali, Gloria Estela, una mujer de sesenta y ocho años, sentada en su mecedora y fumando un cigarrillo, narra el episodio más angustiante de su vida. Sin embargo, su voz es tranquila. En aquel entonces tenía cuarenta años. La casa en donde vivía estaba ubicada en el barrio San Cayetano, en el oeste de la ciudad; casa vieja de un solo piso, pero en muy buen estado, que a ella y a las cinco personas con quienes convivía les daba todo el calor de hogar que necesitaban. Gloria compartía su cotidianidad con su hermana Milena, quien tiene dos hijas, Claudia y María, y un hijo llamado Alfredo, de diez, trece y dieciséis años, respectivamente. Milena se había separado poco después de nacer Claudia y fue así como terminó viviendo con Gloria. Las niñas compartían la habitación y una litera. Eso sí, diariamente rifaban quién dormía arriba y quién abajo. Alfredo dormía solo en un cuarto más pequeño pero igual de acogedor. Gloria y Milena ocupaban sendos cuartos al fondo de la casa, de puertas grandes color azul celeste y enormes ventanales que cubrían con unas cortinas hechas por su madre quince años antes.

El cuarto de Gloria está lleno de fotos donde se lee que ella fue elegida reina en el Reinado de los Barrios de Cali. Por eso quizá es tan delicada; de movimientos suaves y calculados y hablar pausado y refinado. Aquel título le dio en su día la oportunidad de codearse con personajes y celebridades de la ciudad como el alcalde, el obispo y numerosos artistas. Aún se apega a un viejo comedor de

seis puestos. Ese mueble infaltable en cualquier hogar le trae remembranzas de viejos tiempos, cuando corría de un lado a otro arreglando su cabello y en la mesa del comedor su mamá daba los últimos retoques a los vestidos que le había hecho y luego los planchaba.

El 8 de abril de 1985 parecía que iba a ser otro día más. Se levantó, como todos los lunes, a las cinco de la mañana a quitarle el candado al portón, ya que alrededor de las seis y media llegaba de su día de descanso Luz Marina, la muchacha que les ayudaba con las cosas de la casa y a cuidar a los niños. Hecho esto se recostó en su cama media hora más pero a las seis en punto estaba bañándose y cumpliendo con su rutina de peinado y maquillado. Ella es de esas mujeres que no puede salir con el cabello húmedo y la cara lavada. Indecisa, sin saber qué ponerse, abrió el armario y empezó a reburujar entre una gran cantidad de vestidos, conjuntos, zapatos, carteras. Le encantaba probarse docenas de cosas. Para ese día eligió un conjunto amarillo que le llegaba justo a la rodilla, sandalias altas doradas y un bolso que hacía juego con todo. Cuando se aprestaba a pintarse los labios entró Luz Marina, que apurada le dijo: “Doña Gloria, ya le preparo el desayuno” –y mientras cerraba la puerta refunfuñó–: “¡Estos chinchos no se han levantado y van a llegar tarde al colegio!”.

Después de desayunar Gloria se despidió de todos, abordó un taxi y se dirigió a la Comisaría Occidental en el barrio El Lido, justo frente al barrio Siloé. Recuerda que mientras iba camino a su trabajo el taxista le comentó:

–¿A usted no le da miedo trabajar tan cerca del M19?

Gloria frunció el ceño y le respondió:

–Nada tenemos que ver con ese asunto. Eso déjeselo a la Policía.

El taxista sonrió irónicamente y replicó:

–¿Usted cree que a esos tipos les importa eso? No, mi señora, ellos van a ir contra todo y más ahora que ese guerrillero Lucio declaró que las cosas iban a seguir igual.

Gloria prefirió llevarle la idea y asintió.

Esta era la segunda advertencia que le hacían, pues su hermana le había dicho después de haber escuchado la declaración de Lucio: “Gloria, cuidate mucho; mirá que en cualquier momento pueden hacer algo estos inadaptados en la ciudad y vos estás muy cerca. No andés sola”.

La comisaría estaba ubicada en una esquina, y allí la dejó el taxista que sin saberlo le había presagiado un evento que ella ni en sus peores pesadillas había imaginado. Entró a la casa vieja de tres niveles, de fachada gris despellejada por el paso de los años y la lluvia, y saludaba a uno que otro compañero que se encontraba al paso. En el primer piso se encontraban los calabozos, a donde iban a parar los delincuentes capturados in fraganti o también personas sindicadas de algún hecho punible mientras se definía su situación. El segundo piso era el centro de trabajo y en él se encontraban la oficina de Gloria, la del mayor Salas, jefe de policía de la comisaría; la del mayor escribiente y la del comisario; todas ellas sin ningún tipo de decoración y por todo mobiliario unas cuantas sillas Rimax, algunos archivadores grandes y los viejos escritorios de madera. Solo las flores en el escritorio de Gloria, que variaban según el ánimo de quien las enviaba, marcaban la diferencia en tan rutinario sitio de trabajo. El último nivel era una terraza como cualquier otra, con un lavadero que no cumplía ninguna función, los usuales tendederos y unas rústicas escaleras de cemento para su acceso. El misterio de esta casa estaba justamente en la terraza, que contaba también con unas escaleras exteriores.

Para ese día Gloria debía enfrentar un turno de veinticuatro horas, que en una situación normal y sin sobresalto la permitiría dormir encima del escritorio: “Cuando uno es joven y tiene tanto sueño y cansancio cualquier sitio es bueno para dormir y descansar”, comenta Gloria mientras pone el café en la mesa del comedor. Ese día transcurriría como cualquier otro. Terminó unas providencias, se rió un rato con las ocurrencias de sus compañeros y salió a almorzar. Lo mismo de todos los días.

A las tres de la tarde había un sol desesperante. En ese momento en la puerta de la comisaría, en el primer piso, se escuchaban risotadas y bromas de los compañeros que hacían comentarios como “Lo dejaron salir de la perrera”; “después que no nos ponga una bomba...”. “Bien pueda, lo dejamos seguir”. Se burlaban del hermano de Antonio Navarro Wolff, conocido comandante del M19. Cuando terminaron las burlas y los cuchicheos, el hombre que las motivaba respondió en firme y alta voz: “¡Yo no soy mi hermano! Solo soy un maestro de la Universidad del Valle que ha tenido un inconveniente y quiero hacer uso del mecanismo legal que rige en mi país”. Esas palabras callaron a todos. “Cuando entró a mi oficina atendí su diligencia como si se tratara de cualquier civil”, cuenta Gloria y dice que lo recuerda muy bien por el parecido con el comandante insurgente. La diligencia terminó poco después de las cuatro de la tarde y el día continuó su marcha.

Mientras tanto, afuera de la comisaría se respiraba un ambiente tenso. Varios encapuchados con mochila tocaban a las puertas del barrio Siloé con bolsa azul en mano llena de mercado y anunciaban: “¡Aquí va a haber bala! Vamos a hacer justicia y no queremos que salgan de sus casas”.

Gloria dice: “Yo no me podía imaginar que todo eso pasaba afuera. Si tan solo hubiera acompañado a mis jefes, o si se me hubiera ocurrido salir a comprar algo, lo que fuera, me habría librado de lo que pasaría”.

Una mujer a dos cuadras de la comisaría fue la más afectada. Era vendedora de chance y estos sujetos le tumbaron el cajón del chance y le quitaron todo el dinero que había recaudado hasta el momento.

Ese día la promesa del M19 de declarar una guerra civil se concretaría en un triple atentado en la ciudad de Cali: contra la estación de Comuneros, contra la estación de la Campiña y contra la Comisaría Occidental. Eran el blanco perfecto. La hora acordada para el ataque era a las siete y quince de la noche, justamente cuando en todas las estaciones y comisarías de la ciudad se hacía el cambio de turno. En la Comisaría Occidental los oficiales habían acordado salir a una tienda a tres cuadras para tomarse unas cervezas. Los demás policías se dirigieron a la estación Alameda a realizar orden cerrado para finalizar su turno. Gloria era la única que permanecía dentro del lugar. Todo parecía tranquilo y en paz. Pero la paz terminó cuando inesperadamente entró a la comisaría una pareja. “Era normal –comenta Gloria–. La gente solía ir a las horas más inadecuadas a hacer preguntas tontas o a solicitar el servicio, pero la actitud de ellos me resultó extraña”, agrega con un gesto de rabia y casi que gritando quizá por la impotencia por no prever que tal acontecimiento extraño sería solo el preámbulo de un evento traumático de su vida. La mujer era blanca, de ojos color miel, alta, delgada; daba la impresión de no ser de esa zona. Su acompañante era un sujeto corpulento, trigueño, de cabello negro y ojos color café. La actitud de ambos la atemorizó porque entraron a todas las oficinas y por último interrogaron a Gloria:

–¿Por qué no hay nadie en las oficinas? ¿Hasta qué horas se encuentra usted sola? –preguntó la mujer, quien nunca se identificó.

–Buenas noches –le respondió Gloria–. En este momento se está realizando cambio de turno en otra estación, si gusta puede esperar.

–¿Esperar? –respondió la mujer– Yo no tengo por qué esperar. Es más: en este momento me voy a dirigir al despacho del secretario de Gobierno, que es muy

amigo mío, a reclamarle que en esta estación no hay nadie para recibir las denuncias.

Al tiempo, el acompañante, quien se mostraba tranquilo, recorría sutilmente la comisaría de un lado a otro, como si estuviera buscando algo. La mujer continuó reprochando el trabajo mediocre que, según ella, realizaban ahí. Gloria, desesperada y un poco salida de quicio, interrumpió a la mujer:

–Siga a mi oficina. Vamos adelantando la diligencia mientras mis superiores llegan.

Pasaron a la oficina y Gloria respiró profundo.

–Permítame los documentos de quien realiza la denuncia –dijo Gloria, que logró calmarse y extendió su mano para recibir la cédula que le ofrecía la mujer.

“Mientras me contaban del delito del que habían sido víctimas los noté ansiosos: miraban por la ventana y luego, de vez en cuando el reloj. La mujer constantemente acariciaba los pendientes que llevaba puestos. De un momento a otro me sentí nerviosa y mi corazón empezó a palpar muy rápido, como presintiendo que algo malo sucedería. Quise llamar a la casa, pero me encontraba ocupada con este caso, que ni siquiera correspondía a la comisaría. ¡Qué cosa mas tonta! Recuerdo que era un delito menor. Les habían hurtado, decían ellos, una cámara acuática y un par de joyas” –comenta Gloria cuando describe la angustia del momento.

Esa extraña sensación de Gloria solo la hicieron acelerar su escritura a máquina, que se interrumpió con un ruido ensordecedor: afuera había estallado un petardo. Gloria quedó aturdida. Sin embargo, las personas de la denuncia no corrían, ni gritaban, ni estaban asustadas.

–¡Todos abajo! –gritó Gloria– ¡Busquemos la salida!

Los guerrilleros del M19 que atacaban la estación, fuertemente armados, estaban en los tejados, tras los muros y en medio de los matorrales. Gloria y sus acompañantes no podían salir de la oficina y ella se resguardaba tras cualquier cosa que la hiciera sentir segura. Diez segundos después de la explosión llovieron ráfagas de metralleta contra la comisaría. Gloria gritaba y lloraba desesperada. “¡Paren, paren, por favor!”, decía acurrucada bajo su escritorio y escudada por la silla. Las balas pasaron muy cerca de ella. La pareja tan solo se agachó y le gritaba: “¡Cállese! ¡No dé tanta boleta!”. El hombre que estaba cerca de ella agarró el

documento de identidad que había dejado encima de la mesa, sin que Gloria se diera cuenta, y continuó con una actitud indiferente a lo que estaba sucediendo; tanto así que sacó la cabeza por la ventana como si estuviera cerciorándose de que las cosas estaban saliendo según lo planeado. La mujer misteriosa le gritó desde la otra esquina de la habitación:

–¿¡Cómo va todo allá afuera!?

–¡Todo en orden, mi comandante! –respondió él.

“Lo único que pasaba por mi mente en ese instante era que debía protegerme de lo que venía de afuera; de los que había adentro me encargaría después, aunque la verdad, estaba muy temerosa de que ellos se encargaran de mí”, comenta Gloria con la mirada perdida, mientras revive cada escena con tal detalle que pierde el control de sus emociones y empieza a llorar.

En medio de la desesperación, Gloria dirige su mirada al viejo archivador de su oficina. Sabía que era un objeto pesado y nunca había visto a nadie que hubiese tenido la valentía de moverlo, ni siquiera para limpiarlo. Así, se arrastró por el reducido espacio que dejaban las balas y tomando toda la fuerza que brindan la angustia, el temor, de dos empujones tumbó el mueble y grito: “¡Sí, hijueputa!”. De repente empezó a sentir mareos y se desplomó. “Estoy segura de que mi pérdida de conocimiento se debió a alguna sustancia que me tiraron. ¡Tan fácil que es dar escopolamina!”. A lo lejos se escuchaban las sirenas de las patrullas de policía que no lograban subir, pues toda la ciudad era un caos. Las demás estaciones atacadas sufrieron graves daños y había catorce policías heridos. Pero en la comisaría donde trabajaba Gloria los ataques no cesaban y la razón era simple: tenían que esperar a que los demás guerrilleros llegaran al campamento y asegurarse de que la policía no lograra atacarlos o darles de baja.

Mientras tanto, Gloria era sometida a patadas por parte estos sujetos misteriosos que habían logrado entrar valiéndose de mentiras.

–Ayúdame a despertarla –decía el hombre, cogiéndose la cabeza–. No me importa cómo. Si no, le doy un “pepazo”. Pero créeme que en mis planes no está cargarme un muerto –le dijo a la mujer a quien había llamado “comandante” minutos antes.

“Cuando empecé a reaccionar recuerdo que estaba tras el archivador, pero no me explicaba por qué. No sentía el cuerpo; estaba mareada y desorientada.

Cuando miré a los sujetos no lograba identificarlos, pero el ruido de las balas continuaba, y sin recordar nada sentí la necesidad de protegerlos”.

En ese momento a Gloria la invade una risa nerviosa y comenta: “Fue mi culpa que esos delincuentes pudieran huir. Yo les proporcioné la salida”. Y de cierta manera lo había hecho. Confundida e inocente, les dio las llaves de la terraza y les pidió que se adelantaran asegurándoles que apenas se sintiera mejor los seguiría. Antes de irse arrancaron el oficio de la máquina de escribir. “Los vi alejarse. Inmediatamente me quité los zapatos y quise pararme pero no podía porque me dolía mucho la pierna derecha, lentamente procuré arrastrarme pero todo estaba empezando a tranquilizarse. Ya no había ruidos fuertes, pero sí mucha oscuridad. Las patrullas estaban muy cerca, así que preferí quedarme quieta y esperar a que alguien llegara a auxiliarme”.

Afuera los guerrilleros del M19 emprendieron la huida. Derramaron aceite en la calle que conducía a la loma para impedir el acceso de los carros y motos de las autoridades. El ruido ahora era el murmullo de la multitud que se acercaba poco a poco, intrigada por lo que había sucedido.

La principal preocupación de las autoridades era que hubiese por ahí algún artefacto explosivo que empeorara la situación, pues en camino estaban la prensa, el secretario de Gobierno y altos mandos de las Fuerzas Armadas para ponerse al tanto de lo sucedido ahí y evaluar los daños en la estación y en las viviendas aledañas.

Al auxilio de Gloria llegó un intendente de la policía de nombre Julián López, quien comparte su testimonio:

“Al verla sentada en el piso, con la poca luz de mi linterna y sin reacción, me preocupé. La moví bruscamente en varias ocasiones. Cuando supe que estaba bien, le extendí la mano, la cual ella con fuerza e intentó ponerse de pie pero perdió la estabilidad. Después de varios intentos fallidos le dije:

–Usted está muy fría. –Tomé sus manos y las froté con las mías– Voy a cargarla para que la atiendan en la ambulancia, ¿Está herida? ¿Cuál es su nombre? ¿Qué le ha sucedido?”.

Traté de hablarle todo el tiempo para mantenerla atenta.

–No creo... En verdad no lo sé –contestó–. Me llamo Gloria. –Miraba hacia todos lados y me preguntaba una y otra vez –¿Me puede explicar qué es lo que está pasando?

–Tranquila, ya tendrá tiempo para saberlo”.

Esto cuenta el intendente López, quien tiempo después logró establecer un vínculo cada vez más estrecho con ella. La sacó de los escombros y el desorden y la entregó a los paramédicos. Se dirigió, entonces, a donde su superior y le rindió el informe de su inspección. En respuesta a esto el mayor Álvarez dio la orden de citar a interrogación a los demás funcionarios.

En la ambulancia Gloria supo de qué era lo que le impedía caminar: un hematoma de gran tamaño en su pierna derecha. Los paramédicos la sedaron y la trasladaron al Hospital Departamental.

Al otro día, cuando Gloria se despertó, todo estaba en calma y empezó a recordar poco a poco los hechos del día anterior. “Después del desayuno llegaron a interrogarme –cuenta ella–. Me hicieron las preguntas más tontas y creo que buscaban inculparme. Yo solo contaba lo que recordaba. Sabía que mis pruebas eran la cédula y la denuncia de los sujetos, pero ya no estaban. Solo con el tiempo y en mi proceso de recuperación logré recordar todo”.

Su familia había llegado al lugar desde el día anterior y no les dieron razón alguna. Su hermana Milena, que la acompaña mientras hace el relato de aquella tarde, la interrumpe continuamente para contar los episodios de angustia que vivió durante esos dos días: “En la radio escuché el extra del primer atentado. Yo estaba en mi día de descanso y me preocupé, pero mi angustia fue mayúscula cuando nombraron a la Comisaría Occidental, así que me apuré a vestirme y al tiempo intentaba llamar a la comisaría para pedir información pero no hubo respuesta. Le comenté a Luz Marina lo que estaba sucediendo y le encargué a los niños y que estuviera pendiente del teléfono y las noticias. Salí corriendo al lugar de trabajo de mi hermana que estaba rodeado de ambulancias y patrullas de la policía. El paso estaba restringido y no me daban razón de nada; decían que ahí no había nadie. Identifiqué a lo lejos a sus compañeros de trabajo y les pregunté, desesperada, por mi hermana. Me dijeron que ella estaba en la comisaría pero no sabían en qué estado. No sabía qué hacer y el corazón me palpitaba a mil. Decidí acudir a la EPS a la que estaba afiliada pero tampoco me dieron noticias de su paradero. Llamaba a la casa constantemente en espera de alguna noticia y nada, así que decidí ir a la casa para tratar de descansar y esperar el día siguiente para ir a la morgue, pero el solo hecho de pensarlo me agobiaba, así que me senté en la oscuridad a esperar que amaneciera. A las cinco de la mañana sonó el teléfono: era la policía que me pedía que me trasladara al Hospital Universitario para acompañar a Gloria. Cuando llegué allí me pareció

como si llevara muchos años sin verla. La abracé y no me separé de ella hasta tenerla en la casa”.

La situación médica de Gloria ameritó ocho días de hospitalización y varias infiltraciones en su pierna derecha, de la cual tardó un mes en recuperar su movilidad. Los periodistas y fotógrafos habían dejado de llamarla y buscarla a los cinco días del atentado. En el interrogatorio que les hicieron a sus compañeros de trabajo se logró comprobar que estaban evadiendo sus funciones con actividades que involucraron licor en horarios de trabajo. Algunos fueron suspendidos; otros despedidos, y a los demás se les hizo un llamado de atención en la hoja de vida. Para Gloria hubo unos cuantos ramos de flores de parte del gabinete municipal y dos meses de descanso y le aceptaron la solicitud de cambio de lugar de trabajo que había realizado después de salir del hospital.

Dos años después se casó con el intendente López, el mismo que le había ayudado a salir de la comisaría después del atentado, pues se habían seguido viendo dado que él era el encargado de allegar toda la información respecto al ataque del ocho de abril. Esto representó visitas, largas conversaciones y uno que otro detalle de parte de él.

Antes de que el M19 se desmovilizara y sus integrantes empezaran una vida más política y democrática, el ahora esposo de Gloria, Julián López, sufrió un atentado en los altos del barrio Siloé cuando se dirigía al complejo de carabineros y por poco lo arrojan por un abismo. El Intendente López, hoy sargento retirado, no vacila en repudiar las acciones de una organización cuyos hechos violentos contribuyeron de manera accidental para que surgiera la atmósfera ideal que permitió que Gloria y él vivieran una historia de amor en medio de la guerra.

Decisiones en el quirófano

Paola Andrea Macca

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó—

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó—

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encuen-

—Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó—

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encuen-

—Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó—

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encuen-

—Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó—

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encuen-

—Hi!

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó—

—Me toca madrugar; pero ese tur-

Ma... octubre de 2011

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Eneida revisa el turno del próximo día: es el de siete de la mañana a una de la tarde.

...no plato, todo empieza a cambiar resaca. Todos hablan y se rien entre ellos hojamos romero", dice Gloria mientras: así, porque sería eterno estar aquí para

...visitar Litany no sólo se salga satisfecho co a hecho a una excelente nueva amiga. Es ma e todos los visitantes coinciden al expresar q... re: nte realmente familiar. "Ahora existen varios restaua pero este en especial nos gusta porque realmente tiene alafel se le siente el trigo y su peculiar sabor a garbanzo; i s frescos, cosa que de otros lugares no se puede afirmaa los lugares del mundo, y puedo decir que este restaura bor libanes", dicen un cliente y su acompañante, y agre referido para almorzar o cenar cada fin de semana"

...er cómo muchos de los clientes antes de irse pasan por

Su nombre es Víctor. Con 33 años de edad es profesor de un colegio público en la mañana y en la tarde en un instituto muy prestigioso de Santiago de Cali. En las dos partes enseña inglés. Un accidente cambió la vida que llevaba. Ahora vive con su mamá y su hermana en una casa al sur de la ciudad.

Como de costumbre, todas las mañanas, a eso de las cinco va al colegio público donde enseña. Con gran dificultad aborda el transporte pero llega puntual a su trabajo. Después de una larga jornada sale hacia el instituto, que queda al sur de la ciudad, hasta las nueve de la noche. Así es su rutina todos los días. Los fines de semana está con su familia y dedica parte del tiempo a preparar las clases.

Era un día como cualquier otro. Iba rumbo a su trabajo sin saber que algo lo abatiría en segundos.

“Sentí que salí volando y un choque eléctrico recorrió mi cuerpo –dice Víctor–. Quedé inconsciente varios días. Cuando desperté me encontraba en la UCI”.

A las seis de la tarde ingresa a la clínica un hombre de aproximadamente unos veinticinco años y 1.65 de estatura, tez blanca, cabello oscuro; está inconsciente

y tiene quemaduras de tercer grado. Las enfermeras lo atienden rápidamente, lo suben en una camilla y lo llevan a urgencias al pabellón de quemados. Inmediatamente llega el doctor y pregunta:

–¿En cuánto tiene las pulsaciones?

–Cada minuto disminuye –responde la enfermera.

De inmediato le hacen una valoración general y llaman a la familia para darles la noticia. El médico se dirige a ellos:

–Lo que les voy a comunicar es muy delicado: el señor Víctor ha sufrido un gran impacto en sus miembros superiores e inferiores. Espero que lo tomen con calma. Tienen dos opciones; la primera, es aceptar la posibilidad de que quede parapléjico.

La madre entra en llanto y la hermana de Víctor la consuela con un abrazo. El padre mantiene la calma y pregunta al doctor:

–¿Cuál es la segunda opción?

–La segunda sería que tengamos que amputar la extremidad inferior izquierda y las manos, pero si la cirugía se complica tendremos que amputar del antebrazo hasta el brazo, ya que los nervios están comprometidos y quizá podremos rescatar algunos movimientos –respondió el médico.

“Después de un rato de pensarlo mis padres vieron más conveniente tomar la segunda opción –cuenta Víctor–. Y así se lo comunicaron al doctor. El galeno preparó todo para la cirugía y se inició el procedimiento. Eran las siete de la mañana del día lunes. La enfermera le pasó el bisturí al doctor y empezó este a cortar el tejido de la mano derecha y luego hizo lo mismo con la mano izquierda, que se complicó más porque esta tiene conexión con el corazón. El doctor salió a las cuatro de la tarde de cirugía. Mi familia estaba muy impaciente esperando la salida del doctor. En cuanto mi padre lo vio, lo abordó y le preguntó:

–¿Cómo salió todo?

–Por el momento hay que esperar a ver cómo evoluciona, ya que tuvimos algunas complicaciones con el miembro superior izquierdo –respondió el doctor.

Después de una semana de recuperación el médico informó a los familiares que a Víctor se le había infectado el hueso y tendría que amputarle el antebrazo, por lo cual al día siguiente sería sometido a una segunda cirugía.

Ya en la sala de cirugía las cosas se complicaron y el médico tuvo que tomar la decisión de amputar más de lo que tenía previsto. Así, tuvo que amputar el antebrazo derecho. Cuando se centró en la extremidad izquierda vio que tenía que amputar el brazo y antebrazo, pero no lo hizo de raíz porque se vería comprometido el corazón y Víctor podría morir. Luego informó a la familia que esta sería la última cirugía y que el paciente se hallaba fuera de peligro.

“Desperté de la anestesia y me dije: ¿Qué hago aquí? No recordaba nada. ¡Todo era tan confuso! Había mucha gente y vi a todos mis familiares angustiados; a mi madre llorando sobre el hombro de mi hermana. Yo estaba confundido y aún no era consciente de lo que me había ocurrido. Luego llegó una enfermera a tomarme los signos vitales, en ese momento le dije:

–¿Qué me sucedió? ¿Por qué estoy aquí?

“Pero ella nada dijo.

“Tenía todo el cuerpo anestesiado y lo único que podía mover era la cabeza. No pensé que fuera algo tan importante.

–¡Gracias a Dios te despertaste! –exclamó mi hermana–. Estábamos temiendo lo peor. ¿No recuerdas nada?

“Enseguida llegó el doctor y comenzó a explicarme lo que había sucedido. ¡Cómo imaginarme que en cuestión de minutos hubiera cambiado mi cuerpo y prácticamente mi vida! ¡No podía creer que ese era mi nuevo yo! Estuve seis meses en la Clínica de Occidente. La atención fue buena y los doctores y las enfermeras eran muy amables conmigo y mi familia también, aunque yo sentía que tenían compasión por mí. Cuando mi novia fue a visitarme, sentí que me miraba diferente.

“Recuerdo el día que por primera vez me vi al espejo después de las intervenciones. Estaba en el cuarto de mi hermana. Desnudo. Comencé mirando mi rostro; aunque ya sabía que me faltaban partes del cuerpo quería saber cómo me veían todos. Entonces empecé a llorar como un niño; sentí mucha frustración y rabia porque no estaba completo. Pensé que mi vida se había terminado pues ¿quién va a querer un incapacitado? Después evité verme al espejo por mucho tiempo. Cuando salí de la clínica empecé hacer la fisioterapia. El fisioterapeuta era un señor grande y fornido. Al principio sentía mucho dolor en los huesos y músculos. También fui a terapia con una psicóloga muy bonita, por cierto, y quien me tuvo mucha paciencia, pues estaba histérico y no creía ni en Dios.

Luego de muchas sesiones tuve la confianza para contarle mis complejos y mis debilidades. Le conté que sentía que ya no servía para nada; que después de ser una persona autónoma debía pedirle a mi hermana que me llevara al baño ya que aún no tenía la prótesis del pie izquierdo que había perdido a causa de ese maldito accidente. Tampoco tenía mis manos. Pensaba: ¿Quién soy? ¿En qué clase de fenómeno me convertí? Yo nunca había discriminado a los discapacitados, pero me despreciaba a mí mismo, y por mucho tiempo me aislé de todas las personas que me rodeaban”.

Parte de sus terapias, Víctor las hizo en Estados Unidos por medio de una fundación que le facilitó la estadía, los médicos y el sostenimiento y con la ayuda de algunos vecinos y compañeros de trabajo que le colaboraban con dinero. Pero por el fallecimiento de su padre debió suspender sus terapias. Esto fue otro acontecimiento que le marcó la vida, pues estaba avanzando en la rehabilitación y ya manejaba bien la prótesis del pie izquierdo que perdió.

“Yo estaba durmiendo cuando la señora con la que vivía me tocó la puerta; yo le abrí pero no sabía por qué tanta urgencia. Ella dijo:

–¡Víctor, Víctor, lo llaman de Cali! ¡Rápido, es su hermana! ¡Pasó algo muy grave!

“En ese momento imaginé que a mi madre le había sucedido algo y me alarmé muchísimo. Cuando pasé al teléfono era la voz de mi tío que me decía:

–Víctor, es muy duro para ti, y lo es para mí también. Tu padre acaba de morir de un paro cardíaco.

“Cuando escuché esas palabras de mi tío, inmediatamente empecé a reprocharle a Dios por qué me hacía esto a mí; le recriminaba si no era suficiente con dejarme tan incapaz y porqué tenía que llevarse a la persona que más me había apoyado y por la cual podía moverme. Sentí que nada era justo. Luego de varios minutos de desolación llamé a Cali y le pedí a mi tío que me comunicara con mi madre o con mi hermana, pero no fue posible porque mi madre estaba dopada y mi hermana no paraba de llorar. Enseguida alisté la maleta y con los ahorros que tenía compré el tiquete para irme a Cali dejando todo tirado. Después de la muerte de mi padre caí en una depresión terrible pero sabía que lo tenía que superar, pues ahora yo era el apoyo de mi madre y de mi hermana. Hallé a mi mamá en su habitación callada, muy afectada por lo sucedido. No la veía así desde mi accidente”.

De todo ese tiempo quedan recuerdos, fragmentos de escenas que la familia vivió con gran intensidad. La madre de Víctor, doña Flor, dice: “Recuerdo que estaba en la sala hablando con Gonzalo sobre la reunión del colegio de Claudia a la que estaba citada, cuando sonó el timbre. Salí y era don Hugo, un vecino:

–Doña Flor, algo muy grave le acaba de ocurrir a su hijo Víctor. Está tirado en un andén como a tres cuadras de aquí, cerca al paradero del bus.

“No sé cuánto tiempo pasó, pues quedé paralizada y no podía ni hablar. Sentí un frío por todo mi cuerpo y pensé que mi hijo estaba muerto. Recuerdo que vine a reaccionar cuando Gonzalo me sacudió y me urgió:

–¡Vamos rápido a ver qué pasó!

“Se nos hizo largo el trayecto. Cuando llegamos ya lo estaban subiendo a la ambulancia. Mi esposo y yo nos miramos en ese momento y pensamos lo peor. Había mucha gente.” Mi esposo le preguntó al paramédico:

–¿Qué le sucedió a mi hijo?

“Yo lo vi ya dentro de la ambulancia todo quemado y me dio mucho susto cuando el paramédico respondió:

–Se electrocutó con un cable de alta tensión que estaba tirado en el andén y desafortunadamente lo pisó.

“En ese momento me llené de valor y entré en la ambulancia. Al verlo inconsciente y en tal estado no sabía qué hacer y me puse histérica. Lloraba y lloraba, quería como levantarlo de ahí. Le rogaba a Dios con todas mis fuerzas que me lo dejara vivir. ¡Un muchacho tan sano y tan joven con todo el futuro por delante! Uno está preparado para irse primero que los hijos y nunca piensa que ellos lo vayan a dejar primero a uno”, concluye doña Flor con sus ojos encharcados por el dolor de aquel día.

Luego de unos minutos de silencio la señora prosigue su relato: “Mi esposo y yo lo acompañamos hasta la clínica. Creo que fue mi fe en Dios la que me ayudó a darle a Víctor el apoyo que tanto necesitaba, pues cuando nos dijeron que tenían que amputarle las extremidades superiores y una inferior por la infección pensé: pues, Dios, si esa es tu voluntad, que sea así. Al menos está vivo y todavía lo tengo conmigo. Las operaciones fueron riesgosas y largas y siempre estuvo en peligro su vida. Mi esposo, que en paz descanse, siempre fue un gran apoyo para Víctor y para mí, pues a una como madre estas cosas la afectan demasiado. Sus

amigos también llamaban a preguntar mucho por su salud desde que entró a la clínica hasta su recuperación; inclusive hicieron recolecta para sus terapias”.

En ese instante entra su hermana y se sienta cerca de su madre. La mira largo rato en silencio y luego toma la palabra:

“Yo estaba en el colegio. Me encontraba ya en clase cuando entra la directora de grupo y me dice:

“–Claudia, tienes que acompañarme a la secretaría.

“Ya allí me dijo que tenía una llamada de mi madre. Levanté el teléfono y oí la voz de mi mamá que casi no se entendía bien por el llanto:

“–Tu hermano tuvo un grave accidente y ya está en la clínica. Tu padre y yo estamos con él. Tu tío Leonardo ya va por ti para traerte.

“Colgué y quedé como muda. Mi hermanito, al que no hacía mucho rato lo molestaba con mis cosas, estaba ahora en una clínica y no sabía qué era lo que le había sucedido. Reaccioné cuando la profe me decía: ‘Hay que tener mucha calma. Ya tramité tu permiso. Tus libros te los hago llegar después con una de tus compañeras’. En eso llegó mi tío y nos fuimos.

“Cuando ingresé a la clínica observaba todo lo que había a mi alrededor. Mi tío me llevaba del brazo. Cuando llegamos a la sala de espera donde estaba mi padre abrazando a mi mamá, yo de una me tiré a abrazarlos. En sí no sabía bien qué le había sucedido a mi hermano; solo lo que me venía contando mi tío por el camino. En ese instante de recogimiento con mis padres me di cuenta del verdadero amor que le tenía a mi hermanito. Cuando éramos pequeños no nos la llevábamos bien, y cuando entré en la adolescencia y él estaba en la universidad casi no nos tolerábamos. Fue una época en que estuvimos muy distantes los dos, pues como hermano mayor me celaba bastante y se enojaba con mi madre cuando llegaba de la universidad y no me encontraba. Le decía:

“–¿Por qué no hace las tareas aquí?. ¿Qué necesidad tiene de estar en otra parte?

“En ese instante, cuando yo esperaba en la sala, tuve muchos recuerdos. Cuando uno tiene un ser querido en una situación de riesgo siente un gran dolor, como el mío por mi hermanito”.

Luego de otra pausa, Claudia continúa: “Gracias a Dios mi hermano Víctor se salvó. No sé qué hubiera pasado con nosotros si no hubiera sido así. Nosotros

siempre hemos sido una familia unida, y con el accidente de Víctor ahora estamos más unidos. La discapacidad de sus brazos y la falta de la pierna nos ha permitido valorarlo más y sentir una gran admiración hacia él, pues no se ha dejado derrotar, y siempre voy a estar ahí para apoyarlo. Aún tiene crisis, pero creo que es normal que eso suceda a la gente que pasa por ese tipo de accidentes”.

Víctor se despide de su madre y de su hermana porque se va a dar clases al instituto. Cuando ha abordado el transporte le pide el favor a alguna persona que le pague el pasaje. La gente lo mira mientras le ceden el puesto; él se sienta y espera que el bus llegue a su destino. Son las 6:00 pm le dice a algún pasajero que le timbre. Se baja del bus y en esas se encuentra a Camilo Pulido un compañero del instituto.

Recuerda Camilo: “Cuando conocí a Víctor era novio de Stephanie. Salíamos mucho a bailar después de clase casi todos los viernes. Nos conocemos desde la universidad. Nos presentó mi esposa Nora. Los cuatro estudiamos en la Universidad del Valle. Él y Nora estaban en décimo semestre y yo cursaba octavo, pero veíamos algunas materias. A mí no me iba muy bien cuando estudiaba; sin embargo, mi esposa y Víctor tenían unos de los mejores promedios de la Universidad. En un momento confieso que sentí celos de ellos dos, ya que se la llevaban tan bien, pero él tenía su novia a la cual decía que la quería mucho, y hasta planes de casarse tenían cuando Víctor se graduara y tuviera un trabajo estable”.

Después de un rato llega Nora, quien trabaja en el mismo instituto que Víctor dando clases a los niños, y se sienta al lado de su esposo; lo toma de la mano y continúa diciendo:

“¡Qué pesar que después del accidente de Víctor se acabara la relación! Todos pensábamos que se iban a casar; inclusive teníamos preparado hacerles una fiesta de despedida de solteros a los dos. En realidad a nosotros nos molestó que ella dejara a Víctor porque quedó sin sus extremidades. Y en ese estado de depresión pensé inclusive que iba a quedar loco pues, psicológicamente, quedó bastante afectado. Hasta ganas de quitarse la vida tuvo. Gracias a Dios recibió ayuda profesional. El apoyo de su familia y de amigos ha sido fundamental para él.

“En la universidad Víctor era un chico alegre, bailarín, deportista, muy activo; le encantaba el fútbol y era muy buen estudiante. Salíamos de vez en cuando a tomarnos nuestros guaros. Después de aquel accidente se sumió en una gran tristeza y amargura, pero con el tiempo lo ha ido superando y normalizándose en sus actividades; inclusive ha vuelto hasta a jugar al fútbol, y me han contado

que sale a rumbar con sus alumnos del instituto, pues ha superado mucho su situación”.

La familia está feliz de ver cómo poco a poco Víctor ha vuelto a hacer su vida normal.

“Mi vida la comparto con mis alumnos y mi familia, y quién quita que encuentre alguien que me quiera como soy. No pierdo las esperanzas”.

Nieve gris

Katherine Medina

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—¡H!

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

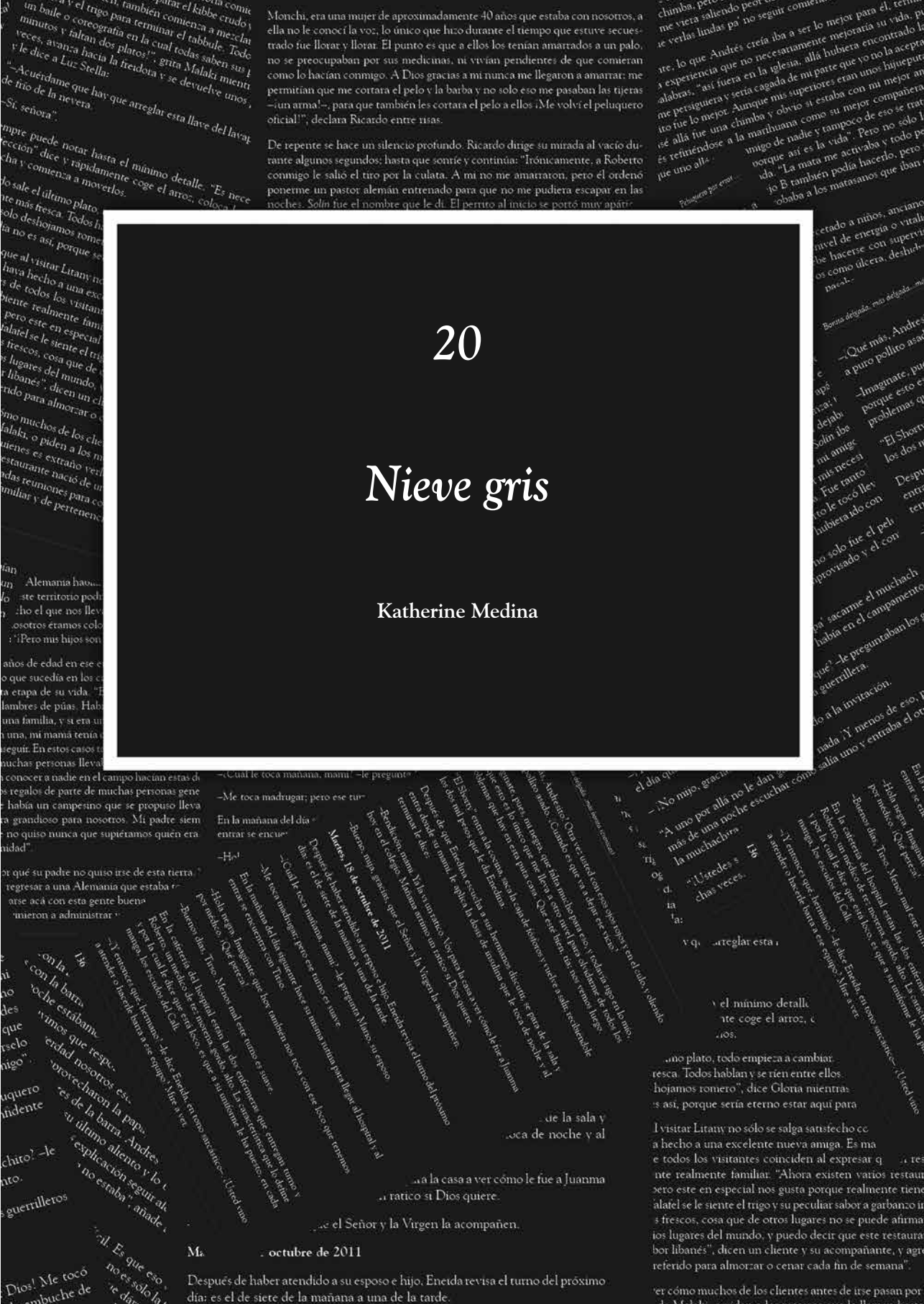
—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

Ma... octubre de 2011

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Enetida revisa el turno del próximo día: es el de siete de la mañana a una de la tarde.



Viernes 13 de noviembre de 1985.

Camilo se levanta, se asoma por la ventana de su casa, da unos pasos y observa a los niños jugando en su cuadra con hojas de papel en la mano esperando que caiga ceniza del cielo como si fuera nieve gris. Va a descansar porque al otro día, como es su costumbre, madruga a las dos de la mañana a su trabajo: va al matadero para escoger su res y venderla en el puesto de carnicería de la plaza de Armero, Tolima. Esa noche Camilo nunca se imaginó que al otro día no iba encontrar ni puesto, ni casa, ni la mitad de su familia.

“A las 9:30 de la noche me levanto, voy corriendo y despierto a mi esposa y a mis hijos; no podían ni caminar porque el piso se movía como una montaña rusa, me sostenía de las paredes. Mi esposa no podía abrir la puerta pues todo estaba oscuro. En ese momento Dios se acordó de mí y de mi familia, y no sé cómo hizo mi esposa para que el candado se abriera. Solo recuerdo que un amigo me tocó la puerta gritando: ‘¡Camilo, sal de ahí, saca a tu familia rápido!’ . Al salir nos refugiamos en la terraza del vecino”. Fueron los últimos en llegar.

“Empezamos con mi familia a rezar. Los vecinos decían: ‘¡Dios mío, ahí viene! ¿Qué es lo que está pasando?’ A lo lejos se podía ver el estadio y detrás venía una ola grande con fuego que lo cubría en su totalidad. La gente corría con sus linternas y la ola se la iba llevando. En ese momento abracé a mi esposa y a mis

hijos, cerramos los ojos y nos cogimos de las manos, solo esperábamos la muerte. Abrí los ojos y vi cómo se acercaba la gigantesca ola de fuego. Se escuchaba agua. Pensé que era el río Lagunilla, pues todos creíamos que se había desbordado. Lo que no sabía es que era un río de fango con fuego que iba destruyendo todo a su paso, la ola no logró alcanzar la terraza solo pasó por debajo de la casa. La tierra seguía moviéndose y a su vez pasaba con más fuerza la avalancha. A lo lejos se escuchaban explosiones y lamentos. Mi mejor amigo llamaba a sus hijos; mi hija oía a su amiga clamar por su hermano. Estaba totalmente oscuro. Decidimos con los vecinos unir todas las linternas para apuntar al frente y vimos cómo la casa estaba totalmente cubierta por el lodo. Parecía una olla con agua hirviendo llena de burbujas. Todos pensábamos que era agua lo que había cubierto la casa. La incertidumbre se apoderaba de nosotros y comentábamos: “¿Cómo vamos a hacer ahora para ir a trabajar mañana?”. Lo que ellos no imaginaban era que en ese momento Armero, Tolima, ya había desaparecido.

“La madrugada se me hizo una eternidad. Nuestras cabezas se cubrían de cenizas y mis hijos tenían hambre y frío. Decidimos que todos los niños que había en la terraza durmieran en un cambuche que se encontraba ahí, mientras los adultos nos uníamos de las manos para seguir rezando el santo rosario y esperando con ansiedad que llegara el amanecer con ansiedad”. Camilo, que no era muy creyente, no se explica cómo ese día le salían tantas oraciones.

“Amaneció y pude observar que todas las casas estaban completamente cubiertas de lodo y mi casa destruida llena de barro. Abracé a mis hijos y les dije: ‘Perdimos todo lo que en años habíamos construido’. Me asomé hacia las escaleras y vi que estaban completamente llenas de lodo. Debajo de las escaleras había un carro que había arrastrado la avalancha. Era muy fuerte el olor a gasolina, y todos los que estábamos en la terraza nos preocupamos, pues teníamos miedo de que ese carro explotara en cualquier momento y que nunca íbamos a salir de ahí. Veía gente atrapada en el fango pidiendo ayuda; me sentía muy impotente porque a varias de esas personas las conocía. Todo era lamentos. Nadie entendía lo que pasaba, solo oímos el radio del vecino cuando el locutor decía: ‘Estamos sobrevolando Armero, Tolima. No hay sobrevivientes; está completamente cubierto por lodo y lava. El volcán Nevado del Ruiz hizo erupción y el pueblo desapareció’. Ahí entendí lo que había pasado. Curiosamente, recordé que últimamente las mañanas de Armero eran frías y no podía tener una explicación de aquello ya que el Tolima es muy caliente. Ahora sí entendía lo que estaba pasando.

“La voz del locutor continuaba narrando y mientras tanto un helicóptero nos sobrevolaban. Todos gritábamos y le hacíamos señales, pero el locutor seguía

afirmando que no había sobrevivientes en Armero. Pensaba en mi familia y en mis hijos y el temor que me rodeaba era que volviera otra avalancha y que siguiéramos ahí. Seguía temblando y haciendo frío, sólo recordé a los niños cómo se divertían jugando con la ceniza sin pensar que esto se convertiría en una pesadilla, y en un dramático giro para todos.

“Vimos cuando el helicóptero se iba alejando de nosotros. Amaneció. Escuchábamos en la radio que había sobrevivientes y que nos iba a rescatar, seguíamos a la espera de que volviera alguien por nosotros. El hambre nos acosaba, pues ya era un día entero sin comer, decidimos ir en búsqueda de comida por los tejados y entramos a las casas que el lodo no había cubierto. Qué sorpresa nos llevamos cuando solo vimos aguardiente, panela y agua, pues en esa casa mantenían de rumba. Por milagro pudimos calmar el hambre. Llegó la tarde y el helicóptero nos sobrevolaba. Después de mucho buscar aterrizó al lado de nosotros, tampoco fue fácil convencer a los del helicóptero de que todos saliéramos con cada una de nuestras familias, nos indicaron que evacuáramos a los niños primero y después venían por los adultos”.

Para Camilo era un desafío, una experiencia aterradora y aplastante mandar a sus hijos solos en aquel helicóptero sin saber qué pasaría, ya que habían estado juntos en todo momento, y cómo podrían salir de esta situación de cero posibilidades.

“Al bajar del helicóptero un hombre se presentó como el ministro de Defensa, nos habló, dio una caja que contenía cobijas, pan, leche, mortadela, y linternas, para que sobreviviéramos esa noche porque en la mañana a primera hora nos recogían. La rabia se apoderó de mí. Qué me importaba que ese ministro viniera a hablarnos, y a tranquilizarnos lo que me importaba era salir de ese infierno y encontrarme con mis hijos. El helicóptero, en lugar de sacarnos nos traían heridos a la terraza. Me tocaba ver cómo se morían, no sé si había sido peor la noche anterior ver la avalancha o esa noche sin mis hijos y sin salir de aquel fango en que se había convertido Armero.

“Amaneció y nos cansamos de esperar el helicóptero y tomamos la decisión de irnos a pie con mi esposa, algunos vecinos y un socorrista que había en la terraza. Íbamos abriendo paso por encima de los techos de las casas. Al abrir camino y recorrer mi Armero, vi cuerpos de humanos y animales desmembrados y todo lo que pudo arrasar la furia del volcán. Me sentía enterrado en vida porque el olor a azufre y la descomposición eran insoportables”.

Camilo jamás olvidará lo fuerte y valerosa que fue su esposa al soportar esa caminata como si fueran muertos vivientes, donde daban su último adiós a Armero.

Después de esta odisea solo esperaban pasar la montaña para el reencuentro con su familia en Guayabal, Tolima, donde llegaban las personas evacuadas.

“Al atravesar la montaña, llegamos a Guayabal, Tolima, donde nos enfrentamos a un desafío: buscar a mis hijos, pues no estaban ahí y los socorristas me decían que teníamos que ir para Lérída, Tolima. Las cosas de la vida no fueron tan simples para nosotros, sin ropa adecuada, con la misma de hace tres días ya nada podían salir peor. Al desesperarnos por no encontrar a mis hijos nos subimos a un camión que nos llevaba a Lérída, Tolima, y nos tocaba dar la vuelta por Bogotá, pues la carretera estaba tapada. En el trayecto solo pensaba en el reencuentro con mis hijos y que mi vida iba a ser un regalo, una oportunidad, y que las cosas no volverían a ser iguales. En medio del dolor y la agonía de buscar a mis hijos llegamos a Lérída, pero ellos no estaban ahí. La falta de comunicación no permitió saber que unos de mis hermanos, que vivía en Cali, se los había llevado. Nos dimos cuenta por un vecino pues nos había dejado razón que nos reuniéramos allí. El trayecto para llegar donde mi hermano duró más de un día. Al llegar nos preparábamos para un momento especial, después de un día entero sin ver a mis hijos solo los quería abrazar. Parte de mi familia y todos mis amigos quedaron sepultados en aquel fango. No era fácil empezar de cero, no era fácil arrimarme a la casa de mis hermanos después de haber tenido mi casa, mi trabajo, mis amigos, porque aquí conocí que era el hambre, aquí viví el dolor más fuerte de lo que viví en Armero que ha sido perder uno de mis hijos”.

Junto con su familia se arrimaron a la casa de uno de sus hermanos. Al mes pudo volver a Armero. Camilo quería ver su casa, pero tenía que ir vacunado y esperar a que fumigaran pues había mucha descomposición. Al llegar pudo ver que el patio y parte de la cocina que no había tocado el lodo. Lo único que se salvó fue la santa Biblia que quedó intacta, y su perro que, por el afán de salvar su vida, se le había olvidado y había sobrevivido tomando agua estancada en el patio. Para Camilo su experiencia significa mucho. Su pueblo que era agricultor, ganadero, y productor de algodón pasó a ser fantasma.

“Comencé una nueva vida en Cali. Tendría que haberme ganado el premio gordo para tener lo que en años había construido, pero Dios no me abandonó. Al pasar el tiempo coloqué un puesto de venta de carne en el barrio Popular con ayuda de mis hermanos, y con mi hijo nos pusimos a trabajar, no era lo mismo pero algo tenía que llevar para mi casa. No sé por qué cada vez que tomaba impulso para salir adelante, algo pasaba.

“Tres tiros me levantaron aquella mañana del doce de mayo. ¡Cómo olvidar aquella fecha! Me asomé por la ventana y vi lo que estaba pasando: ahí estaba mi hijo tirado como un perro. Salí corriendo, no me importó pasar la calle y tirármele a los carros, pues al colocar las manos en mi cara y arrodillarme lo que hice fue abrazarlo y sostener su cabeza. La sangre me rebosaba de las manos, pues mi hijo se hallaba entre la vida y la muerte; poco a poco dejaba de respirar, hasta que no volvió a abrir sus ojos. El malnacido del sicario a quien le decían Muelas acabó matándolo delante de la carnicería. Muchas fueron sus amenazas pero pocas las que él hizo caso, un lío de faldas sería la razón de su muerte. Se demoró más la Fiscalía en entregar el cuerpo, que salir la noticia en la primera página de *El Caleño*: ‘Se encarnizó con el carnicero’.

“A aquella rata poco tiempo después lo matarían justo en el mismo lugar donde mataron a mi hijo. No fue fácil volver al levantarme de aquel dolor tan fuerte, la vida se me fue sin pensar. Ahora tengo 84 años y vivo de la caridad de mis hijos.

“Son las 9:30 de la noche. Me voy a la cama mientras escucho en la radio algo que me hace recordar con tristeza, o quizás nostalgia lo que era mi pueblo: ‘Soy, tolimense, soy tolimense, soy del Tolima canto bambuco, canto bambuco, bailo guabina, soy, soy, soy del Tolima soy, soy, soy tolimense...’”

De mañana en mañana hasta el fin

Shirley Murillo

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—Hi!

—Me voy a madrugar; pero ese mañana

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me voy a madrugar; pero ese mañana

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me voy a madrugar; pero ese mañana

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me voy a madrugar; pero ese mañana

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me voy a madrugar; pero ese mañana

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me voy a madrugar; pero ese mañana

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me voy a madrugar; pero ese mañana

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

—Me voy a madrugar; pero ese mañana

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó

Mañana, octubre de 2011

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Eneida revisa el turno del próximo día: es el de saber de la mañana a una de la tarde.

...ano plato, todo empieza a cambiar resca. Todos hablan y se ríen entre ellos. hojamos romero", dice Gloria mientras s así, porque sería eterno estar aquí para

lvisitar Litany no solo se salga satisfecho co a hecho a una excelente nueva amiga. Es ma e todos los visitantes coinciden al expresar q ... res nte realmente familiar. "Ahora existen varios restaua pero este en especial nos gusta porque realmente tiene alafel se le siente el trigo y su peculiar sabor a garbanzo i s frescos, cosa que de otros lugares no se puede afirmaa tor libanes", dicen un cliente y su acompañante, y agre referido para almorzar o cenar cada fin de semana"

er como muchos de los clientes antes de irse pasan por

“Todo está muy frío, bien iluminado. Todo el mundo corre, entran unos y otros me tocan, hablan entre ellos, empiezo a sentirme mareada, agotada y con mucho sueño, me resisto a dormir porque no sé qué me encontraré al despertar. Parece que no me escucharan, estoy arrepentida y no quiero hacerme este procedimiento. Dios, qué pasa, mi cuerpo no responde y no tengo más fuerzas para luchar”.

Al despertar de la cirugía, de inmediato Johana busca ansiosamente si puede encontrar sus senos y se percata de que ya no están allí y que no los volverá a ver. Empieza a llorar como si hubiera perdido a un ser querido, nadie la puede calmar. “¡Maldito cáncer!”.

Estaba acostada en la habitación de la clínica. No dejaba de preguntarse: “¿Por qué a mí, qué hice de malo? La primera vez que sintió “esa bolita” estaba bañándose, pero no le prestó atención, pensando que se desvanecería sola. Al pasar el tiempo se percató de que la bolita había crecido y entonces decidió ir al médico. “Una doctora me atendió diciéndome que me tranquilizara que no tenía nada,

que con una droga que me mandaría se me quitaría. ¿Por qué no se percató de lo malo? Si lo hubiera hecho no estaría en esta situación”. Siguió estrictamente las recomendaciones, pero en cambio de ayudar empeoran todo. “Empezaron a dolerme los senos y quise volver al médico, pero esta vez pasaron cuatro meses para que me atendieran. Un doctor me vio y me dijo que había que hacerme una biopsia. No entendí por qué y me la programaron para dentro de un mes”.

Se encontraba dormida en su casa cuando sintió mucho frío. Intentó pararse pero su cuerpo no le respondió, llamó a su mamá. Esta prendió la luz y quedó impresionada del charco de sangre en que su hija se encontraba. De inmediato la cambió y se dio cuenta de que donde le habían hecho la biopsia no tenía puntos y sangraba muchísimo. Al llegar a la clínica ya no estaba consciente, se percataron de que a la doctora se le había olvidado cogerle puntos, la llamaron y esta se negó a acudir. Un nuevo doctor empieza a cogerle puntos, pero estos se revientan por la cantidad de sangre. La médica llama al doctor y le indica el procedimiento a seguir.

El transcurso de los días siguientes fue angustioso, pues quería saber qué significaba esa masa que tenía en su seno. Su celular sonó y le informaron que se debía presentar de inmediato a la clínica. La secretaria le pregunta el nombre y ella al dárselo nota que la enfermera hace una cara extraña y de inmediato la hace seguir. La médica la esperaba y antes de que ella se pudiera sentar le dijo:

–Johana, ¿usted sabe qué es lo que tiene?

–No lo sé, doctora por eso vengo aquí –responde ella aturdida ante la pregunta.

–Por favor quítese la ropa, y párese ante ese espejo.

Ella responde ante la exigencia.

–Usted tiene cáncer y le tengo que quitar el seno porque solo tiene seis meses de vida.

Ella quedó perpleja con la noticia, se vistió y salió del consultorio.

Solo se acuerda que llegó a su moto y la prendió de inmediato, su mente quedó nublada a causa de la noticia. “Tienes cáncer, cáncer; te vas a morir. Tienes cáncer, te vas a morir”, era todo lo que rondaba su mente.

“Para mí no existían los semáforos, los pares, ni el tiempo, solo esas malditas palabras que retumbaban en mi cabeza como un taladro”. De repente un guarda de tránsito le pita y le ordena que pare. La hace bajar de la moto.

–Niña, ¿usted se quiere matar?, la vengo siguiendo hace un rato y no respeta las señales de tránsito.

–Adelantar mi muerte sería lo mejor que me pasaría –dice ella.

El guarda queda sorprendido con la respuesta y se apresura a preguntarle:

–¿Por qué está llorando que le pasa?

– ¿Llorando?. Ella toca su rostro y se da cuenta que lo que él dice es cierto. No había sentido las lágrimas.

–¿Dónde estoy y qué hora es?

–Niña está en La Flora y son las 2 de la tarde. Pero dígame qué le pasa.

–¡Váyase! Déjeme en paz –dice Johana con mucha rabia, mientras sus piernas ceden y cae al piso. El guarda la coge y le da un abrazo.

“No sé cuánto tiempo estuve allí, sentía que sus manos me darían protección que todo pasaría”. Después de un largo tiempo el guarda le pide que por favor le dé un numero para llamar a un familiar, porque no la dejará ir sola, después de un rato de estar sentada en el andén llega su madre angustiada por saber qué le había ocurrido a su hija.

–¡Johana, Johana! –grita su madre desesperada al verla sentada en el andén, y tomando sus brazos la revisa con tal detalle buscando los motivos de su llanto. Ella se percata de que está en perfecto estado pero no entiende el motivo de su angustia.

–¿Qué te pasó te robaron? –pregunta su madre aturdida

–Me voy a morir

–¿Por qué? ¿Qué pasó?

–Tengo... cáncer.

Silencio.

Al día siguiente se presenta nuevamente a la clínica, pero esta vez en compañía de su madre. La médica al verla dice:

–¿Vienes para programar la cirugía?

–No. Quiero que me diga que otro procedimiento me puedo hacer para no tener que operarme.

–Lo más seguro es operarte y quitarte el seno... No. Seguramente tendrán que ser los dos. Tienes que entender que el cáncer está bastante avanzado y que si no actuamos pronto te hará metástasis y morirás.

–No, no me voy a operar, esto no va a poder conmigo. No destruirá mi vida –repetía ella exasperada. Su madre trataba de controlarla. –Estoy segura de que con la ayuda de Dios me sanaré.

–Te equivocas, tu vida está en mis manos y no hay otra salida que operarte.

–¡Doctora, por favor, deme otra salida!

–Mira, es muy difícil que otro tratamiento te haga efecto, quítate la ropa –de inmediato lo hace–. Mira el tamaño de tu tumor. La verdad no tengo otra alternativa que operar.

–Pues, si es lo único que tiene para decirme, escúcheme muy bien, prefiero morirme con mis senos que vivir una vida entera sin ellos, –coge su ropa y se apresura para salir, pero esta vez la doctora le toma la mano. Sus miradas están conectadas.

–Está bien haremos un tratamiento alternativo, pero con la condición de que si en cuatro meses no te baja el tamaño del tumor te operamos.

El rostro de Johana se ilumina por la noticia. La doctora le ha recomendado hacerse la quimio más fuerte que hay. Al día siguiente, llena de entusiasmo, llega a la clínica donde empezará el tratamiento “que inocentemente creí que sería el fin de mi pesadilla”.

–Pasa –le dice la enfermera–.

Ella se para y su madre va detrás de ella. –Sola por favor.

Ella solo mira a su mamá que se queda en el pasillo.

Al llegar al segundo piso abre la puerta. “Había niños sentados en los sofá como idos, las madres pendientes con un recipiente en la mano, calvos y demasiado flacos, también podía ver señores solos que parecían zombis por que no se enteraban de nada.

–Siga, siga, siga –dice la enfermera.

Ella duda en seguir pero al final lo hace.

“Da vuelta para salir pero la enfermera ya ha cerrado la puerta.

–Déjeme salir –dice Johana.

La enfermera parece no darse por enterada.

–Déjeme salir –suplica, pero tomándola fuerte de un brazo la enfermera lo mira ofuscada.

–No te puedo dejar salir, tu vienes con un propósito y de aquí no te vas sin haberlo cumplido. Además, no te preocupes, a todos les pasa igual el primer día.

“Estaba desesperada. No me entendían. No me importaba si todos se comportaban igual. Las miradas de los espectadores me molestaban. Yo no me quedaría”. Empezó a gritar y a exigirle a la enfermera que la dejara salir. La enfermera trató de calmarla pero esto empeoraba la situación. De pronto se abre la puerta y Johana encuentra la ocasión para fugarse, pero al hacer el intento se da cuenta de que viene un grupo de mujeres que de inmediato cierran la puerta y la cogen para controlarla. Venían acompañadas de una psicóloga que empezó a hablarle de una forma muy sutil para tranquilizarla.

–Suéltenla –habló Daniela la psicóloga a la enfermera, de inmediato la soltaron. –Puedes acompañarme al consultorio. ¿Por qué te niegas a hacerte el procedimiento, sabiendo que esto puede ser una solución para tu enfermedad?

–No me niego; es sólo que tengo mucho miedo –sus ojos se encharcaron–. Es solo que no puedo entender por qué a mí me sucede esto. Tengo tantos proyectos para mí vida y ahora no se si ni siquiera tenga el tiempo para hacerlos realidad.

–Johana –dice Daniela con voz cortante–, entre más niegues que estás enferma y que tiene que hacerse un tratamiento, menor será tu posibilidad de salir bien, de toda esta situación.

Se miran largo rato sin decir palabra.

Al regresar a la sala de quimio estaba decidida a empezar su tratamiento. Su única condición era que no quería sentirse encerrada, pues las ventanas estaban cubiertas por rejas y todas cerradas, y al finalizar el pasillo había una pequeña

ventana en la cual cabría un niño de dos años con alguna dificultad. Las enfermeras aceptaron la condición. Obligadas por la psicóloga llevaron el sillón junto a la ventana.

“Cuando empecé a ver que la enfermera acomodaba todo para aplicarme la quimio me llamó la atención ver que el líquido que mataría este tumor era rojo; no sé si fue impresión mía pero yo sentía cómo el líquido entraba en mi cuerpo, creía sentir el recorrido que tenía para llegar hasta el tumor y me imaginaba que se enfrentarían en una lucha a muerte como en las películas. Era lo mejor que podía hacer: apartar mi mente, por pequeños momentos, de las náuseas y mareos que provocaban la quimio y podía pensar que no estaba en ese lugar. Sentir el viento entrar por esa pequeña ventana era lo mejor que me podía pasar en ese momento”.

Cuando terminó la primera sesión de quimio, las enfermeras la dejaron reposar en el sofá. Estaba pálida, tenía los labios secos y su mirada perdida. Su madre la contemplaba calladamente. Su casa está ubicada al oriente de Cali, en un barrio humilde, es la única casa construida en su totalidad. Al llegar y antes de bajar del carro, ella un vistazo y se percató de que las “metiches” estaban pegadas a las ventanas.

–¿Se les perdió una igualita? –grita Johana al bajarse del carro y las vecinas de inmediato se esconden.

“Esa noche la recordaré toda mi vida. Estaba muy indispuesta, con muchísimas náuseas y lo único que me interesaba era quedarme dormida, solo dormida. Como a los quince días de la quimioterapia, mi cama empezó a quedar llena de pelo y me daba tanta pena que mi mamá lo viera, no sé por qué; por eso me levantaba más temprano para sacudir la cama. Cuando ya fue más, no pude ocultarlo, pues los parches calvos en mi cabeza eran muchos. Recuerdo cuando una vez una señora a la que le estaba vendiendo unos pasajes para Tumaco me dijo:

–Niña, ¿puedo hacerle una pregunta? ¿Cierto que usted está enferma?

–¿Enferma yo? No –contesta Johana bruscamente.

–Es que lo decía por su falta de cabello –insiste la señora.

–No. Se cayó y ya –respondió ella encogiéndose de hombros.

–Pues, hija, eso es falta de vitaminas, y mucho estrés porque me imagino que le debe tocar muy duro aquí en su trabajo.

–Seguramente es eso –dijo ella pero solo quería que se fuera y que la dejara tranquila.

–De todas maneras es mejor que vaya al médico.

–Mire, señora, si no necesita otro pasaje es mejor que se vaya, porque me gustaría concentrarme en mi trabajo”.

Después pensó: “Se cree médico esta maldita vieja metida. ¿Por qué no se preocupa por su aspecto? Me hubiera encantado gritárselo en la cara si no hubiese estado mi jefe atrás”.

Luego tomó una decisión:

“Después de ese comentario pensé que no quería que nadie me tuviera lástima. Por eso decidí raparme el cabello y comprarme una peluca. Por esos días la quimio ya no me sentaba tan mal y el aspecto del tumor había mejorado. Pensé que el ejército de la quimio roja estaba ganando, y por eso me dediqué a celebrar. En las quimios había conocido a una muchacha que también tenía cáncer en los senos. Nos hicimos muy amigas y salíamos a bailar con amigos. No seguíamos las recomendaciones de los médicos de que no podíamos comer en la calle y nosotras más lo hacíamos. Era una forma de demostrar a todos que éramos más fuertes que la enfermedad. Mi amiga cayó en la UCI a los cuatro meses de estarnos haciendo la quimio. No podía entender qué había pasado, pues ya nos sentíamos mejor, por eso pregunté a la doctora sobre qué le había sucedido a mi amiga.

–¿Ustedes creen que hacerse la quimio es un paseo? Les advertimos que tendrían que cuidarse mucho y más con la comida de la calle. Ahí puede ver las consecuencias. Betty tiene una bacteria en el estómago y estamos haciendo todo por ella pero no hay mucha probabilidad de que viva.

No lo podía creer. A ella no la dejaban ver. Su madre era la única que la veía unas pocas horas al día.

–Jhoana, ¿por qué tratas de luchar con la enfermedad tratando de demostrarle que eres más fuerte?

–Eso no es cierto. Es que me siento mejor, y sé que me estoy curando. Por eso quiero disfrutar la vida.

–No lo creo. Tú y Betty lo que querían hacer era olvidarse del cáncer y suponer que eso era parte de su pasado.

–Doctora, permíname, pero usted está muy loca –replicaba ella con furia

–El cáncer está en tu presente y de esa realidad no te puedes olvidar.

–Lo sé. Pero no estoy haciendo nada de malo queriendo disfrutar la vida –respondía irritada.

–Una vida que te estás encargando de apagar más rápido de lo esperado. Mira que Betty lleva veinte días hospitalizada.

–Lo sé.

–Sí, claro, pero no sabes que tengo que ir día de por medio para hacerle hipnosis porque realmente ya no soporta el dolor. Y todo esto por disfrutar la vida, ¿verdad?

–¿Qué?

–Jhoana, es muy probable que Betty muera. Tiene una infección en el estómago por causa de la mala alimentación.

–Pero, ¿por qué?, ¿qué fue lo que hicimos? Dígame ¿a quien hemos matado, robado...?

–Lamentándote, no conseguirás nada.

“Betty duró un mes en la UCI y finalmente su cuerpo no toleró más. Recuerdo la voz de su mamá que me decía que acababa de fallecer, y cómo mi mano no respondió y dejó caer el celular. No quise ir al entierro. Ella había sido mi mejor amiga y simplemente la recordaría así. Después de la muerte de mi amiga entré en razón y seguí juiciosa con el tratamiento. Pensé que al finalizar mi tratamiento sería un logro para ambas. La quimio duró un año. Al finalizar me dieron la noticia de que el cáncer no había cedido nada y que me tenían que extirpar los senos”.

La siguiente cita resultó contundente:

–Johana, te lo había advertido: tu cáncer es muy agresivo y la quimio lo único que hizo fue que el cáncer se propagara más lentamente, definitivamente hay que operar.

–Doctora, si yo me opero, ¿ya quedo sana?

–No lo sé. Todo depende de cuánto estén invadidas tus mamas.

–Pero eso de quedar sin senos... –Johana, mientras hace la pregunta se lleva la mano al pecho, se palpa los senos y su expresión es desolada.

–Por supuesto. Para que la cirugía sea mejor, hay que dejarla sin reconstrucción.

–Pero si quiero operarme y no quiero quedar sin senos...

–Mira, la EPS no te cubre las prótesis porque ellos lo consideran cosmético.

–¿Cosméticos? –su voz cobró brío, fuerza. ¡Si me van a dejar el pecho más plano que el de un hombre...! ¡Cosmético...!

–Eso es lo que hay, y en esas condiciones tenemos que operarte.

–Pues no. Yo voy a tutelar esta EPS y si me van a operar que sea con prótesis a bordo –afirmo. Se levantó de la silla para salir.

–No se te olvide: entre más tiempo pase, menos probabilidades hay de que salgas bien de todo esto.

–Lo sé –afirmó con la cabeza baja.

Una residente que estaba muy pendiente del caso de Johana intervino haciendo que un cirujano plástico la valorara.

–Hace cuánto te diagnosticaron cáncer –le pregunta el cirujano.

–Hace un año más o menos.

–Y te van a ser la extirpación del tumor ¿verdad?

–Sí, pero sin reconstrucción –dice ella.

–Quítate la ropa, echaré un vistazo –Johana se apresuró a quitarse la ropa.

El doctor empezó a valorarla y lo hacía en total silencio. El rostro de ella reflejaba ansiedad por lo que él estaba pensando.

–Doctor, dígame si podemos operar con reconstrucción –el doctor la mira fija mente.

–No te puedo mentir. El tumor está bastante grande y para hacer una cirugía de bordes libres tenemos que ampliar grandemente, es más tendría que operarte desde la espalda.

–Entonces, eso significa que no ¿verdad?

–Yo no he dicho que no. Que será una cirugía complicada pero se puede hacer –ella lo abrazo con tal fuerza que él se sorprendió.

–¡Gracias! Doctor. ¡Gracias! Yo sé que todo saldrá bien, ¿verdad? –El médico parecía dubitativo. –Pero... el seguro no me cubre las prótesis.

–En eso sí tenemos problemas, porque la cirugía sería mejor no aplazarla tanto.

–Tendré que en tutelar la EPS. ¿Será que sí la puedo ganar?

–La verdad, no sé; pero no lo sabremos si no lo haces.

En días posteriores Johana impuso la demanda contra el seguro, porque a pesar de que el cirujano había escrito que se le podía hacer una cirugía con reconstrucción el seguro se las negó. Un día antes del veredicto la juez la cito para que se encontrara en su despacho.

–Buenas tardes Johana, toma haciendo –ella se sienta torpemente, de los nervios–. Te cité porque quiero que tú me digas por que yo debo darle un fallo positivo a tu demanda, ¿por qué quieres unas prótesis cuando en realidad lo que más importa es que esta cirugía te salve la vida verdad?

–Doctora, por supuesto que es importante, muy importante que esta cirugía salve mi vida. Pero también lo es el hecho de que todos los días que me mire en el espejo, pensaré en el día que esta enfermedad entro en mi vida y causó estragos. El no poder tener una vida normal, el no poder salir con mi familia a baño por el temor que todo el mundo me mire, no se no me imagino una vida así.

–Te comprendo más de lo que crees –lo afirma la juez con nostalgia.

–Doctora, con respeto, no creo que me pueda comprender.

–Claro que sí. Mi hermana menor murió hace un mes de un cáncer de estómago, sabes pudiendo hacer de todo, no hubo tiempo, cuando nos dimos cuenta ya su cáncer estaba regado y no hubo otra alternativa que esperar que se la llevara.

–Doctora, lo siento.

–Me imagino que si mi hermana hubiese estado en tus condiciones también querría eso. La vida no le dio la oportunidad a mi hermana, pero yo no te la negare a ti.

–Tu fallo es positivo, la EPS debe de brindarte las prótesis correspondientes. Ve a programar tu cita.

En los días posteriores se llevó a cabo la cirugía en la que le extirparon el tumor y el otro seno. Al despertarse vio sus pechos vendados. “¡Me mintieron, me dejaron sin senos!”, gritaba constantemente. El médico cirujano entro.

–Cálmate, veo que ya despertaste muy bien de la anestesia, que hasta ganas tienes de pelear.

–Doctor, no estoy para bromas. Usted me había prometido que no me dejaría sin senos y ¿qué es lo que estoy viendo?

–Cálmate. Si no te mentí, no te deje sin senos.

–¡Mentira! ¿Es que me operaron también los ojos que no los puedo ver...?

–Bueno, ¿quieres que te explique o vas a seguir hablando bobadas? –dijo él con severidad–. La cirugía fue muy buena, trate de ampliar lo más posible pero pensando siempre en que tenía que dejar la cavidad justa para tus prótesis. Aunque no parezcan ellas están allí, pero obvio que no las vez porque están desinfladas. Como tus tejidos están tan lastimados hay que esperar que sanen un poco, para poderlos inflar y además debemos esperar que le hagan nuevamente una biopsia a tus muestras para saber si los bordes están libres de células malas.

–¡Qué pena! Es que pensé...

–Pues pensaste mal. Bueno, lo que me alegra es que estés mejor. Por lo pronto te debes quedar ocho días por lo menos para ver tu evolución.

Los quince días posteriores a la cirugía fueron muy duros, porque le pusieron sondas en su pecho para que drenara la sangre que se acumulaba. Fueron días de ir y venir, pues las sondas con suma facilidad se tapaban por la cantidad de sangre que se le acumulaba, pero también llenos de esperanza porque después de esto todo estaría bien.

Al mes de su cirugía ella estaba ansiosa por que le inflaran sus prótesis y se dirigió al consultorio del cirujano.

–Johana, siento decirte que no te puedo inflar las prótesis.

–¿Por qué, doctor? No entiendo nada, pero si habíamos quedado hacerlo hoy.

–Lo sé, pero las cosas no salieron como pensaba.

–No entiendo –dice Johana aturdida.

–La biopsia no salió bien. El cáncer se regó.

–Pero... ¿cómo? ¿No se suponía que esta operación lo arreglaría todo?

–Eso pensamos todo, estamos muy sorprendidos pues yo traté de ampliar lo que más pude para evitar precisamente esto.

–Y, ¿entonces qué sigue?

–No tengo la respuesta. Te juro que hice lo mejor, pero no sé qué pasó. El martes se reunirán los oncólogos para determinar el tratamiento a seguir.

–Seguro la quimio de nuevo.

–Pues lo más probable es que no solo haya quimio, –dijo el médico.

–¿Y entonces?

–Podría ser una cirugía mayor.

Los días siguientes fueron para ella de mucha angustia, pues quería saber qué seguiría después. A los ocho días la citaron al Centro Médico, donde estaban reunidos los oncólogos regionales.

–Johana –dijo un médico–, te citamos aquí porque estamos desconcertados de cómo tu cáncer ha prosperado a pesar de todo el tratamiento que le hemos hecho. Tu cáncer no tiene cura y la quimio existente no le hará nada, lo siento, pero una cirugía, tampoco nos ayudará.

–Y entonces, ¿qué hago? –dice ella con su voz ahogada por el llanto.

–Lo siento, pero lo único a lo cual todos llegamos, es a la conclusión de que tu servirías para el estudio de una nueva quimio.

–¿Qué?... ¿Cómo así que estudio?

–Mira: el cáncer que tienes es muy raro y muy pocas personas les da; por eso serías una candidata perfecta para estudiar el comportamiento del medicamento sobre las células malas.

–¿Y esto me sanará? –dice ella.

–No lo sabemos, puede haber la posibilidad de que te sane como hay otra... que con solo aplicártelo tengas una sobredosis y puedas morir de inmediato.

–Si no me hago eso, ¿cuánto me quedaría de vida?

–Probablemente dos años.

–Entonces... quiero dos años junto a mi familia antes que una hora en un laboratorio.

–Pero te estás negando la posibilidad de poder experimentar con la quimio.

–No, doctor, prefiero estar con mi madre estos últimos tiempos –se despidió y salió del consultorio.

–Espera –la llamó el cirujano plástico.

–No, doctor, no trate de convencerme usted, que no lo haré.

–Solo quiero regalarte algo, acompáñame –ella lo mira con incredulidad–. Quiero que vengas el viernes para inflarte las prótesis.

–¡Gracias!, por fin una buena noticia.

“No sé qué pasará mañana, a que me tendré que enfrentar, pero sé que vale la pena aguantar todo en silencio. Sólo con ver a mi madre, con la alegría con la que le cuenta a mi familia y amigos del milagro de mi salud, no me atrevo a decírselo; pero sé que no lo podré ocultar siempre. Estoy consciente de que aunque me esfuerzo por que mi apariencia luzca bien, mi cuerpo se deteriora y que tarde o temprano todos se enterarán de mi mentira. Pero se darán cuenta cuando ya esté muriendo cuando mi cuerpo ya no resista más. Este es mi karma y no el de ellos. Solo cabe decir que disfrutaré cada momento de la vida como si fuera el último”.

Y vos que no querías venir... hp!

Sandra Molina

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó.

—Me toca madruguar; pero ese turno...

En la mañana del día...
—entrat se encue...

—Hi!

—Me toca madruguar; pero ese turno es más cansado que el de la noche.

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le preguntó Juanma. —Me toca madruguar; pero ese turno es más cansado que el de la noche.

—Me toca madruguar; pero ese turno es más cansado que el de la noche.

—Me toca madruguar; pero ese turno es más cansado que el de la noche.

—Me toca madruguar; pero ese turno es más cansado que el de la noche.

—Me toca madruguar; pero ese turno es más cansado que el de la noche.

—Me toca madruguar; pero ese turno es más cansado que el de la noche.

—Me toca madruguar; pero ese turno es más cansado que el de la noche.

—Me toca madruguar; pero ese turno es más cansado que el de la noche.

—Me toca madruguar; pero ese turno es más cansado que el de la noche.

—Me toca madruguar; pero ese turno es más cansado que el de la noche.

—Me toca madruguar; pero ese turno es más cansado que el de la noche.

—No mijo, gracias. —le dijo él, mirando hacia el lado.

—A uno por allá no le dan...
...más de una noche escuchar como balla uno y entra al otro.

—¿Listede s...
...chias veces.

—Y que arreglar esta...
...el mínimo detall...

...te coge el arroz, c...

...OS.

...ano plato, todo empieza a cambiar...

resca. Todos hablan y se rien entre ellos...

hojamos romero", dice Gloria mientras...

as así, porque sería eterno estar aquí para...

lvisitar Litany no sólo se salga satisfecho co...

a hecho a una excelente nueva amiga. Es ma...

e todos los visitantes coinciden al expresar q...

nte realmente familiar. "Ahora existen varios restau...

pero este en especial nos gusta porque realmente tiene...

alaf se le siente el trigo y su peculiar sabor a garbanzo y...

s frescos, cosa que de otros lugares no se puede afirmar...

tor lugares del mundo, y puedo decir que este restauran...

bor libanés", dicen un cliente y su acompañante, y agre...

referido para almorzar o cenar cada fin de semana".

Ma... octubre de 2011

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Eneida revisa el turno del próximo día: es el de haber de la mañana a una de la tarde.

er como muchos de los clientes antes de irse pasan por...

“Mi padre es un hombre muy reservado; posee la innata habilidad de quedarse con muchas cosas para sí mismo sin levantar sospechas. Sin embargo, esta vez sabíamos que algo ocultaba, teníamos la sensación de que algo no marchaba bien... Yo tenía un mal presentimiento”.

Era una mañana de verano y vacaciones. Pablo se levantó muy temprano para acompañar a su padre, y pese a la negativa de don Israel de permitir que Pablo viajara con él hasta su lugar de trabajo no tuvo más remedio que aceptar la compañía de su hijo.

Desde su lugar de residencia hasta el lugar de trabajo de don Israel son cuarenta y cinco minutos. El viaje transcurrió calmado. Pablo escuchaba música en su iPod y contemplaba el paisaje. Don Israel conducía en silencio y parecía pensativo. “Llegamos a nuestro destino. Mi padre y yo nos bajamos del auto, y él dejó el auto encendido en automático para que un trabajador se encargue de guardarlo”. Fue cuestión de segundos para que la normalidad de este momento se convirtiera en un caos y marcara la vida de Pablo para siempre.

“Allí a tres metros del negocio de mi padre se encontraba parqueada una tracamula –narra Pablo. De repente salió un hombre de raza negra, muy alto y

bastante corpulento, en sus manos cargaba un fusil con el cual le apuntaba a mi padre gritándole que caminara sin hacer ruido. Yo como pude me le tiré encima al hombre en un intento desesperado por quitarle el fusil y así poder defender a mi padre, pero en cuestión de segundos sentí que alguien me agarraba de la camisa y cuando di vuelta vi a tres hombres más, dos de ellos encapuchados y también con fusiles... Ahora éramos mi padre, los cuatro hombres, el trabajador de mi padre que se encargaría de parquear el auto y yo. En ese momento pensé que nos iban a matar, y por simple instinto de supervivencia, con la adrenalina corriendo por todo mi cuerpo, me tiré por debajo de la tractomula mientras mi padre forcejeaba con los hombres.

“Cuando logré salir debajo de la tractomula una empleada de un negocio vecino me agarra de la camisa y me empuja hacia un local: ‘escóndase, mijo’, me dice... mi corazón latía a mil y empezaron los disparos. Entré en shock y pensé que habían matado a mi padre. Como pude empujé a la señora que parecía muy asustada y salí de nuevo a la calle... vi el auto de mi padre alejándose y a todos los hombres subirse a una camioneta. Corrí hacia el negocio de mi padre y me encontré con la mirada desorbitada de mi tío que dijo: ‘tranquilo mijo, Israel se escapó’.

“Mi padre había logrado escapar, pero los días que siguieron transcurrieron en una terrible angustia y fueron un verdadero caos para mi familia. Tuvimos que salir de nuestra casa como si nos estuvieran echando... mis padres tomaron en alquiler un apartamento en el norte de la ciudad y de inmediato se puso en venta nuestra anterior casa, nuestra casa de la infancia y los recuerdos. Mi hermano mayor fue embarcado para Australia, a mi hermana menor y a mí nos pusieron en terapia psicológica y durante los tres meses siguientes las amenazas y las llamadas telefónicas a mi padre continuaban de manera constante. A mis padres no les quedó otra opción que poner esto en manos del Ejército y la Policía, hasta que un buen día las llamadas simplemente desaparecieron”.

Finalmente la casa de la familia Ossa se vendió y compraron otra al sur de la ciudad. Trataron de seguir con sus vidas de manera normal y lograron hacerlo aunque con ciertas precauciones para con don Israel: se hizo polarizar el carro en que se transportaba diariamente, se contrataron dos guardaespaldas y ya no viajaba a altas horas de la noche; además, su esposa estaba en permanente comunicación con él durante el día para asegurarse de que todo marchara bien.

“Pablo es un gran hombre, el junto con su hermano John son, después de mi esposo, los dos hombres de la casa, son parte de el sostén emocional de nuestra

familia, sin ellos no habríamos podido soportar tanto dolor”; dice doña Martha la madre.

Para ese momento Pablo se encuentra en último grado de bachillerato y es un buen estudiante; en sus ratos libres juega tenis y sale a jugar fútbol con sus amigos del colegio y de la cuadra. Pablo ha reconstruido todo lo que él y su familia han vivido, porque Israel siempre ha preferido no hablar de este tema con nadie.

Y así transcurrieron algunos años hasta que de nuevo ocurrió lo impensable:

“Eran las seis de la mañana de un catorce de diciembre. Mi padre se dispone a viajar a su negocio fuera de la ciudad, lo acompaña Andrés, uno de sus escoltas... Para ese momento era un solo escolta porque nuestras finanzas no permitieron seguir pagando dos. El viaje trascurrió en calma y a unos cuatro kilómetros de llegar a su destino, siendo casi las siete de la mañana y muy cerca del club Los Andes se encontraba un retén. Se acerca un hombre hacia mi padre quien en ese momento iba conduciendo y le dice que por favor se baje para una requisa y dado que la camioneta era polarizada no ven al escolta de mi padre, quien abandona la camioneta en ese instante. El hombre que hablaba con mi padre se percata de la presencia de Andrés y le pregunta acerca de cuantas personas más viajan en la camioneta mi padre dice: ‘solo somos mi escolta y yo’. El hombre sin perder de vista al escolta le insiste a mi padre que se baje”.

Don Israel aprovecha un descuido del hombre para tomar su arma, quitarle las municiones y tirarla por debajo de uno de los asientos porque un presentimiento le dice que algo no anda bien.

Israel baja de su auto. Ahora son dos hombres y pronto tres... revisan los documentos y piden a Israel que vaya detrás de la camioneta para una requisa... Israel se opone y alega que la requisa debe ser enfrente del tráfico de la carretera y alude que él es un hombre de bien, que no tiene nada que ocultar y que mejor vayan a la estación más cercana para dicha requisa... es justo acá donde la situación se complica:

—¡Mira, hijueputa! Deja de poner problema que esto es un secuestro.

“Después supimos, por mi madre, que mi papá le había confesado que si alguna vez lo intentaran secuestrar de nuevo, se dejaría llevar pero muerto. Por supuesto mi padre opuso resistencia, pero dos de los hombres lo golpearon mientras el tercero de ellos permanecía apuntándole a Andrés. Mi padre entra en shock y uno de los hombres sube a la camioneta que no enciende ¿porque este carro

no enciende? Pregunta con voz amenazante y mi padre explica que tal vez se ha inundado y que le permitan hacerlo a él. Andrés interviene pidiendo que dejen de golpear a mi padre afirmando que está diciendo la verdad porque esto sucede a menudo con la camioneta... Tras varios intentos fallidos, los hombres no logran encender la camioneta y acuden a sus radioteléfonos para pedir que los recojan... en cuestión de dos minutos pasa un hombre conduciendo una Luv blanca de estacas. Había lugar allí para el conductor y dos ocupantes más que eran mi padre y un guerrillero que se encargaba de controlar la situación”.

Los dos hombres que se quedaron en el falso reten reciben órdenes por sus radios de matar al escolta... lo tiran a un cañaduzal y le apuntan con sus armas. Andrés ruega por su vida y piensa en su hijo.

—Sabes, qué? Te vamos a perdonar la vida, quédate quieto y no mires para atrás porque ante el menor movimiento te lo estallamos.

Pasaron unos diez minutos... los hombres se marchan y Andrés se lanza a la carretera en busca de ayuda. Parando dos carros y pide de manera desesperada un teléfono para avisar que han secuestrado a su patrón, llama al negocio de Israel y da la noticia... “En el negocio se arma un revuelo tremendo, dos de mis tíos y un primo pasan por la estación de policía avisando y recogen a dos policías expertos en antiguerrilla y recogen al escolta quien da descripciones del auto en que se movilizan los secuestradores. De inmediato se emprende una persecución haciendo breves paradas para preguntar a los transeúntes si han visto una Luv blanca de estacas, mis tíos, mi primo, Andrés y los dos miembros de la Policía van en la dirección correcta en la que se dirigen los guerrilleros con mi padre, que están buscando internarse en la montaña”.

Mientras tanto los guerrilleros van manejando a ciento diez kilómetros por hora, pero Israel tiene una última oportunidad en la que se juega el todo por el todo: desde lejos alcanza a ver a un auxiliar de policía y muy rápido en su cabeza se arma un plan: agacha la cabeza para dar la sensación de que está sometido y disimular que ha visto la presencia del auxiliar; justo a unos metros de pasar junto al auxiliar de policía Israel saca fuerzas y golpea a uno de los hombres, este queda sin aire. Israel toma el volante de la camioneta y hace que se pierda el control de esta, rápidamente el hombre de quien Israel ha recibido el golpe se incorpora y le pone el arma en el estómago de Israel que es sometido.

Pero el auxiliar de la policía lo ha visto todo. Los hombres forcejeando dentro de la Luv, el descontrol del auto hasta el punto de casi volcarse. La esperanza de Israel es que el auxiliar tome cartas en el asunto avisando a las autoridades,

tiempo después se supo que este hombre no hizo nada, por temor, por simple indiferencia o porque tal vez estaba implicado.

Finalmente los guerrilleros se internaron en la montaña con Israel, le permiten hacer una llamada y este se comunica de inmediato con la administradora del negocio dándole la orden de continuar con todo de manera normal.

Al llegar al campamento lo recibe el comandante con un escupitajo en la cara y un “hijueputa por fin te tenemos, y vos que no querías venir por acá”. Israel no tiene más remedio que agachar la cabeza y ese día lloró lo que en años no había llorado.

“Cayó la noche y llegó la hora de acostarse, esa noche sería la única en la que dormiría debajo de una choza y en un colchón”, dice Israel.

Al amanecer se acerca el comandante: “levantate, malparido, que tenés que caminar”.

“Abandonamos el campamento y caminamos durante dos o tres horas seguidas, durante cinco días... estaba agotado, la alimentación era escasa y siempre comíamos arroz con espagueti, durante estos días no había forma de bañarme”, cuenta Israel.

–¡Llegamos! –dice uno de los guerrilleros–. Con este grupo te vas a quedar de ahora en adelante y será mejor que hagás todo lo que te pidan porque si no, te van a liquidar.

“Al llegar vi cuatro hombres que no vestían de la misma manera que los guerrilleros intuí que eran secuestrados, pero yo estaba tan abatido que me aislé y no hablé con ninguno de ellos, hoy en día son grandes amigos para mí, todas las mañanas nos levantábamos temprano a seguir caminando y fue en una de estas caminatas cuando empecé a entablar conversación con ellos, poco tiempo después liberaron a dos de ellos y quedamos Ricardo y yo, a veces descansábamos y jugábamos fútbol entre todos, jugábamos ajedrez, un día cualquiera le gane una partida de ajedrez al jefe de este grupo, quien tenía fama de nunca perder. Yo gané y fue una tortura, el hombre sacó su arma y me apuntó, en los días siguientes disminuyeron considerablemente mi ración de comida como retaliación por haber ganado aquella partida”.

Pablo, el hijo de Israel, recuerda esos momentos que algún día narró su padre:

“Los guerrilleros empezaron a hablar con mi padre preguntándole por los números telefónicos de nuestra familia, mi padre se niega y las humillaciones se intensifican. Así como empieza una secuencia de hechos de maltrato psicológico, cavando huecos al lado de mi padre y diciéndole que le quedaba poco tiempo para entregar los números telefónicos porque lo iban a enterrar vivo”.

Israel se niega cada vez que uno de los guerrilleros le pide un número telefónico para contactar a la familia, aludiendo que cualquier negociación la deben hacer directamente con él.

“Mientras tanto mi madre, quien ya estaba deshabituada al ritmo del negocio de mi padre desde que ocurrió el anterior intento de secuestro, le tocó hacerse frente de todo al igual que a mi hermano mayor, quien canceló el semestre en la universidad para poder ayudarlo. Mi hermana continuó su colegio y yo me ausenté del colegio durante dos meses”.

Recuerda, así mismo, otra situación que, según su padre los llenaba de inseguridad:

“Una noche dormíamos encima de las ramas, hacía frío y lloviznaba, me despertó una fuerte explosión, aturcido salí del cambuche y le pregunté a un guerrillero qué sucedía, me respondió que estaban ensayando con unos cilindros porque al día siguiente se tomarían a la población de Toribio, cosa que ocurrió dejando muertos y heridos. A partir de este ataque, Uribe le declaró públicamente la guerra a este frente de las Farc... La zozobra hizo parte de nuestros días. Los guerrilleros parecían asustados e inseguros, emprendimos marcha hacia el Huila porque el ejército nos perseguía, ahora caminábamos diariamente desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde”.

Una de aquellas noches los dos secuestrados en poder de este grupo, al igual que sus verdugos, dormían exhaustos por la larga caminata de aquel día. De repente suenan disparos y los guerrilleros corren confundidos hacia el pico de la montaña, pero Israel reacciona tarde y no alcanza a correr, permanece con un guerrillero y se percatan de que es un ataque del ejército. Las balas caen como lluvia, el guerrillero está petrificado por el miedo y no es capaz siquiera de moverse. Israel toma al guerrillero de la mano y corre con él hasta ponerse detrás de un árbol, las balas caen alrededor del árbol, Israel reza por su vida y porque el ejército no vaya a lanzar una granada o una bomba, una hora más tarde los helicópteros militares se retiran... “Fue el momento más horrible de mi vida durante los seis meses de cautiverio” comenta.

“El tiempo pasaba y sentí que ya era hora de hacer algo para buscar mi liberación, por lo que decidí empezar a guardar pequeñas raciones de comida en mi mochila hasta que acumulé una cantidad suficiente y decidí que les haría pensar que no estaba comiendo. Además simulé una caída y una lesión en la espalda. Un secuestrado enfermo no es de mucha utilidad y eso fue lo que les hice creer; pensaron que mi salud podía empeorar y cedieron a mis peticiones, no sin antes pedir una gran suma de dinero con la que, por supuesto yo no contaba. Al explicarles me dieron un plazo para conseguir el dinero exigiéndome que mi liberación sería negociada por dos de mis familiares más cercanos: en principio proponían a mis dos hijos varones a lo que me rehusé planteándoles a dos de mis hermanas, su respuesta fue un sí. De inmediato me dieron un teléfono para comunicarme con ellas y explicarles la situación y así se llevó a cabo el canje. Los guerrilleros me dejaron en cierto punto de la selva y desde allí caminé durante un día... A veces me da la impresión de que todavía estoy caminando...”

Antes, todo me daba miedo

Daniela Dávila Bazán

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le pregunto

—Me toca madrugar; pero ese tur-

En la mañana del día

entrar se encue-

—¡H!

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le pregunto

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le pregunto

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le pregunto

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le pregunto

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le pregunto

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le pregunto

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le pregunto

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le pregunto

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le pregunto

—Me toca madrugar; pero ese tur-

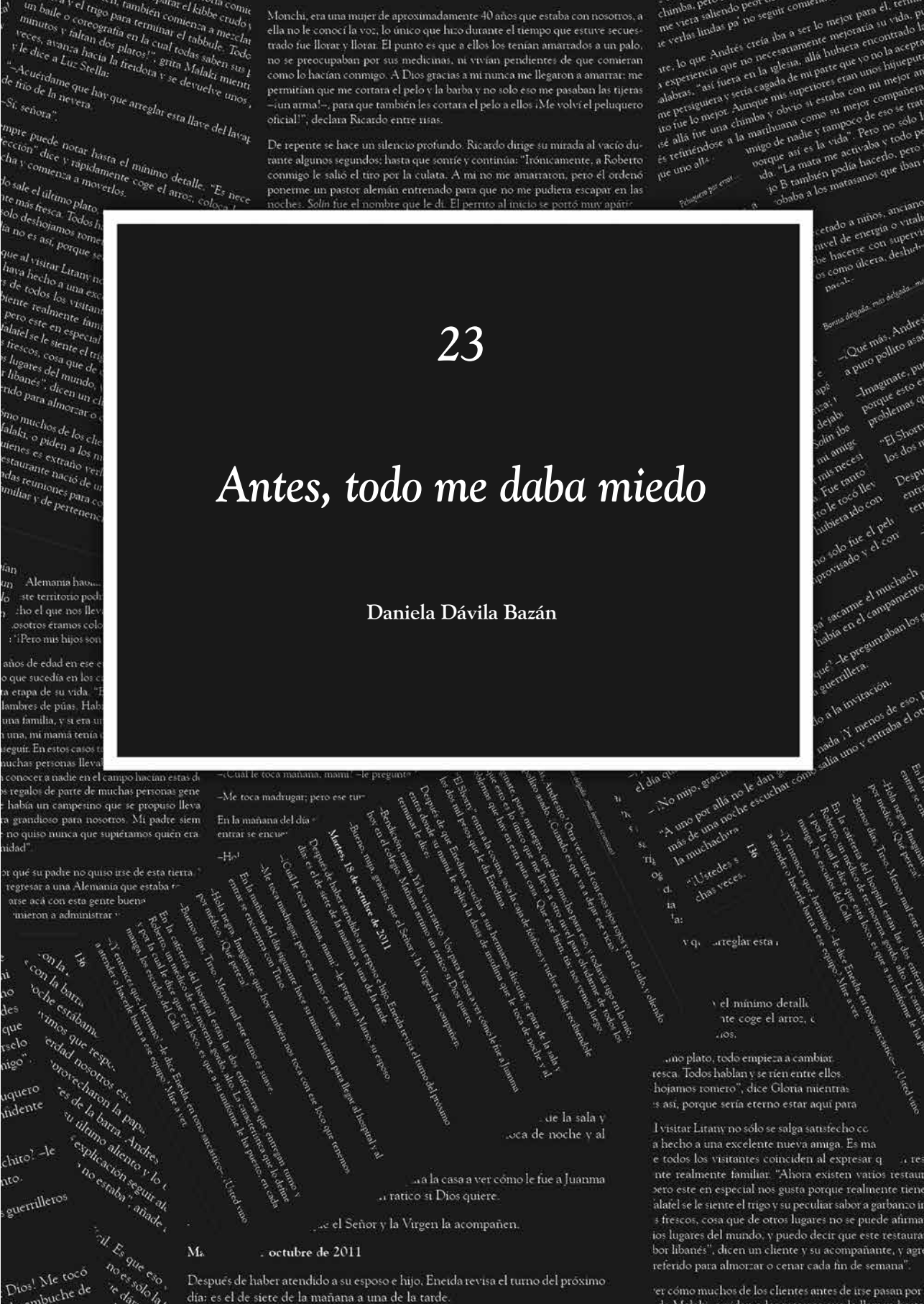
—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le pregunto

—Me toca madrugar; pero ese tur-

—¿Cuál le toca mañana, mamá! —le pregunto

Ma... octubre de 2011

Después de haber atendido a su esposo e hijo, Enetida revisa el turno del próximo día: es el de siete de la mañana a una de la tarde.



–No lo hago por el dinero. De querer plata estudio otra cosa. Lo hago porque me gusta; siempre lo he hecho: salvar vidas, y la adrenalina es lo mío.

Son las 2:27 de la madrugada. El sonido de su radio interrumpe la noche: “Móvil 155... móvil 155... –Lo repiten unas tres veces más, hasta que Luis Esteban, entre dormido y despierto, responde a su llamado:

–Aquí móvil 155 –responde Esteban.

–Código azul Mario Correa Rengifo –dice la voz.

No más de dos minutos después se enciende la sirena. Su compañero, paramédico y conductor, ya estaba esperándolo con el vehículo encendido y listo para su arranque. La tensión aumenta. Código azul significa: o llegas rápido o mejor ni llegues, así que la velocidad era inigualable. Seguidamente se escucha de nuevo la radio:

–Móvil 155 ¿cuál es su 520? (520 es la ubicación en el momento).

–Llegando al Mario Correa, compañera –responde.

La mujer al otro lado de la radio le da una breve descripción del paciente solicitante del traslado. Un hombre de veinticinco años, múltiples heridas en el tórax por arma cortopunzante, se dirige al HUV (Hospital Universitario del Valle Evaristo García). Aclara que el paciente ya ha sido admitido previamente en la unidad de trauma de dicho hospital, por lo cual el traslado, aunque rápido, no debería presentar ninguna complicación.

Se estacionan rápidamente y en cuestión de segundos Esteban y su compañero han abandonado la ambulancia, con camilla, bala de oxígeno, mascarillas y todos los implementos necesarios para la movilización del paciente.

Esteban es paramédico de la Fundación Salamandra de Cali, de una de sus primeras promociones. Su título es técnico en urgencias y emergencias médicas, a lo que se le suman unos cuantos diplomas más, de atención prehospitalaria y especialización en trauma. “Llegar aquí no fue fácil. Cuando opté por esta carrera mi familia no estaba en su mejor situación económica. Mis padres querían que trabajara, no que estudiara, pero ese no era mi sueño”, dice mientras espera más temprano esa noche, la entrega de turno.

–¿Cuál es mi paciente? –pregunta Esteban al médico de turno.

–El de la cama de la esquina –le responde.

El médico, un joven algo adormecido describe, acercándose a la cama del joven apuñaleado, más detalladamente la situación del mismo: “Ingresó a las 00:39 al área de urgencias. Lo trajo la mamá. Presenta cuatro heridas por arma cortopunzante en el tórax y una en el brazo derecho con posible fractura. El paciente está estable y ya lo comenté al Hospital universitario, así que, ¿en dónde le firmo?”. Esteban le pasa una planilla de traslado; el médico la firma y proceden a cambiar al paciente de camilla.

El olor en la sala es impresionante y las personas que allí se encuentran parecen no notarlos. Tal vez su misma condición se los impida; tanto, que ignoran lo que pasa a su lado. La camilla de varas de metal y colchón de algún tipo de plástico blanco se encontraba inundada en sangre y al cambiar al paciente a la de la ambulancia se hace más notorio, la sangre se desborda. Esteban y su compañero toman al joven, lo limpian un poco y con la ayuda de la madre lo mueven; luego conectan la mascarilla a la bala de oxígeno, y seguidamente a la cara del paciente. Uno empuja y el otro hala y con un poco de esfuerzo suben la camilla al vehículo.

–Móvil 155 saliendo del Mario Correa –dice Esteban por la radio.

–Confirmado, 155. Proceda al HUV –responde la mujer.

En la víspera de su graduación Esteban recibe su primera oferta de empleo en la empresa Pool de ambulancias, en la que actualmente labora. Además es invitado a hacer parte de los instructores de la Fundación Salamandra gracias a su excelente rendimiento y promedio académico. “Las puertas se me abrieron de par en par. Veía mi futuro seguro y le agradecía inmensamente a mi familia y a mi otra familia, mis compañeros y profesores, que me hicieron lo que soy”. Con un futuro prometedor inicia su carrera, su ejercicio profesional.

Durante el traslado, la madre del joven al que llamaremos Daniel, estuvo al lado de su hijo sin perderlo de vista ni un solo momento. La sirena va encendida y el motor a todo dar. Los cuerpos en la parte de atrás se agitaban con cada curva, a veces hasta golpeándose unos con otros, y aun así Esteban, empeñado en la seguridad de Daniel, evaluaba sus signos vitales casi al mismo tiempo que llenaba un formato de traslado, en el cual, es de suma importancia consignar el estado del paciente durante la movilización de un hospital a otro. “Papeles de constancia, por si acaso. Una vaina legal”, dice el conductor.

La madre lloraba y trataba de explicar lo que le había acontecido a su hijo. “Fue un fulano, casi me lo mata a mi niño. Por favor, haga algo”. Es difícil describir la situación del paciente, porque no hablaba, le costaba respirar y se queja mucho, pero la función de un paramédico es dar lo mejor, hacer que un traslado de cinco minutos se sienta de dos.

“Es casi mágico”, dice Esteban. Para él no hay nada más satisfactorio que entregar a una persona sana y salva, si es posible en mejores condiciones que las que tenía antes de abordar la ambulancia. “A veces mis pacientes no son solo los enfermos; debemos tratar también a su acompañante durante el traslado, tranquilizarlo y en el peor de los casos, consolarlo”.

“Fue uno de mis primeros turnos en el HUV. Todavía estaba en prácticas, ni me había graduado. Me tocaba recibir a la gente y tomarle la presión, la frecuencia cardíaca, la respiración. Todo me daba miedo, la gente que entraba, las enfermeras, todo. Y aun así hacía lo posible por que no se me notara.

“Estaba justo en mi almuerzo, hora sagrada para cualquiera que haya estado en un turno de más de doce horas, cuando de repente se escucha el sonido casi ensordecedor de la *marrana* de policía.

“–Qué hubo, pelado, qué espera –me dijo la enfermera de urgencias.

“Solté mi almuerzo sin pensarlo dos veces y salí a recibir, camilla en mano, al paciente que con tanto afán traía la policía. Al abrir de par en par las puertas traseras de la van ví a una mujer, una joven madre, con un bultito en sus brazos: era su hijo, un pequeño bebé en paro respiratorio. Me quedé frío, muerto del miedo, cuando esa madre colocó ese pequeño bulto azul en mis brazos. Ese día, el día que pude ver cómo mis compañeros de turno, médicos y paramédicos en conjunto salvaron a ese bebé, ese día me enamoré”, dice mirando la trayectoria de la 155 por la pequeña ventana del habitáculo.

En medio del traslado Esteban comienza a tomar los signos del paciente cada vez con lapsos de tiempo menores. Es evidente que algo no anda bien. El tráfico es insoportable. Algo raro para esa hora y la madre de Daniel pronuncia algunas palabras casi incomprensibles “¿Qué le pasa señor? ¿Tiene algo malo? ¡No me lo deje morir, por favor!”.

–Ahora sí estoy de afán. Hágale que el paciente me está entrando en paro –le dice al conductor.

La ambulancia cambia de sirena. Las luces, antes apagadas, son encendidas, el pito es enérgicamente utilizado al que se le unen unos cuantos más formando una especie de coro. Esteban toma un monitor y lo conecta rápidamente a su paciente; le colocó el pulsoxímetro en el dedo índice de la mano izquierda. Se enciende la pantalla del monitor: pulso 116; presión arterial, 87/65. “Entró en shock hipovolémico”, lo que significa que ha perdido una cantidad considerable de sangre y fluidos corporales, lo cual hace que su sistema falle porque el corazón no bombea adecuadamente.

Su hermana, que vive con él, es también paramédica. “Al parecer el amor por lo que se hace es contagioso. Cuando era niña nunca me imaginé en hospitales o algo así. Quería ser veterinaria o mil cosas más, excepto esto; pero mi hermano, sin pretender convencerme, me mostró este mundo que ahora comparto con él”. Ella también es instructora de la Fundación Salamandra y trabaja en la misma empresa que su hermano. Es unos cuantos años menor, pero la diferencia de edad es notoria.

–Ahora sos como mi papá, me regañás y me llevás a todas partes. Te volvéis hasta cansón.

–Sos mi hermanita. Ese es mi trabajo –dice Esteban interrumpiéndola con un coscorrón.

“La verdad es que me ha enseñado muchísimas cosas –dice María Isabel–, y no solo a mí, a sus alumnos de Salamandra y a toda la gente que conoce. En sus clases es como Supermán y creo que para la mayoría de los estudiantes, mi hermano siempre quedará en sus recuerdos”, agrega su hermana con los ojos clavados en el formato que le entregaron a la llegada de su turno, justo cuando el de Esteban acaba.

El vehículo avanza apresuradamente y se detiene solamente frente a la entrada tan esperada del hospital receptor. Las puertas gigantes de metal se abren y se comienza a respirar otro ambiente dentro del habitáculo. Lo que era sudor, movimiento, palabras incomprensibles, pasa a ser un silencio de un par de segundos que parecen eternos. Se baja el conductor, inmediatamente se abren las puertas traseras y bajan la camilla con el paciente adormecido y blancuzco, Esteban y seguidamente la madre.

En urgencias, con el equipo preparado, se encuentran la enfermera jefe y el doctor de turno del área de trauma.

“Si quiere aprender, venga”, le dice Esteban a un alumno en práctica, a lo que el estudiante responde abriendo los ojos de par en par mientras camina dando pasos largos hacia el paciente.

La sala es blanca y gris, y en ella se encuentran otras dos camillas, cada una ocupada por su respectivo paciente y rodeados por un equipo casi igual al que esperaba a Daniel: fantasmas de verde y blanco que rondan a cada paciente de este lugar. Esteban y el grupo que ahora lo acompaña irrumpen en la habitación y rápidamente conectan al paciente de nuevo a un monitor: signos vitales en decadencia. El médico de turno intuba al paciente y mientras unos internos miran atentamente, Esteban lo canaliza y la enfermera jefe abastece los instrumentos que se puedan llegar a necesitar, y trae el carro de paro, que cuenta con un desfibrilador e incontables medicamentos.

Alguien alza la voz: “¡Acérquelo!” dice casi gritando. El carro de paro llega a las manos del médico que está comandando la reanimación, quien coloca las paletas en el pecho desnudo del paciente. Se observan unas líneas verdes transitando en la pantalla. “Carguen a cien” ordena la voz. Ahora, esa voz es la única que se escucha.

“Esto es un sistema, se trabaja por su lado pero integrando lo que cada uno hace para el bienestar del que esta ahí acostado. Las cosas se hacen rápido y se hacen bien o no se hacen. Lo que acabó de ver es lo que tiene que aprender,

esa vida también estaba en sus manos”, le dice Esteban al joven y tembloroso paramédico mientras lo ayuda a cambiar a Daniel, ya estable, de la camilla de la móvil a la del hospital.

–El paciente se va para cirugía. Muchas gracias, hermano. ¿Necesita mi autógrafo? –le dice el médico a Esteban mientras una sonrisa se dibuja en sus labios.

–Firme aquí, doc. Más tarde nos volvemos a ver.

“Este es el trabajo de mi vida”, dice Esteban, y vuelve a su vehículo.

...aquí no fue fácil. Cuando opté por esa carrera
situación económica. Mis padres querían que
ese no era mi sueño", dice mientras espera
de turno.

...Esteban al médico de turno.

...responde.

...medico describe, acercándose a la cama del
...mente la situación del mismo: "Ingresó a las
...ajo la mamá. Presenta cuatro heridas por arma
... en el brazo derecho con posible fractura. El
...menté al Hospital universitario, así que, ten
...una planilla de traslado; los médicos de primer
...camilla.

...te y las personas que allí
...condición se los impida
...de varas de metal y colch
...fundada en sangre y al ca
...la sang

...Data remanent la con
...comienza a claudar esta calaja
...y casco ludo no era s
...de peso. Su madre raspa a
...ni ella. Daniela se abalanzaba l
...y rápido a mecido para que adel
...ante no era el mismo. Un día e
...sobre la sucesión y la let. La
...dos cosas, de que la luz era más
...enfleada a Daniela. Le comentó a n
...Septiembre 30-300

...encuentro
...calid
...brin
...del na
...encu
...calid
...brin
...de peso. Su madre raspa a
...ni ella. Daniela se abalanzaba l
...y rápido a mecido para que adel
...ante no era el mismo. Un día e
...sobre la sucesión y la let. La
...dos cosas, de que la luz era más
...enfleada a Daniela. Le comentó a n
...Septiembre 30-300

...encuentro
...calid
...brin
...del na
...encu
...calid
...brin
...de peso. Su madre raspa a
...ni ella. Daniela se abalanzaba l
...y rápido a mecido para que adel
...ante no era el mismo. Un día e
...sobre la sucesión y la let. La
...dos cosas, de que la luz era más
...enfleada a Daniela. Le comentó a n
...Septiembre 30-300

...encuentro
...calid
...brin
...del na
...encu
...calid
...brin
...de peso. Su madre raspa a
...ni ella. Daniela se abalanzaba l
...y rápido a mecido para que adel
...ante no era el mismo. Un día e
...sobre la sucesión y la let. La
...dos cosas, de que la luz era más
...enfleada a Daniela. Le comentó a n
...Septiembre 30-300



De los cuatro meses que estuvo en esa base re-
cuerda la primera arma que tomó en sus manos,
un fusil del año 1936 utilizado durante la guerra
civil. Fue de las cosas más emocionantes que vivió,
por eso decidió inicialmente ser artillero. Luego
fue trasladado a Astorga donde, ya como soldado
profesional, le empezaron a asignar misiones. El
lugar no le gustaba mucho, pero fue ahí donde
inició sus primeros combates de fuego no directo.
Estuvo en varias bases durante los siguientes tres
años, y fue enviado a misiones secretas en Kosovo
y el Líbano, donde conoció lo que era el fuego
cruzado y arriesgar su vida por la convicción de
defender un país el cual ya sentía como propio.



UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI

La Umbría, carretera a Pance

PBX: 488 22 22 - 318 22 00 - Fax: 555 20 06
A.A. 7154 y 25162 - www.usbcali.edu.co

He decidido comenzar un diario en estas páginas. Siempre lo tuve en
pero me negaba a empezarlo aquí pues no quería manchar estas hojas
mi desgracia. Sin embargo, mi única salida eres tú. Ya no soy yo; solo e
cuerpo manejado por la inercia y esto es tan triste y deplorable que hasta
misma llego a repugnantarme por mi cobardía. Ahora mi mundo, mis sue

del narcotico
escansa, y yo un arma
calida y amable que enciente a h
brindaba una deliciosa ronto caliente recién
"Quea lo hubiera creido! Chavarro era un hombre ve
quiza más por su trabajo que por su verdadero temp
la gente y parece ser que eso también contribuyó a q
en el y fuera una persona de alguna manera expres
solo se respiraba silencio.
"Una mañana ese profundo silencio se vio almor
o de diciembre de 1989, a las 7:30 exactamente.
como si saliera del fondo de la gente común y ab
el final de todo. Cuando la gente común y ab
bomba, solo respondí: "Como así que como fu
que no saben es que cuando mandado en el fondo
Mi reacción fue inmediata: me lancé sobre y
todas mi fuerzas, la tira del del armamento
resuendáronse. Y así, aturdidas, escatona
en aquel atrevido de la tumbada
en uno de sus tantos entrenamien
ta, que en esos casos el cuerpo se
onda explosiva y uno no previe
hace no con Mariana. Está que e
dren me acompaña y hace que n
viejos tiempos en los años
"Hasta ese día me llegó e"
"En un momento de segundos, e
"Tío, Pablo Escobar y sus 500
"... solo uno
"Por
"del salir del campo de e
"familia humana
"que atrapado de que
"todas las herramientas en un
"en un viaje que hizo a Buenavent
"huan, la compra y así que comenzo a
"había parques de muchos productos
"de aclar. En ese momento no solo
"contribuía muchos como lo"
"responde a la m"
"de concert
"que e"
"Pablo Escobar por em"
"años que estaba con nosotros,
"ante el tiempo que estuvo secu
"los tenían amarrados a un pa
"dian pendientes de que comie
"an para que también les cortara el pelo a ellos (Me volví el pelo
"De repente se hace un silencio profundo. Ricardo dirige su mirada al v
"trante algunos segundos; hasta que sonríe y continúa: "Ironicamente
"comigo me salio el tiro por la culata. A mí no me amarraron, pero
"ponerme un pastor alemán entrenado para que no me pudiera escar
"noches. Solo fue el nombre que le di. El perro lo logró ganarme su conf
"pero como a mí me gustan tanto los perros que adonde sea que fuera
"las mañanas al levantarme le consentía y en las noches se la daba a
"entrara conmigo al cambuche, por lo que cuando iba a hacer r
"lado. Como no me gustaba la comida del cocinero se la comía. T
"era eso lo que comía de mi parte, ya que cuando se lo comía. T
"Solín me acompañaba, me esperaba y al terminar se lo comía. T
"el perro se aterró a mí que después de siete meses a Roberto
"porque si yo intentaba escapar lo más seguro es que Solín se hubi